

El Arte de Amarte



JOSEFA COX

EL ARTE DE AMARTE

¿Qué harías si te enteras que el amor de tu vida fue contratado por tu hermana para robar tu herencia?

JOSEFA COX

Contenido de la novela

Antonio: Tu último deseo

Emilia: Un día terrible

Flavia: Lo que haces por ti

Alessandro: Seductor a sueldo

Emilia: La vida continua

Emilia: Oh, Alessandro

Alessandro: Comprometido con el trabajo

Emilia y Alessandro: El encuentro perfecto

Alessandro: Una decisión difícil

Flavia: Atenerse al plan

Flavia: ¿Por qué tiene que ser así?

Emilia: Imposible

¿Y ahora qué?

ANTONIO: TU ÚLTIMO DESEO

Con las manos sobre el escritorio intentas decidir la forma en que distribuirás tu fortuna. Cabizbajo, un poco encorvado, tratando de sostener el peso de los años y con los parpados pesados, dejas escapar un suspiro que refleja tu cansancio acumulado. Divides unos tantos millones por aquí, unos tantos millones por allá. Piensas. Mientras que vas sacando cuentas, porque eres una persona pragmática y calculadora, sientes que la tienes fácil en comparación. Dividir entre cuatro es más sencillo que entre más de diez. Te imaginas en una posición distinta en la que pudiste haber tenido alguna familia numerosa: hijos fuera del matrimonio, alguna criada embarazada, hermanos, parientes avariciosos... etcétera. Saber que ese no es tu caso te hace suspirar de nuevo, esta vez, de alivio.

Emilia y Flavia son las únicas dos responsabilidades que tuviste por mucho tiempo. Ahora, estás pensando en qué tanto quieres darles. Pero las cosas no son tan fáciles. ¿Cuánto piensas en verdad darles a tus dos únicas hijas? Propiedades, acciones, dinero, dinero, dinero... el dinero te trae loco porque nunca lo tuviste en mente, pero siempre llegó. Sabes que es algo insustancial que la verdad no vale absolutamente nada, pero, aun así, tus cuentas de banco están llenas con él.

Demonios, no la tenías fácil en verdad. Ahora ¿Qué vas a hacer?

Emilia ¿Qué le puedes dejar a Emilia que no tenga ya? O incluso a Flavia... ella parece que necesita un poco de ayuda financiera ¿Cómo esperas que viva su vida sin eso? No le puedes dar poco ni tampoco demasiado. Garabateas unos cuantos números sabiendo que no importa qué hagas, tu abogado aun no te ha ayudado a hacer el testamento. Pero tú no necesitas que te digan cómo distribuir tu dinero, a pesar de que, justo ahora, sentado frente a tu escritorio, no sabes qué demonios hacer.

Te levantas sin estar a gusto con lo que sucede, porque, sabes ¡Y sabes

muy bien! Que hagas lo que hagas, sin lugar a dudas será lo que defina la vida de tus hijas por los próximos años.

No apagas la luz de la lámpara que está sobre el escritorio porque sientes que regresarás en cualquier momento con la solución en la punta de los dedos, la escribirás y te sentirás bien contigo mismo. Mentira. Sabes que es mentira, sabes que no puedes saberlo, sin embargo, tienes fe de que sucederá. Así que por eso no apagas la luz, porque sabes que hay una solución, solo no has encontrado cuál es.

Tratas de caminar, sin acostumbrarte todavía al bastón que te dijeron que debías usar. Sin embargo, te duele la espalda que intentas mantener derecha a pesar de que estás inclinado ligeramente hacia el frente. Te duelen los dedos con los que aprietas, las rodillas, que se pelean entre las dos para ver quien cede primero ante el peso de tu vida, tu pasado y tu débil cuerpo. Pero no importa, el bastón, de alguna forma, evita que te caigas de bruces. ¿Qué otra cosa te duele?

Te duele no saber qué hacer y no tener el tiempo suficiente para pensarlo. Es eso ¿Verdad?

De todos modos, ¿Por qué tardaste tanto en decidirte?

Caminas lentamente hacía la cama de hospital que tu doctor te recomendó instalar en tu casa para que pudieras tener los cuidados adecuados. En lo que logras llegar, haces un esfuerzo titánico para dar la vuelta sobre tu propio eje y sentarte en ésta.

Todo te está costando.

Hay gente que te puede ayudar a hacer todo eso ¿Por qué insistes en que quieras hacerlo tú?

Son las dos de la mañana y aun no logras conciliar el sueño. Creías que por ser viejo estarías cansado y no tendrías fuerzas para mantenerte despierto. Te equivocaste.

Odias el reposo. No cabe duda.

Sientes que te palpita el corazón. Agitado, tratas de cerrar los ojos. Los tienes cansados ¿No significa que deberías poder quedarte dormido? Aun así, no lo logras. No deja de darte vueltas en la cabeza el asunto del dinero. No quieres darles todo a tus hijas porque sabes lo que eso haría con ellas. Tal vez

ellas no lo entiendan, pero tú sí. Te imaginas dándoles un sermón, en aquel escenario en el que las confrontas después de tu muerte porque seguro no le diste todo el dinero que poseías: «Los hice por su propio bien. A pesar de que puedan hacer muchas cosas con él, el dinero no lo vale. No quiero que vivan viéndose el hombro todo el tiempo como yo, esperando a que alguien quiera quitárselos, porque, todos van a querer hacerlo. »

Pero sabes que no hablas así. Solamente lo haces en tu cabeza. También sabes que no vas a poder darles una explicación porque vas a estar muerto. De aquí a unos cuantos meses no existirás ¿Por qué te preocupas?

Sigue sin ser suficiente para hacerte dormir.

Ahora te imaginas en otro escenario. Este es diferente porque dirías algo que sí eres capaz de decir en voz alta, y no estás muerto; puede ser mañana, pasado o incluso ahora mismo si las llamas por teléfono: « No les voy a dejar mucho dinero porque no creo que sea necesario tener tanto » .

Puntual, sencillo. Eso te lleva a ver los ojos vacíos de dos pobres representación de tus hijas. A pesar de que lo imagines, no puedes predecir su respuesta. Aun así, lo intentas. Emilia te diría algo como: « Supongo que tienes razón papá. Pero ¿Por qué no me dejas suficiente para poder mantener mi trabajo por suficiente tiempo? » No está tan mal. Es lo que quieres escuchar.

Luego pasas a Flavia, quien te diría: «¿Estás seguro papá? Yo creo que necesito un poco más de esto, un poco más de aquello...», ella simplemente no es así.

Ninguna de las dos diría algo así.

Abres los ojos porque sabes que no es verdad, que ni Emilia ni Flavia serían capaz de entender que les des poco dinero, mucho menos lo que implica tener demasiado de él. Te gustaría poder tener la habilidad de borrar ideas tontas de tu cabeza. Ahora que pensaste en tus hijas y sus respuestas, no dejas de imaginarte un escenario fatal en donde las dos no aceptan tus razones. Tal vez te odien, tal vez no.

Es ese tal vez lo que quieres borrar.

¿Qué puedes hacer entonces?

Lo difícil de tomar esta decisión es que no vas a estar ahí para ver cómo

resultan las cosas. Quieres lo mejor para tus hijas para que nadie se aproveche de ellas. Te cuesta pensar en una idea porque todo parece apuntar a que: o les das mucho o le das poco. Pero, la de: no darles nada, no parece ajustarse muy bien a este caso. ¿Lo que necesitas es más tiempo?

Sacudes tu nariz, respirando con fuerza, en un intento de hacerte entrar en razón diciendo: «No, necesito más tiempo, deja la estupidez». ¿Para qué más tiempo si solamente debes crear una forma en que los tres ganen?

Pero ¿Cómo?

Lentamente se van formando ideas en tu cabeza que te hacen considerar muchas otras opciones. No es cuestión de quitarle todo lo que tienen, sino de, condicionárselos. Emilia no parece que necesite de tu ayuda para salir adelante, lo ha logrado todo por sí misma y eso es lo que más te llena de orgullo de ella. En cambio, Flavia, no crees que pueda sobrevivir mucho tiempo si le das poco dinero. La idea tampoco es dejarlas pobres. Sientes que estás viajando en un mundo mental, con la mirada perdida cuando bien podrías cerrar los ojos y perderte en tus ideas. Ya no.

Hasta hace un segundo habían dejado de sonar las maquinas a tu alrededor, los insectos de la noche. Si tan solo hubieras seguido así unos minutos más, tal vez te habrías quedado dormido. Aparte de encontrar una respuesta, eso es lo que quieres ahora: dormir. Dormido no sufres, no sientes, no te preocupas. No recuerdas al día siguiente lo que soñaste así que prácticamente dejas de existir.

Pero te vas a morir pronto, y si no decides, todo se arruinará.

Quieres respuestas ya, quieres poder encontrar una forma de ayudar a tus hijas, de darles todo. Por fortuna no están casadas todavía, por lo que tampoco tienes que pensar en sus hijos, o lo que sus parejas pueden hacer con... no están casadas. Vaya problema.

No lo habías pensado ¿Verdad?

No están casadas y, ahora que es obvio que te vas a morir ¿No crees que es un poco tarde para que lo hagan? Todos saben que la gente rica deja dinero, y si tienes dos hijas hermosas, alguna de las dos tendrá un pretendiente inmediatamente se haga pública tu muerte. Otro gran problema. Pretendientes han tenido toda la vida, ciertamente, pero todos asumen que tarde o temprano

lograrán conquistarlas. No puedes negar que has tenido suerte en esa parte, la verdad.

Emilia ha estado muy pendiente de lo suyo como para buscarse un novio. No lo ha tenido en mucho tiempo. Eso te alivia un poco; no va a decirle que sí a cualquiera. Flavia, no ha demostrado ser de esas que mantiene relaciones, así que lo más probable es que tampoco se case pronto o ¿Quién sabe? Que lo haga en absoluto.

Pero... ¿Y si lo hacen?

Estás seguro de conocer muy bien a tus hijas. Aunque eso no quita que haya una posibilidad. Remota, pero la hay. Ya pensaste en qué pasaría si tenían hijos, así que es obvio que en algún momento se casaran. Pero lo que quieres darles a ellos no es importante ahora. Su herencia está salvaguardada y si no nacen nunca, no importa. Lo que importan son tus hijas. Si te mueres y aun no se casa, quiere decir que quien se vaya a casar con ellas lo hará por el dinero, y si alguien lo hace después, también.

Crees que no hay manera alguna de resolver este asunto.

Lentamente te vas perdiendo en el silencio mental al que te has sometido ahora que sientes que no hay una solución a tu problema. Quieres ayudar a tus hijas a tener todo lo que has creado hasta ahora, pero no quieres que cualquier idiota se beneficie de eso.

Es un poco tarde para estar despierto, más que todo cuando se supone que deberías estar guardando reposo por tu corazón. Curioso ¿Verdad? De todas las partes del cuerpo que te duelen justo ahora, de lo que pudo haber acabado con tu vida en el pasado; los accidentes, las personas mal intencionadas, la mortalidad del planeta tierra... con todo eso, el corazón es lo que está amenazando con matarte.

Te cuesta respirar un poco porque sientes el pecho pesado. Sientes una sutil presión en la cara, justo en donde se encuentran tus ojos, tal vez causado por el agotamiento o por la fatiga. Aun te cuesta respirar. Decides que es hora de rendirte, que no necesitas seguir pensando eso porque lo que haces es perder el tiempo. Dejas escapar un suspiro, preparándote para emigrar al mundo de los sueños.

Cada vez estás más dormido que antes.

Abres los ojos a raíz de una epifanía salvaje. Tomas aire para decir en voz alta lo que se te acaba de ocurrir antes de que se te olvide y, sin previo aviso, toses por la repentina bocanada de aire que tomaste para hablar.

¡Aja! —exclamas con entusiasmo, entre los tosidos de antes.

Ya entendiste el problema, lo que puede suceder, lo que no, lo que sabes que pasará y lo que puede llegar a pasar. Lo sabes porque conoces a las personas. Sabes que, si alguien quiere estar con tus hijas, intentará lo que sea hacerlo luego de que mueras, lo que les dará tiempo para conseguir una forma de quitarle sus herencias, pero ¿Y si hay una forma de que no la tengan?

Tres meses —dices, mientras buscas las fuerzas para levantarte de nuevo de aquella cama— tres meses es todo lo que necesito.

Noventa días son más que suficientes para que alguien se crea algo como eso.

Como puedes, empujas la pierna derecha fuera de la cama con ambas manos para que caiga al suelo. Luego la izquierda. Coges el bastón y te arrastras como un anciano hasta el escritorio en donde habías dejado encendido la luz porque, con fe en ti mismo, supusiste que en cualquier momento regresarías con la respuesta.

Por fin sentado, planteas tu punto:

Si en tres meses puedes hacer que cualquier buitre se aleje de Emilia y Flavia, sabes que tendrán resuelta el resto de sus vidas. Lo único que te limita es que todos saben que le dejarás herencia, que nadie en este mundo será capaz de asumir que no tendrías para dejarles, aunque sea unos cuantos millones. Sin embargo, sabes que ese no es el caso. Ahora con la mente fresca por ese micro sueño que tuviste, se te ocurrió que podrías hacer que todos creyeran que ninguna de las dos tenía dinero.

Si logras convencer a tus hijas que no toquen su dinero por ese tiempo, prometiéndoles que les darás una herencia jugosa al final de ese periodo, puede que funcione. Sencillo. Emilia y Flavia estarían encantadas de ayudarte si...

No, sabes que no es tan simple.

De nuevo al principio ¿Cómo esperas que por tres meses ellas actúen como si no tuviesen dinero? Tal vez para Emilia sea sencillo, pero para Flavia

¿Esperas que ella haga eso? Sabes que no. Te llevas ambas manos a la cabeza, descubriendo así que de nuevo estás en una encrucijada, aunque diferente, encrucijada al fin. No sabes cómo hacer para que, en tres meses, al menos una de tus dos hijas, actúe de acuerdo al plan.

¿Qué vas a hacer?

Oblígalas a que lo hagan.

Furioso por el problema que constituye no tener el apoyo incondicional de tus hijas unidas por su propio bien. De que no sepan valorar el dinero que están por recibir, y que probablemente se vayan a oponer cuando les plantees qué es lo que quieres hacer. Decides por las dos, comprendiendo que, la única forma de conseguir todo eso: obligándolas a hacer lo que quieres que hagan.

¿Qué no van a fingir tener dinero por tres meses? ¡No! ¿Para qué te vas a dar mala vida? Pues es más sencillo que no tengan dinero por tres meses y así, hagan lo que hagan, será tan real que no cabrá dudas de que no tienen dinero. Listo, les quitas el dinero por ese tiempo. ¿Y después qué?

Fresco como un vegetal, estas sacando ideas de tu cabeza; estás que ardes.

Aunque ¿Y si se rehúsan?

Simple, un castigo más que suficiente sería que la que no quiera obedecer tu petición, entonces la otra se queda con el dinero que le corresponde. Como dijiste: simple.

¿Qué otra cosa puedes hacer ahora? Después de esos tres meses (de los cuales ahora te has convencido de que es el mejor lapso de tiempo con el que pudiste haber dado), sabes que deberás darles el dinero a tus hijas, así que ¿Qué lograrás entonces? Si alguien, por casualidad de la vida, es paciente por esos tres meses, se enterará de que al fin y al cabo sí tendrá herencia.

Pero tú no te quedas atrás.

Ya que estás en el ánimo de obligarlas a hacer lo que quieres, se te ocurre otra condición en tu plan: que no tengan ninguna relación en ese tiempo. A lo que venías. Desde un principio estabas dudando de las intenciones de cualquier hombre que pudiera acercárseles, ahora, si no se le acerca ninguno (y ellas se comprometen a no hacerlo porque de lo contrario no tendrán herencia), no existe problema.

Lentamente vas creando condiciones y condiciones al azar, dándote cuenta

que tú eres quien tiene el lapicero en aquel encuentro con la vida: si tú dices, se hace. Solamente necesitas que tus hijas sean pacientes, que no tengan pareja en ese tiempo, que se cuiden y que, después de darles la herencia, (consciente de que alguien como Flavia podría arruinarlo todo) se crean la mentira de que no tendrán tanto dinero como al que están acostumbradas.

Tu excusa será que es porque lo necesitas para otras cosas, ellas tendrán que acostumbrarse. Lo importante es que tendrán dinero al que podrán acceder y del que, luego de un tiempo, se les informará con extremo cuidado para que nadie lo sepa. ¿Un plan perfecto verdad?

Nadie se aprovechará de dos mujeres pobres, tus hijas vivirán felices y tú podrás descansar en paz. Listo. Ahora solamente falta que te mueras.

EMILIA: UN DÍA TERRIBLE

Estás de visita en la casa de tu padre junto con tu hermana tal cual siempre han estado haciendo cada jueves por las noches. No dejas de sentirte ajena a aquel lugar del que te habías familiarizado desde pequeña. Grandes ventanas, altos techos, largas mesas, suelos brillantes, adornos costosos sobre, debajo y dentro de un sinfín de espacios inútiles obra de la ostentabilidad del lujo. No lo odias, solamente, no es tú estilo.

Mientras, esperas la cena, al mismo tiempo en que tu hermana conversa con tú papá quien, enfermo y cansado, hace el intento de escuchar a Flavia la cual no deja de hablar sobre lo mucho que se divirtió en Ibiza con sus amigas de turno (las mismas de siempre, pero no por eso reales).

—La fiesta estuvo estupenda —dice ella—, lo malo fue que no pudimos usar nuestro yate así que tuve que alquilar uno y...

Dejaste escapar un quejido y le torciste los ojos a tu hermana como si ella te estuviera viendo. Dejas de escucharla ya que encuentras irritante la forma en que vive su vida. Intentas distraerte con tu alrededor, buscando algo en qué poner tu atención esperando a que terminara de hablar. No hay nada que no hayas visto ya, pero de todos modos es mucho mejor que estar pendiente de Flavia.

Aun no llegan los platos de la cena, así que aun tienes la copa de vino con licor en ella prácticamente sin tocar. La mesa está reluciente como siempre. Tratas de pensar en una excusa para levantarte sin llamar la atención, ir hasta la chimenea, que es el lugar que menos te aburre de aquel, y sentarte a hacer cualquier otra cosa. Tal vez leer un libro.

Bueno, fingir leer un libro. Sabes que no lees un libro desde hace años porque sientes que ahora te da sueño cuando lo intentas. De todos modos, eso no te ha detenido cuando finges leer en el subterráneo, o en la cafetería de tu consultorio para que nadie te moleste mientras estás comiendo. Tampoco te detuvo de camino a casa mientras que estabas en la limosina sentada junto a tu hermana. ¿Desde cuándo es que no se hablan?

La verdad, no lees desde hace mucho, y eso no te ha detenido siquiera de llevar un libro siempre contigo. Así que buscas con la mirada tu cartera para ver si por casualidad Nadia la puso por equivocación por ahí, en vez del armario en donde siempre guardan las cosas. Lo más sutil que puedes, claro está. No quieres que tu padre, quien crees que ansía dejar de escuchar a Flavia tanto como tú, se dé cuenta y busque a que intervengas en la desagradable plática de tu hermana.

¿Pero qué quieres hacer en realidad? ¿Levantarte para leer en frente de la chimenea? ¿En serio? O acaso ¿Simplemente fue una idea que te vino a la cabeza de manera aleatoria? Lo piensas de nuevo y te viene otra cosa a la cabeza. Ahora, puede que también quieras ir al patio de la casa.

Sí claro, patio. ¿Deberías llamarle así?

Miras por la gran ventana a tu derecha que da a las dos hectáreas y media de verde en las que alguna vez en tu vida jugaste. ¿Cuántas fiestas no han hecho ahí? Pero no importa. Cualquier lugar es mejor que ese, para ser honesta contigo misma, no sabes ni siquiera por qué no puedes integrarte a la conversación con tu hermana. ¿Por qué tu vida no es como la de ella?

Entendiendo que lo que buscas no está en el « pequeño » patio a tu derecha, te vuelves a los dos quienes parecen haber dejado de hablar. Te miran como si acabases de llegar a la mesa a pesar de tener más de media hora sin decir una palabra.

—¿Y a ti como te fue el fin de semana? —pregunta tu padre. Parece que te había hecho esa pregunta antes pero no le habías escuchado. Pero ahora que sí, no sabes qué responder.

¿Le vas a contar acerca del libro que no leíste esta vez? ¿O de la serie por la que te acostaste tarde para ver? ¿Le contarás acerca de las caries que tuviste que quitar por incompetencia de los padres? No, no quieres decírselo. No quieres parecer la persona que no tiene una vida interesante, aunque, a pesar de eso ¿Qué otra cosa podrías decir?

—No mucho —dices al fin, restándole importancia a algo que realmente te tiene preocupada—. Estuve preparando unos asuntos del trabajo.

—¿Asuntos de dentistas? —pregunta tu hermana, con su irritante voz infantil y burlona— ¿Qué cosa importante puede hacer un dentista? —Su

pregunta te irrita por muchas razones. Pero no estás a su nivel.

—Puede que no un dentista, pero si la dueña de un consultorio. Tengo que llevar el control del lugar y de las más de quince personas que trabajan para mí que... —la miras con frialdad, sabiendo que con esas palabras le quitarás las ganas de responderte—, por si no sabías, son más dentistas de los que hay en un consultorio normal.

Habiendo tratado hacer un punto relevante de una mentira, consigues que tu hermana haga un mohín con su rostro, recurriendo a una actitud infantil para evadir el hecho de que no supo qué responderte; no por estúpida sino por ignorante, en el buen sentido de la palabra. Sabes muy bien que no hay quince dentistas en tu consultorio. Como mucho hay siete. El resto son los demás empleados que trabajan en éste establecimiento del que casualmente eres la dueña.

Haces tu propio mohín, jactándote de tu victoria. Tal vez no la soportes, pero, en algún momento de sus vidas, estuvieron de acuerdo en algo. Tu padre tose, tratando de llamar la atención de ambas. Se aclara la garganta con un poco de dificultad.

—Vale, vale... no es tan importante —dice tu padre, intentando calmar la situación entre las dos— solamente hice una pregunta. ¿Pueden estar sin discutir una noche? —lentamente va elevando el tono de su voz— ¿Es tan difícil pedirles que se lleven bien? ¿Ah?

Bajas la cabeza. No te gusta ver a tu padre molesto. Sientes que de esa forma logras que lentamente vaya deteriorándose su salud. Quieres que se mejore así que piensas en disculparte.

—Lo siento...

—Yo lo siento más —dice Flavia, como si se tratara de una competencia.

Controlas tus impulsos, la necesidad de decirle que es una tonta inmadura. Todo por el bien de tu padre. Cierras los ojos con fuerzas al igual que los puños, queriendo gritarle lo que piensas. Su actitud te resulta irritante, no sabes por qué es así.

—Bueno, por lo menos se disculparon —dice tu padre, quien ahora mira a su alrededor buscando el servicio—. ¿Dónde está la comida? —pregunta, mirando a Nadia, quien aparece de la nada.

—Ya viene, señor —responde Nadia. Escuchas su voz, más no la ves porque se encuentra a tus espaldas—. Están preparando todo para traerlo. Falta poco.

Tu padre tose de nuevo.

—Pues que lo traigan de una vez... siento que han pasado dos semanas desde que estoy sentado aquí... —dice tu padre, evidentemente irritado por algo.

—¿Sucede algo pa? —preguntas, preocupada por él.

—Nada del otro mundo —responde sin ganas, levantando el hombro con desinterés—. Nada de lo que preocuparse.

Su tono de voz cambia, ahora suena como si se tratara de un alma que sería incapaz de levantar la voz para quejarse. El hombre que conoces. Tu padre vuelve a toser para luego coger la copa en la que tiene servida agua y beber de ella.

—¿Seguro? Porque parece que algo te molesta... —insistes.

—No está pasando nada, querida... solamente estoy un poco cansado.

Buscas la mirada de tu hermana, quien se encuentra perdida en el móvil que lleva en la mano, ajena por completo a lo que está sucediendo. Sientes que debes llamarle la atención, decirle: «Deja el maldito celular», para que levante su cabeza y se ocupe de su padre. Pero de nuevo, te resistes a hacerlo por no querer causarle una molestia a tu papá.

Él, parece notar lo que intentas hacer: buscar apoyo de tu hermana. La mira a ella para luego mirarte a ti y llamar tu atención con una sonrisa calmada.

—Descuida mi vida... déjala ser... —agrega, apelando a tu noble corazón.

—Pero es que... —intentas decirlo con un tono de voz bajo para que no se note que estás hablando de ella... mírala —dices, abriendo los ojos con intensidad, apuntando a su dirección porque sientes que tu padre no está viendo el panorama completo.

Su insolencia, incompetencia, inmadurez, necedad y cada una de las cosas negativas que la caracterizan, son razón suficiente para no darle ninguna de las libertades de las que disfruta. Sin embargo, tú padre no deja de intentar calmarte con un sutil gesto de su cabeza, mientras te da suaves palmaditas en

la mano, cerrando los ojos con entereza y demostrando de nuevo la gran paciencia que tiene.

Esta vez intentas decirle algo, pero te detienes porque sabes que no lograras hacerlo cambiar de parecer. En una situación diferente, tal vez en el pasado, habrías insistido diciendo algo como: «pero es que no la estás viendo» o «¡Mírala!», cosas que repetirías hasta que él te dijera algo como: «Yo lo sé, mi amor... déjala ser»

Las mismas líneas expuestas una y otra vez a través de los años. Estabas acostumbrada. Respiras profundo, acomodándote en tu silla, para luego soltar el aire acumulado en tus pulmones en un solo intento, liberando presión y relajando tu cuerpo.

—¿Ves? —dice tu padre, con un tono de voz alegre. Se nota orgulloso—. No era tan difícil después de todo.

Quieres decir otra cosa, pero no lo haces. Te cuesta entender sus motivaciones y aquello que él le ve a ella, pero, no lo puedes cuestionar, es papá y, hasta ahora, te ha demostrado que sabe de qué habla. Le sonríes, aceptando sus términos: ser buena y perdonar las fallas de Flavia. Pero es no te priva de preguntar:

—¿Por qué la defiendes tanto? —lo dices con un tono de voz más calmado. En un contexto diferente sabes que habría sonado atorrante y desagradable. Ahora no, lo que logra que recibas el resultado que esperabas.

—Porque es mi hija... —responde tu padre, demostrando seguridad y entereza—. Sé que tiene sus detalles, pero creo que se debe a la forma en que fue criada.

Mientras lo escuchas, miras a Flavia quien sigue distraída con su celular. Es sorprendente que, aun hablando de ella, no se percate de la conversación que está sucediendo a en frente suyo. Tu padre continúa hablando, con un tono de voz bajo, con la intención de no ser escuchado por su otra hija. Si supiera que ni porque estuviese gritando, ella lo escucharía.

De todos modos, Flavia se levanta por sí sola y justo cuando crees que va a intervenir, se aparta y se va a tomarse una foto al lugar en donde querías escaparte segundos atrás.

—Pero eso no quiere decir que sea mala ¿Sabes? Solamente es un poco...

—Hace un gesto con el rostro, intentando buscar una forma de describirla sin ser ofensivo. Pero eso a ti no te afecta.

—¿Inmadura? ¿Irresponsable? ¿Sin criterio propio? —le atacas con todo lo que piensas que la define.

—Claro que no —niega tu padre, mirándote con severidad. Entrecierras los ojos y frunces el ceño—. No, no... ella solamente intenta vivir su vida del modo al que está acostumbrada.

—¿A cuál? —le preguntas— ¿Al de una mujer holgazana?

—Ella no es holgazana...

—Claro que sí —intentas excusarte. Piensas que, si tu pudiste conseguir todo lo que tienes por mérito propio, no concibes el motivo por el cual ella es tan inútil.

—No porque no tenga un trabajo quiere decir que sea una holgazana, Emilia —te reprende tu padre, tocando exactamente el mismo punto que querías resaltar.

Esa habilidad del hombre que te crio, de saber qué decir y cuándo decirlo.

—No estoy diciendo eso —te excusas, mintiendo para que no se dé cuenta.

—No tienes por qué hacerlo —te reprende de nuevo—. Sabes muy bien cómo te sientes al respecto de tu empleo y tu título universitario. Ella apenas salió de la secundaria hace dos años. Aún le falta mucho por vivir.

—Pero ha vivido más cosas que cualquiera.

—Solo las buenas, querida. Aún le falta mucho.

—¿Y por qué no se las enseñas entonces? —le dices, queriendo soluciones, no excusas.

—¿Alguien te las enseñó a ti?

Intentas responderle. Sabes que nadie, especialmente él, te privó de hacer lo que querías. ¿Exactamente qué puedes responder a eso? Naciste en una familia bien posicionada, te dieron todo lo que te hizo falta y lo que siempre quisiste. En ese instante recuerdas todas aquellas cosas que pudiste hacer solamente porque un día despertaste con las ganas de hacerlas. Tu padre levanta las cejas, queriéndote decir: « ¿Ves? Por eso te digo », como si estuviera en tu cabeza, viendo lo que veías, sabiendo lo que sabes, sintiendo lo que sientes.

Todos los regalos que pediste, los viajes que quisiste hacer. Las escuelas a las que fuiste a estudiar única y exclusivamente porque querías hacerlo. Recuerdas todo aquello que tu padre no te obligó a hacer como: tomar decisiones, aprender a defenderte en el mundo exterior, tener un empleo de medio tiempo simplemente porque querías conocer lo que se sentía.

Miras a tu padre, luego a tu hermana, y luego bajas la frente porque sabes que todo lo que has aprendido en tu vida lo hiciste porque sentiste la necesidad de hacerlo, no porque alguien vino y las impuso en frente de ti.

—Tú no tenías que hacer nada de lo que hiciste. Tienes suficiente dinero para vivir como tú quieras —vacila— ¿Pero eso te detuvo?

Hace una pausa, incitándote a hablar. No quieres responderle porque sabes qué te dirá algo que no quieres escuchar. Algo así como una verdad absoluta o una de esas cosas que siempre hace cuando quiere enseñarte algo.

—Dime... —insiste.

—Este —Levantas la mirada, pero te bloqueas ahí.

—¿Te detuvo? ¿Dejaste de ir a trabajar a aquella cafetería mientras estudiabas como si realmente necesitaras el empleo?

Niegas con la cabeza, no queriendo abrir la boca para hablar.

—¿Te dije algo cuando lo hiciste sin preguntarme qué opinaba?

De nuevo, niegas con la cabeza, al mismo tiempo que él dice:

—No ¿Verdad? Entonces... ¿Por qué piensas que ella debe hacer lo mismo?

Sabes qué intenta decirte tú padre, que, siendo ella como es, tiene que conocer la vida a su modo, aprender lo que necesita para esta vida y que tiene que descubrir lo que es esforzarse por sí misma. Pero ese no es el caso, el caso es que a su edad ya tú estabas evaluando esa realidad. Querías hacerlo porque... sí, claro, sabes que es porque veías a tus compañeros haciéndolo y no querías parecer la que tenía todo fácil. También sabes que, visto de esa forma, es algo relacionado con tu ego más que con tu iniciativa a ser mejor. ¡Pero! Eso no te detuvo. Lo hiciste y ahora eres una persona hecha y derecha.

Ella no va a llegar a hacerlo jamás, no viviendo tan cómoda como lo está haciendo ahora. Mucho menos con algo que no le costó ningún trabajo obtener.

—Pero ese dinero es tuyo, no mío, ni de ella. Tú lo trabajaste.

—Ey... no es así —te detiene antes de que sigas—. ¿Acaso no es ese el dinero con el que abriste tu consultorio? —joder... tiene razón.

—Sí —respondes, perdiendo terreno. ¿Realmente sentiste que tuviste el control de la discusión en algún momento?

—¿Tu apellido es tuyo o mío? —te pregunta, aunque no sabes qué punto quiere tocar.

Entiendes que, técnicamente hablando, el apellido es de él.

—Tuyo...

—¿Acaso no lo llevas en tu pasaporte? ¿No lo colocaste en el título de propiedad de tu consultorio? ¿No está en tu licencia de conducir?

—Bueno sí...

—Cuando te presentas ¿Lo haces con un apellido inventado o con el que te di?

—Sí papá, ya entendí —respondes, obstinada porque ya entendiste el punto y, el que lo siga diciendo, te hace sentir cada vez más como una tonta por haberlo hecho resaltar.

—Ah... entonces... el dinero es de las dos tanto como es mío, y yo...

Pero justo cuando iba a terminar de hablar, Nadia los interrumpió a todos.

—La cena está lista —dice Nadia, anunciando la entrada de los otros criados que llevan la comida servida en un carrito.

Cada vez que hacen eso no dejas de sentirte como una persona que se la pasa comiendo en un restaurante elegante. Casualmente, eso es lo que parece. Un chef con experiencia, platos de calidad y que te los lleven a la mesa como si se tratara de un servicio cualquiera. Entusiasmada por algo tan simple como eso (por lo menos para alguien como tú), observas a los mesoneros coger los platos y colocarlos sobre la mesa en frente de ustedes.

Primero le sirven a tu padre, quien se encuentra en la punta de la mesa, como la cabeza de la familia que es. Luego a ti, por ser la mayor de las dos únicas hijas del jefe de la casa. Y luego Flavia, a quien nunca viste levantarse de donde estaba antes y apareció de la nada justo cuando iban a servir.

—Gracias, Dan —agradeces al empleado que colocó el plato en frente de ti.

—Espero que disfruten la cena —dice Nadia, en lo que los empleados de

tu padre terminan de colocar las cosas que están dispuestas para comer—. Por favor, no duden en llamar cuando terminen.

Nadia les sonrío, tú le respondes la sonrisa y ella se retira. La ama de llaves de tu padre siempre tiende a tener esa elegancia al hablar, propia de alguien educado. Consigues agradable la forma en que se encarga de cuidarlo todo en aquella enorme casa y, aun con la sonrisa en el rostro, estás feliz de que sea ella quien lo haga. Te sientes a gusto con ella, aunque, casi de inmediato lo olvidas y te concentras en tu plato.

—Se ve delicioso —dice tu hermana, quien se te adelanta para dar su opinión de la comida. A este punto no te importa porque no lo hizo con malas intenciones, solamente lo hizo primero que tú.

No sueles comer todos los días de esta forma desde que compraste tu propia casa en la ciudad. Aunque es un privilegio que decidiste guardar exclusivamente para esos días en los que te reúnes con tu padre para que no se vuelva una actividad tediosa.

—Me recuerda a lo que comí ayer en Sensations —dice tu hermana, arruinando por completo el ambiente. No sabes de qué demonios está hablando, pero asumes de que se trata de un costoso restaurante de la ciudad—. Pero no diría que es mejor que la de Diverxo. Comí ahí con Tina la semana pasada y —tu hermana los mira a los dos como si estuvieran en la misma página que ella—, la verdad, fue asombroso. No cabe duda de que fue espectacular —dice con un evidente entusiasmo.

—Vaya... comes en muchos lugares diferentes —dice tu padre, como si no viera lo que ella intenta hacer.

Tú sabes muy bien que su intención es llamar la atención diciendo lo mucho que se divierte todos los días comiendo en restaurantes costosos y de categoría, mientras que tú, en tu maravillosa vida que presumes, no lo haces porque no quieres. En cambio, papá no deja de aplaudirle ese comportamiento al motivarla a seguir hablando.

—No bueno, no es que lo hago siempre. Solamente una que otra noche. Pero lo que más me gusta de un buen restaurante es la forma en que le prestan atención a los detalles... —Flavia baja la mirada y se concentra en el plato, estudiándolo como si fuera una obra de arte— me satisface saber que cada

cosa que colocan en el plato está ahí porque tiene un propósito. Nada de lo que colocan está de más o es innecesario.

Tu padre suelta una sutil carcajada, como si se sintiera a gusto de escuchar a su hija. De cierta forma no estás en contra de que hable de algo que le gusta, pero estás tan irritada con su forma de ser que no importa lo que diga, te parece una molestia más que no toleras del todo.

—Como que te gusta demasiado la gastronomía...

—¿Qué me gusta? —Dice tu hermana, como si no se hubiera dado cuenta—. No creo... solamente me gusta lo que hacen en los platillos. Soy un comensal que se deja atrapar por el plato. —Tu padre ríe de nuevo.

—Mírate cómo hablas —ríe otra vez, acompañándolo con un corto tosido que lo obligó a aclararse la garganta—, sueñas como toda una experta. ¿Cuánto tiempo tienes comiendo en restaurantes de esa forma?

—Cada vez que puedo —tu hermana parece apenada. Es raro verla así por algo.

Sientes que debes decir algo como: « Si te gusta tanto, ¿por qué no cocinas tú? », pero frustras tu intención de hacerlo porque sabes que se escucharía muy desagradable. A este punto te cuestionas por qué tiendes a ver de esa forma a tu hermana. Ciertamente no te importa lo que haga o lo que le guste, pero sientes que deberías estar molesta con ella todo el tiempo

Entonces la mirada de tu hermana te resulta un poco más vacía que la tuya. No es lo que ves sino lo que sientes. El recuerdo de un día agotador, el de una mañana fría, de una noche oscura y silenciosa... todo choca en tu cabeza como si fueran un sinfín de sensaciones absurdas que no entiendes o que no logras tolerar. Es difícil acostumbrarte a ese amargo sabor de boca, tan repentino como una bofetada sin avisar.

Te levantas de golpe porque todo sucede en cámara lenta, los gritos de Flavia se van ahogando con los tuyos, los de Nadia y las personas que corren a socorrer a tu padre. No consigues aun controlar tus pensamientos ni tus movimientos porque todo lo que haces está siendo manejado por una fuerza mayor, por algo que se encuentra dentro de ti pero que no dominas del todo. Ese poder invisible te lleva a actuar como debes.

Bien por ti.

Tu padre se va deslizando lentamente de su silla al suelo. Qué locura, que cambio tan repentino de eventos.

Coges a tu padre por el brazo, quien está luchando por no caerse. No sabes lo que le sucede, pero asumes que tiene que ver con la condición en la que se encuentra. Te da miedo de cogerlo muy fuerte y así lastimarlo, pero no sabes qué otra cosa hacer. Flavia sigue gritando, buscando que alguien llame a alguna ambulancia para que lo atiendan de inmediato. Tú piensas solamente en el doctor de la familia, pero ¿Qué cosa puede hacer él si está tan lejos?

Tienes tiempo viendo a tu padre enfermo, jadeando, tosiendo, sufriendo del dolor de la vida y del castigo que le atezaba la muerte, moviendo las cuerdas sin llevárselo todavía. Pero no estabas preparada para esto. ¿Qué sucedió? ¿A qué se debe? ¿Por qué lo hizo o por qué logró que algo así sucediera?

Todos corren a socorrer a tu padre. En pocos minutos uno de los hombres que trabajaba en la casa, de esos que están ahí pero nunca ves por los alrededores porque saben cómo no ser vistos, coge a tu padre entre sus brazos y lo levanta para seguir sus órdenes de a donde se dirigirán. Atraviesan pasillos y puertas. No sabes cómo, pero tanto tú como Flavia decidieron no esperar por la ambulancia la cual tardaba demasiado como para aguardar.

Llegan al estacionamiento.

Corren hasta el coche más grande y rápido que tiene.

Flavia grita: «¡Súbanlo!» mientras que Nadia se sienta en el asiento del piloto a encender el motor. Todos los demás empleados siguen la escena de cerca. Miras a tu alrededor confundida y te encuentras con más de quince personas rodeando el coche demostrando legítima preocupación. Reconoces unas caras y otras que no, pero se lo atribuyes al estrés del momento. Antes de que te des cuenta, ya el vehículo está en marcha, quemando los neumáticos en el suelo y avanzando a toda velocidad a la salida del estacionamiento que forma parte de las dos hectáreas y media de patio que tenías a tu derecha mientras esperabas la comida.

Tu padre respira con dificultad, como si algo no dejara que su cuerpo funcionara de manera adecuada. Flavia dice: «Todo estará bien papá» mientras que coge su mano, tú, sabes que puede no estarlo, pero aun así sientes

que no es momento de perder las esperanzas. Nadia no habla, tiene la mente en el camino.

—¡Ve más rápido! —exclamas, exigiéndole a Nadia algo que ya sabe.

Sin embargo, te da la impresión de que, de hecho, está yendo más rápido.

Intentas concentrarte en tu padre, en la mano que sostienes y en las palabras de Flavia.

—Todo estará bien... resiste un poco. Ya vamos para el hospital. Resiste.

No pasan ni diez minutos manejando cuando logran salir de la propiedad; suerte que la salida de la propiedad estaba cerca y que no tuvieron que recorrer las dos hectáreas y media de terreno. Ya en la autopista, se las arreglan para ir aún más rápido; al parecer Nadia es una muy buena conductora.

Escuchas algo familiar.

—¿Qué es eso? —preguntas en voz alta.

Es un sonido lejano, un tanto ahogado pero agudo. Es el tipo de sonidos que están hechos para recorrer grandes distancias y ayudarlo a los demás a reconocerlo de inmediato. Es inconfundible una vez que lo has identificado.

—Sirenas —se te adelanta Nadia, quien al parecer vio el destello lejano de sus luces.

Las tres entienden que se trata de la ambulancia que habían llamado. Muy oportuno.

—Haz que se paren —dices, con un plan en mente.

Nadia no te pregunta el por qué y comienza a tocar el claxon para llamar su atención. Parece un buen plan. De esa forma, tal vez se detenga, pero no está del todo bien. ¿Desde cuándo las ambulancias se detienen de esa forma? Sabes que no hay manera de que lo hagan porque ignoran que el motivo de su emergencia está más cerca de lo que parece.

—No se van a detener —dices en voz alta.

—¿Cómo qué no? —pregunta Flavia.

—Las ambulancias no se detienen así —dices, formulando otro plan.

Decidida, abres la ventanilla del coche que se encuentra en el techo y sales por ahí, esperando poder llamar su atención con gritos y los movimientos desesperados de tus brazos. Pese a las dudas de la efectividad de ese plan, no

lo dejas a la suerte y no te detienes.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —dices a todo pulmón— ¡Ayuda!
¿Cómo llegaste hasta ahí?

FLAVIA: LO QUE HACES POR TI

Te levantas de la silla por enésima vez, luego de que decidiste sentarte para descansar los pies. Piensas que es un trabajo agotador, ese el de recibir las condolencias de cada una de las personas que tu padre conoció a lo largo de tu vida.

Te parece curioso la forma en que personas que nunca en tu vida habías visto, lloran la muerte de un hombre que viste durante toda tu vida. Más que todo porque, siendo tú su hija, sientes que ya lo lloraste demasiado.

—Lamento mucho tu pérdida —dice el hombre que te hizo levantar, hablándote al oído como un conocido.

—Gracias —respondes con una voz suave y melancólica. Aunque aquella palabra ya ha perdido sentido para ti de lo tanto que la has dicho, no significa que no sientas la pérdida de tu padre como una puñalada cada vez que una persona nueva te lo recuerda.

Los pies te están palpitando. Ya lamentas la decisión de haber elegido esos zapatos para el día. Aunque te justificas diciendo que no habías estado antes en ningún otro funeral, por lo que pensaste que sería algo de poco tiempo. Vuelves a sentarte en la silla que habías apartado ya con la esperanza de que en los próximos diez minutos más nadie se acerque.

Miras a tu alrededor para darle un pequeño y fugaz vistazo a lo que tu padre había dejado preparado. Ese viejo, incluso dejó listo todo lo concerniente a su funeral. Se te escapa una sonrisa irónica que juntaste con un toque de melancolía y nostalgia... «oh sí, ese viejo dejó preparado su funeral», te dices, soltando un suspiro doloroso que te envía de nuevo a la realidad: ese viejo está muerto ahora. Se te hace de nuevo un nudo en la garganta y sientes como si miles de pequeñas agujas comenzaran a punzarte alrededor de los parpados; evidente señal de que vas a llorar de nuevo.

—No —dices en voz alta. Con eso podrás mantener tu mente distraída, recordarte que ya es suficiente.

Para no pensar más en eso, sientes que es mejor regresar a lo tuyo: ver tu

alrededor. No recuerdas la última vez que el señor Antonio D'introno, había dejado algo al azar. A pesar de que lo conseguías un comportamiento insoportable, te gustaba la forma en que lo mantenía todo bajo control; en que decía que de esa manera no sentiría ningún tipo de preocupación. Te preguntas: «¿Se habrá preocupado al final?» como si fuera una cuestión de relevancia.

Respiras profundo.

Primero te fijas en las cosas que las mujeres llevan puestas: vestidos, carteras de mano, sombreros grandes que les hacen sombra en el rostro, los guantes, los zapatos inapropiados para caminar por el pasto recién podado. Luego en su maquillaje, la sombra que usaron para los ojos; exceso de rubor, de labial, de base. Muy blanca, muy oscura o no lo suficiente de ninguna de las dos.

Ahora te preguntas qué quieres lograr con eso, porque mientras que las ves no dejas más que criticar a quien sea objetivo de tu mirada. Te da igual de todos modos. Mientras los ves estás ignorando por completo lo que hacen, así que no te das cuenta que lentamente se van acercando unos a los otros para crear conversación.

Sí que es un funeral extraño ¿Verdad? A tu parecer, tiene más a recepción de boda con motivo oscuro que a un funeral. Tratas de no pensar en eso y continuar con tu observación ya que, la palabra funeral, te trae de nuevo a esa realidad en la que sabes que tu padre no está. Han pasado cinco minutos, lo sabes porque se siente que no se te ha acercado nadie en mucho tiempo. Esperas que se quede así.

Buscas a tu hermana para ver qué está haciendo, esperando que la esté pasando tan terrible como tú. Estás segura de que posiblemente lo esté haciendo. Sin embargo, no la consigues. No sabes si puede estar hablando con alguna persona que le haya dado sus condolencias o escapando de los abrazos, los sentimientos de pesar, de las palabras reconfortantes que le dicen que todo va a estar bien de ahora en adelante.

Emilia no es una persona muy sociable, lo que te hace suponer que tal vez sea una de esas situaciones, en el caso de que no sean todas al mismo tiempo. Hay un pequeño margen de error. Por lo menos lo has sabido llevar bien y

estás orgullosa de eso.

Tu mirada va recorriendo los verdes arbustos que separan ciertas áreas comunes del patio para que las personas puedan reunirse. Luego, te fijas en la mesa de bocadillos que no tiene a nadie cerca porque parece que ninguno de los que asistieron al funeral quieren aceptar que están un poco confundidos con lo que están haciendo ahí. No puedes evitar reírte un poco de ellos, de esas personas que dicen haber conocido a tu padre, pero no se esperaban algo como eso en su funeral.

—Sí que es un hombre bastante raro ¿Verdad? —dices para ti, porque ahora estás a gusto con tu soledad.

—¿Quién es un hombre raro? —Escuchas que alguien dice a tu lado.

—¡Qué cara...! —exclamas asustada.

Aquella extraña voz de hombre te toma desprevenida por lo que te mueves rápidamente para ver de quién se trata. De nuevo, alguien que no conoces.

—¿Qué demonios te sucede? —reclamas, sin importa de quién se trate.

—Disculpa, no quise asustarte.

—¡Oh! Qué lástima que haya sido eso... —dices con sarcasmo— ¡Exactamente lo que conseguiste! —Exclamas irritada porque odias que te asusten de esa forma— ¿Por qué demonios apareces así de la nada? —preguntas bajando el tono de voz.

—Disculpa —dice el extraño hombre sonriendo como si hubiera hecho algo gracioso.

—No es gracioso, no te rías.

—No me estoy riendo —se excusa, sin borrar esa sonrisa en la que presume sus perfectamente blancos dientes, la cual te está comenzando a irritar.

—Pues sí lo estás haciendo... —resaltas, estando cada vez más cerca de perder el control e insultarlo—... ¿No ves que estamos en un funeral? No es un lugar para andar riéndose...

—Qué no me estoy riendo —insiste el hombre misterioso, sin borrar su estúpida sonrisa que parece que combina muy bien con el negro de su traje hecho a la medida—. Además, no es un funeral muy normal que digamos —resalta, acomodándose en la silla para quedar más cerca de ti.

No puedes evitar mirarlo desconcertada de arriba abajo, con un gesto de desprecio que estás segura que pasó desapercibido para él. Te alejas un poco para recuperar ese espacio que te quitó al moverse.

—Un funeral es un funeral —dices.

—Bueno, puede ser —responde el hombre— pero no he ido a muchos funerales en donde haya una banda tocando música para ambientar la ocasión —dice, señalando con un suave movimiento de su cabeza a la banda que se encuentra: diagonal, justo detrás, a tu derecha, en medio de ti y de él.

Dejándote llevar por el gesto de ese completo extraño, sigues sutilmente el camino de su rostro mientras que te excusas con ver a los músicos que mantienen un sonido calmado y suave para mantener el ambiente de la ocasión y fijarte en cada detalle de su cara, lo que te lleva a aceptar que no es un tipo del todo desagradable. Sin embargo, eso no hace justicia a su impertinencia.

¿Qué haces viendo para donde él quiere que veas? ¿Te pasa algo?... Disgustada, apartas la mirada rápidamente demostrando tu desagrado por su presencia. Tal vez Emilia no sea la persona más sociable, y que es algo que tú dominas muy bien, pero no eres la más amable de todas. Sin embargo, eso ni te importa, ni te detiene.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntas, para luego arrepentirte inmediatamente porque comprendes muy tarde que a una pregunta siempre le sigue una respuesta.

—No, bueno, vi que estabas sentada aquí sola y supuse que querías un poco de compañía —te responde él, causándote todo tipo de sensaciones absurdas con respecto a lo estúpido que eso suena.

Evidentemente no te parece que el tipo sea el mejor cortejando mujeres; con cientos de ellos te has encontrado en cualquier lugar del mundo.

—¡Ah sí! —preguntas con sarcasmo—. ¿Me viste sola y supusiste que lo estaba porque quería compañía?

—Sí —responde él, sonriendo como si te estuviera haciendo una obra de caridad.

—Entonces —continuas—, de todas las cosas que se te pudieron haber ocurrido, la mejor fue venir a molestarme —igual con sarcasmo.

Sin embargo, parece que el hombre de cabello castaño de corte clásico, no

entiende muy bien tú sarcasmo.

—Sí bueno... no sé por qué estabas sola, pero lo que importa es que ahora no lo estas ¿Verdad?

—Sí claro —le tuerces los ojos, cruzas los brazos y apartas tu rostro para otro lado, consternada por su presencia.

—Sí... pero no fue solo por eso por lo que me acerqué —señaló...

No le preguntes... sin embargo ¿Qué fue entonces? No quieres hacerle la pregunta que sabes que quieres que le hagas, porque sabes lo que eso significa.

—¿Y entonces por qué? —Le preguntas, aun apartando tu mirada de él, víctima de un estúpido reflejo tuyo.

Te preguntas por qué lo hiciste, pero ya es muy tarde para fingir que no te interesa escuchar su excusa. Tal vez es algún cliché: el truco más viejo del libro.

—Porque no sé por qué una mujer tan bella cómo tu está tan sola aquí.

Primero, intentas no reírte. Segundo, intentas no reírte muy alto de su estupidez por respeto a tu padre. Y tercero, te dices: «te lo dije», entre jactanciosa y disgustada. Pero, de todos modos, eso no es suficiente para filtrar tus palabras. No te importa de todos modos.

—¿En serio dijiste eso? —Te giras para mirar y, aunque no te reíste en su cara, estás segura que tu rostro le dejó muy en claro que esa era tu intención— ¿Eres tan patético?

Sin embargo, el hombre parece ser un hueso duro de roer. Solamente se ríe, como si estuviera preparado para todo eso que está sucediendo.

—No sé qué hace una mujer cómo tú en un lugar como este —agrega ahora, con esa estúpida sonrisa suya en el rostro.

—¡Oh vamos! ¿Ahora me vienes con eso? —te parece lo más patético que existe— ¿Quién te enseñó a hablarle a las mujeres? ¿Tú mami?

De nuevo, solamente sonrío sin problema.

—Solo digo, pues. Eres muy hermosa...

—Además, —interrumpes... fuera lo que fuese a decir no importaba— ¿Qué otra cosa estaría haciendo en un funeral? Genio.

—Pues no lo sé, pero todos están hablando con los demás y tú estás aquí,

sentada, sola y abandonada.

Cada una de sus palabras te parecen cada vez más irritantes que las anteriores.

—Imbécil —dices, entre dientes, pero lo suficientemente alto para que él te escuchara.

Con suerte, logras que esa última palabra marque una pausa en su conversación. Sientes que tal vez, al ver que no eres una jovencita educada, se marchará y te dejará tranquila. No lo estás viendo porque sientes que si lo haces le estarías dando el placer de tu atención, sin embargo, te genera curiosidad saber si aún se encuentra a tu lado.

No, mejor contente.

Ha pasado más o menos unos treinta segundos y no ha hablado. Eso puede significar que se fue ya. ¿Quién sabe? Tal vez lo hizo en silencio del mismo modo en que apareció. Aun así, decides esperar unos segundos más para no dejarlo a la suerte hasta que sientes que es momento para averiguarlo.

Así que te das la vuelta.

Para tu sorpresa, sigue ahí.

—¿Sabes? Escuché que sus hijas casi se matan tratando de salvarlo —
Dice el hombre necio.

Lo ves sentado de forma relajada, con los brazos cruzados y viendo al horizonte como si se tratara de una persona muy profunda y pensativa.

—No sé qué carajos hicieron o por qué, pero en la entrada escuché eso —
continuó, sin percatarse que distes la vuelta para ver si estaba ahí.

La forma en que dijo: «sus hijas», a pesar de estar a tu lado, te hace pensar que puede que no sepa quién eres. ¿Le deberías decir?

—Me pregunto que habrán sentido después de haber hecho eso que sea que hicieron, y no lograr nada. —Agregó, como si fuese una persona completamente diferente. El recuerdo de aquella noche te hace bajar la guardia.

—Mal... —confiesas. Respondes lo que sintieron tu hermana y tú aquella noche, sin importar si este hombre te conoce o no. Es irrelevante cuando se trata de algo tan delicado como eso.

—Ah... —gira el rostro para verte— ¿Sabes qué pasó? ¿Hablaste con

ellas?

—Este...

—Sé que tiene que ver con una ambulancia, pero quien me dijo no conocía todos los detalles —dice el hombre, interrumpiendo tu intención de decirle que tú eras una de sus hijas.

—Sí, tuvo que ver con una ambulancia en movimiento —lo piensas muy bien antes de decirle. De cierta forma quieres hacerlo, pero sientes que no es apropiado ya que, para ti, si lo haces, seguro te da sus condolencias y luego se marcharía porque se habría apenado de tratarte como una mujer cualquiera cuando estabas en luto—. Según me dijeron —eso decidiste—, intentaban detener la ambulancia que habían llamado. Le pidieron a su chofer que le avisara, pero no consiguieron que se detuviera, así que giraron de forma agresiva y casi se voltea el coche en el que iban.

—¿Y la ambulancia se detuvo?

—Sí... pero como ves, no valió la pena —respondes, intentando ser lo más casual posible.

Los dos se miran a los ojos, cosa que no habías hecho en todo ese rato que él estuvo ahí mientras intentabas evitarlo: un par de color miel. No dijo nada relevante, ni te ha dicho siquiera su nombre, pero por algún motivo que no comprendes, lo comienzas a odiar menos de que lo odiabas minutos atrás.

—¿Cómo te llamas? —preguntas, de nuevo, por un reflejo tuyo.

—Carl —responde, sin apartar su mirada de tus ojos.

—¿Qué relación guardas con...? —por poco dices que es tu padre, arruinando así lo que sea que estas creando con Carl en ese momento. Lo que hace que ahogues tus palabras, dando una impresión diferente a la que esperabas.

—¿Eres pariente suyo? —preguntó Carl, supones que, mal interpretando tu vacilación.

—Sí... —respondes vagamente.

La cara de Carl va cambiando lentamente de: fresca y genial; a: consternación y vergüenza.

—Oh mierda... —Dice ahora, entendiendo lo inapropiado de su jugada para seducirte—. Entonces yo... demonios, disculpa, no sabía que eras

familiar del difunto.

—Descuida. Por lo menos no te acercaste nada más a darme tus condolencias.

—¿Qué relación guardabas con el señor Antonio?

—Bueno, aparte de darme la vida. Creo que más o menos me crio. Se podría decir que es mi papá.

—Mierda...

Carl se levanta, aún más apenado, para contemplarte de nuevo. Parecía que no te había reconocido, después de todo, eres la hija de un multimillonario, y, si alguien estaba en ese funeral, se supone que por lo menos debería saber eso.

—No sabía —se excusa. Tu simplemente te ríes porque no es gran cosa. De cierta forma te gustó que un extraño se te acercara para otra cosa más que decirte sus lamentos—. Yo...

—¡Oh no! —levantas las manos para que se calme, porque sabías lo que estaba a punto de decir. No quería que arruinara el momento—. Ya te dije que descuidaras. Estabas bien hasta que preguntaste al respecto.

—Pero es que...

—Sí, ya sé qué fue lo que intentaste, pero no importa.

Con una nueva opinión del cretino de Carl que se sentó a tu lado sin preguntar, sientes que no es tan malo tenerlo cerca. Por lo que decides que puedes pasar otro rato con él.

—Vamos —te apartas un poco en señal de camaradería, invitándolo a que se siente a tu lado. Le das unas palmadas a la silla en la que él estaba—: siéntate. Sigamos hablando.

Carl mira a su alrededor, buscando una forma de resolver su terrible error. Consternado, se notaba la confusión y los nervios que lo dominaban. Ya no era ese hombre seguro de sí mismo que se acerca a las mujeres hermosas para decirle sus más viejos trucos del libro. Mientras más lo ves, más interesante te parece.

—Vamos... —repites—, siéntate. Acompáñame un rato.

Aun indeciso, Carl procura mantener una distancia considerable de ti, como si de repente te hubieras vuelto inalcanzable para él.

—¿Qué pasó? —preguntas, sintiendo que tienes el control sobre lo que sucede ahora.

Carl, evidentemente nervioso y confundido, intenta decir algo, tal vez quiera defenderse o excusarse. Esa actitud que tuvo de repente, te parece graciosa. Incluso la respuesta que no te dio te habría dado risa, porque aquel hombre seguro se había marchado para posiblemente nunca volver.

Sin embargo, deja caer los hombros, rindiéndose por completo y se sienta a tu lado.

—Qué más da —Dice Carl, sonriéndote.

* * *

Una semana ha pasado desde aquel día. Ahora, te encuentras sentada en otra silla, esperando a que Emilia llegue a la reunión a las que las habían citado con anterioridad. Levantas tu móvil para revisar si alguno de los mensajes le ha llegado y, efectivamente ha sido así, aunque no los ha leído. Piensas que es una irresponsable por no aparecerse aquel día. No es cualquier cosa ¿Por qué no llega y ya? Carl te está esperando en el aeropuerto. ¿Qué demonios puede ser más importante que la lectura del testamento de papá?

—¿Aún no sabe nada de su hermana?

Levantas la mirada, con los niveles de estrés aumentándote, más que todo porque el abogado te presiona a ti como si fueses la que no ha llegado. Tu intención es responderle con hosquedad, pero no es su culpa, es un hombre ocupado. Así que, con todo el pesar del mundo, fuerzas una sonrisa para decir:

—Aun no sé.

—Es importante que ella esté aquí —dice el abogado—, de lo contrario, no podremos hacer la lectura del testamento. Sin las dos presentes, tendremos que posponer esta reunión.

—Pero ¿Por qué es tan importante que ella esté?

—Las dos son las únicas herederas del señor Antonio. Si no están presentes, no se le puede hacer la repartición adecuada de los bienes y no se les puede explicar el testamento —explica el abogado. Te parece absurdo, no es como que leer un papel sea lo más difícil del mundo.

—¿Qué tiene que ver eso? Solamente tienes que decir con qué se quedó cada una. No es para tanto.

—No es así, señorita D'introno; el testamento tiene que ser leído para las dos porque tiene asuntos que le concierne a ambas. De lo contrario, me temo que deberemos esperar a que su hermana se encuentre presente.

Lo que dice el abogado te parece una molestia, aunque por muy grande que sea, también tiene sentido. Pero tú no quieres volver a venir a ese lugar tan apartado de tu casa; además, tienes muchas cosas que hacer como para apartar otra cita innecesaria ya estando ahí para escuchar la lectura.

—¿Y no puedes citarla a ella otro día para que los escuche? Así me la dice a mí y ya. —Propones.

—Señorita D'introno, le digo que no estaré disponible después, hay muchos...

—Sí, sí... ya me dijo: tiene muchos asuntos pendientes con la compañía —dices quitándole interés— Pero ¿Qué tiene que ver eso conmigo? Emilia es la que no aparece, no yo...

—No tengo nada en contra suya, señorita, solamente estoy...

El abogado no parece querer razonar contigo. Tratas de pensar en lo que puedes hacer, ciertamente esperar no es tan difícil, pero la idea no te gusta, es decir ¡Ya estás aquí! ¿Qué tanto puede decirte que necesite que estén las dos? El problema no es que aparezca, sino que no sabes por qué no lo hace.

Y como si todo sucediera por una razón, tu móvil suena.

—Debe ser ella —dices, reaccionando al sonido del aparato.

—Qué bueno... pregúntele en donde está.

Respiras profundo, para no insultarlo y bajas la mirada al móvil en el que lees: «¿Qué pasó?» Otra cosa que te parece ridícula. Arriba de ese mensaje, lees los que le enviaste: «¿Dónde estás?», «Estamos esperando por ti para lo del testamento», «¿Por qué no apareces?» por lo que la pregunta de tu hermana no deja de parecerte ridícula.

Así que comienzas a escribir: «Como que qué pasó...» Pero tu hermana envía otro mensaje: «No creo que pueda ir». Su respuesta te arruina el día ya que, si no va, habrías perdido tu tiempo. Borrás lo que tenías escrito para escribir: «¿Ahora por qué carajos no vienes?»

Levantas la mirada, esperando que el abogado no se dé cuenta, de alguna forma, de que tu hermana te acaba de decir que no irá. Es ridículo, pero de todos modos lo haces. Vuelves a bajar la mirada y escribes: «No van a hacer la lectura si no estás aquí».

—¿Qué pasó, señorita D'introno? —Pregunta el abogado.

—Nada —respondes tratando de ocultar la verdad—, estoy preguntándole en dónde está, eso es todo.

—¿Y en dónde está?

Lo miras en silencio, sin saber qué cosa decirle, sin que se te ocurra una mentira.

Bajas la mirada de nuevo y escribes luego de ver que tu hermana vio el mensaje: «Si no vienes no nos leerán el testamento y el viejo este dice que no podrá hacerlo después, dice que estará ocupado. Deja de hacer lo que sea que estés haciendo y vente», envías el mensaje y esperas a que tu hermana tenga una respuesta que te sirva de algo.

Te le quedas viendo fijamente a la pantalla del móvil, esperando a que vea el mensaje. En cualquier momento lo hará, sentirá que está haciendo mal y aparecerá por la puerta que tienes atrás.

Lees: «Escribiendo...»

La anticipación te está matando, no sabes qué hacer, no sabes qué decirle al abogado. No quieres esperar, ni mucho menos posponer esa reunión. Quieres saber ya qué es lo que te corresponde de tu herencia; esperar tanto a que te lo digan te está generando mucho más interés que antes.

Tu hermana responde: «No creo que pueda ir, aún estoy de luto. No quiero salir de la casa. Si quieres, dile que no me importa lo que diga el testamento». ¿Qué espera ella que hagas con eso? El abogado fue muy específico cuando dijo que tenían que estar las dos presentes para que les pudieran leer la última voluntad de tu padre. ¿Cómo se supone que deberás hacer ahora?

Sabes muy bien que no puedes decirle eso al abogado, por lo que se te ocurre otra cosa.

—¿Qué pasa si no puede venir? ¿No hay otra forma en que podamos hacerlo hoy?

—No señorita D'introno, ya le dije que solamente pueden estar las dos...

—Sí, pero, si ella no puede, o sea, «que no puede» —haces hincapié en ello— ¿Cómo podríamos hacer?

—No lo sé, señorita.

Bajas la mirada de nuevo y escribes: «No quiere hacerlo sin ti». De nuevo lees que está escribiendo; qué bueno, por lo menos no tendrás que esperar tanto. Y su respuesta es: «No sé, resuelve tú». Termina ella.

No sabes qué te golpea primero: ¿Furia? ¿Preocupación? ¿Estrés? ¿Desconsuelo? La estupidez de tu hermana no tiene límites, sin embargo, necesitas de ella para esto. ¿Qué se supone que puedas hacer?

—Este... —piensas— y... ¿Qué tal si grabo lo que dice y se lo envié? Es como que esté aquí ¿Verdad? Así puede escucharlo y sabrá lo que le tocará del testamento —lo miras un poco nerviosa, esperando que el plan funcione. Sin embargo, no le das tiempo para responder por miedo a que diga que no—. Me dijo que no podrá venir porque está extremadamente ocupada con cosas de su trabajo, pero que, si puede, lo puede escuchar más tarde, si se lo grabo.

La cara de póker del abogado no te da ningún mensaje, sin embargo, su silencio parece que debería darte una respuesta, aunque ¿Cuál exactamente? No lo sabes.

—Quiere usted que grabe la lectura ¿Eso es lo que me está diciendo?

—Sí, bueno —te estresa que te haga una pregunta tan obvia—. Es básicamente lo que le dije.

—¿Y su hermana está de acuerdo? —preguntó, como si necesitara más razones para hacerlo.

—Sí... eso fue lo que ella me dijo —mientes.

El abogado baja la mirada, ve su reloj, ve la hoja que tiene que leer y deja escapar un suspiro de resignación. Sí, él también quiere irse de ahí. Puede que esto funcione después de todo.

—Está bien...

No logras contener tu grito de emoción al escuchar que aprobó tu plan. Si tan solo lo hubieras hecho antes, no habrías tenido que esperar tanto... le regalas una sonrisa legítima y te acercas con todo y silla a la mesa.

—Perfecto entonces...

—Pero tendrá que grabarlo todo, señorita D'introno ¿Entendió?

—Sí, sí, sí —dices, buscando la aplicación de grabadora en tu celular—, mira, aquí estoy colocando la grabadora. Descuida.

El abogado mira tu celular, espera que des inicio a la grabación y suspira de nuevo. Ahora te está mirando a ti a los ojos, a lo que le sonríes y abres un poco más los tuyos incitándolo a que empiece a leer.

—Bueno... aquí va.

Te acomodas en la silla y escuchas que el abogado dice todo lo concerniente al testamento. En él, se habla sobre tu padre, quién es, de quién es hijo y otros elementos necesarios para desarrollarlo. Luego de eso, se explica que la parte concerniente para ustedes dos, se leería única y exclusivamente una semana después de su funeral, del cual también se hace mención de cómo quieres que sea realizado (exactamente como lo recuerdas) y luego de eso viene la parte que más te importa:

Que mis hijas Emilia D'introno y Flavia D'introno son mis únicas y universales herederas. Aunque, sin embargo, a causa de la cantidad de dinero de la que se les hará entrega y de la que únicamente tendrán conocimiento mi notario y yo, no podrán disfrutar de dicha suma ni bienes, por los próximos tres meses a esta lectura.

Al escuchar esa parte, se te hace un nudo en la garganta, sumado a un mal sabor de boca. ¿Qué habrá querido decir tu padre con eso? A pesar de ello, no interrumpes la lectura.

El abogado no se detiene.

Bajo esta condición, tampoco podrán hacer uso excesivo del dinero que poseen, por lo que las cuentas relacionadas con la fortuna que ostentan, serán congeladas por el mismo tiempo comprendido. De esta forma, solamente tendrán poder sobre lo que sean capaz de producir o lo que haya producido por su parte. A fin de que, en ese trimestre, nadie, siquiera ellas, pueda hacer mal uso de sus riquezas.

Cada vez que avanza, te preocupa más.

Adicional a ello, y como condición global, únicamente podrán disfrutar de su herencia en la que se incluye una cantidad de dinero capaz de darles una vida cómoda —pero sin lujos— en lo que les resta de vida, no podrán tener ningún tipo de relación sentimental (matrimonio, noviazgo, ni

relacionado), en el transcurso ni cumplido esos tres meses. De no cumplirse esta cláusula, lo correspondiente a aquella heredera que haya fallado en esto, irá a la otra. En el caso de que ambas fallen, todo se dividirá entre las fundaciones de mi empresa y demás.

—¿Qué cara...? —intentas interrumpir, pero el abogado levanta la mirada casi de inmediato haciéndote callar y sin detenerse.

Sin embargo, no te priva de pensar: « ¿Qué carajos le sucedió a papá? »

Una vez cumplido estos tres meses, si siguen estas condiciones, se les hará entrega de la herencia sin hacérseles conocer cuánto poseen. Parte de mi fortuna será dividida, de manera que no sepan lo que ostentan ni ellas ni los demás. Por otra parte, y sabiendo que no puedo prohibir que se casen, la única forma en que puedan seguir disfrutando de ella, es que, a la hora de hacerlo, firmen un acuerdo de separación de bienes. Si no lo hacen, automáticamente perderán el dinero y los bienes que posean a su nombre.

Otros asuntos concernientes a mi fortuna serán guardados para aquel que lea este documento (se anexará después de esta parte).

El abogado deja de leer, salta el párrafo que sigue a esa parte de la lectura y continua:

De estas condiciones se les hará saber una vez que tengan su primer heredero, y que hasta entonces, se mantendrán en secreto. La razón de esta condición es que no quiero que nadie se aproveche de la fortuna que van a heredar, y a raíz de eso, ni siquiera les daré total control de dicho dinero ni se les hará saber cuánto poseen. Luego de cumplido los tres meses, se les hará un depósito mensual con el que podrán sobrevivir.

—Ahora, señorita D'introno —dice el abogado, habiendo terminado de leer...

—Ya va ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué soy pobre? —Comienzas a alterarte poco a poco.

—No, señorita D'introno, lo que quiere decir todo esto es que...

—¡Que soy pobre! —exclamas, dejándote llevar.

—No señorita D'introno, déjeme terminar. Es importante que sepa muy bien cómo serán las cosas de ahora en adelante para que no tenga problemas y que su hermana entienda.

—Pero...

—Señorita... por favor, escuche —insiste el abogado.

Te controlas.

—Ahora, dicho esto, el señor D'introno, su padre —señala—, no quiere que ninguna de las dos pierda su dinero por algún pretendiente interesado, y sabiendo que algo de eso sucederá, les pide que en ese tiempo no tengan ninguna relación para que así, puedan alejar a los que las pretendan.

—¡Pero por qué simplemente no nos dijo eso antes!

—Porque fue una opción que presentó una semana antes de morir, consciente de que moriría en cualquier momento.

—Entonces...

—Entonces, señorita D'introno. Lo que deben hacer es hacer uso prudente de lo que tienen hasta ahora y esperar. Una vez pasado los tres meses, se les hará entrega de su dinero y de las siguientes condiciones del testamento. Pasado eso, se les dará más información cuando tengan una relación establecida y su primer heredero —vacila— y de seguir los requisitos de este testamento, claro está.

—Solo tengo que esperar tres meses, ¿Verdad?

—Sí señorita, solamente tres meses.

Respiras profundo, sintiendo que, habiéndote quitado todo tu dinero, te hubiesen quitado una parte de tu vida.

—¿Y cómo se supone que voy a sobrevivir estos tres meses sin dinero?

—Como ya le dije, señorita. El señor D'introno sabe que las dos tienen dinero que han conseguido a su manera, de ese pueden hacer uso.

—¿Y cómo lo sabía? —haces una pausa, sabiendo que esa pregunta es tonta. Es decir, se trata de tu padre, es de esperarse que lo supiera—. Olvídalo, ya sé.

—Bueno señorita de D'introno. Creo que eso es todo.

El abogado coge los papeles, los ordena y los introduce en su maletín. Lo cierra. Se levanta y te mira.

—Muy bien señorita, cuento con que le dará esta información a su hermana —se arregla su traje—. Cuando pasen los tres meses, se les hará saber el estado de su herencia luego de verificar si cumplieron con los requisitos del

señor D'introno.

—Yo...

—Fue un placer señorita —te extiende la mano para que se la estreches, obligándote a levantar y responderle—. Disculpe la molestia, pero me temo que necesito que se retire, tengo asuntos que atender.

Sigues su curso de acción. Te levantas, sin decir o cambiar la expresión de tu cara, lo miras a los ojos y extiendes el brazo. Coges su mano; la estrechas, mientras que vas sintiendo la forma en que él te aprieta con sutileza.

—No vaya a olvidar su teléfono celular, señorita.

Antes de que te des cuenta, ya estás fuera de aquella oficina, con tus cosas en la mano y el mundo dándote vueltas en la cabeza.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Pasaste de ser la hija millonaria de un hombre con dinero, a ser la hija pobre de un hombre con dinero. Este asunto es más delicado de lo que parece. Caminas por los pasillos de aquel bufete de abogados, imaginando todo lo que tendrás que hacer... no, de todo aquello que ¡No podrás hacer ahora!

—Maldición —dices entre dientes cuando entras al elevador.

Ahora, no solamente sientes que todo va de mal en peor, sino que, justo cuando creías que tu relación con Carl parecía prometedora, parece que estás a punto de perderlo todo si no haces algo cuanto antes.

—Maldición —repites, aun con más rencor en ti.

Tienes que hacer algo, porque, si en tres meses no resuelves todo eso, serás la que se quede sin dinero. ¿Sin Carl o sin herencia? ¿Qué vas a hacer? Piensas en Emilia... ella no puede simplemente quedarse con todo ¿Tu hermana con tu dinero? No, no se lo merece, más ahora que estás tan bien y que te dijo que no le importaba.

Claro, a ella no le importa. No puede simplemente quedarse con algo que no valora.

Además, tú no quieres terminar con Carl ¿Por qué tienes que ser tú la que se sacrifique? ¿Por qué tienes que ser tú la que deje todo cuando ella es a quien no le importa el dinero? Puede que sea poco, que según tu papá « será suficiente dinero para sobrevivir sin lujos », pero, si lo que le corresponde a cada una es poco, puede que entre lo que les corresponda a las dos sea

suficiente para ti.

El elevador te deja en tu destino. Caminas a la puerta del edificio.

Sabes que tienes que hacer algo cuanto antes, resolver esto. Ella tiene que ser la que se quede sin el dinero, no tú. ¿Cómo puedes lograr que renuncie a él?

Levantas el móvil y ves la grabación que habías hecho de la lectura y que se supone que debes enviarle a tu hermana. Miras el archivo.

Te detienes.

Si ella sabe al respecto, sería incluso peor, las posibilidades de que lo arruine serán mayores.

Retomas tu paso.

Colocas el dedo sobre el archivo y te detienes (sin tocarlo aun), en la opción de « enviar por... » justo encima de « eliminar archivo ». Abordas el coche que te estaba esperando.

—Demonios —dices, pensando en todo lo que vas a perder.

Los minutos pasan, tu vuelo está a punto de partir y aun no llegas al aeropuerto en el que te está esperando Carl. Tienes poco tiempo para decidirlo. Demonios. Piensas: «¿Qué cojones puedo hacer para que ella se quede sin el dinero y me lo den a mí?». Una idea un tanto descabellada, pero la única opción que tienes para que puedas quedarte con todo. Esconder la existencia de Carl puede ser fácil, pero, seguirías sin suficiente dinero. ¿Qué se supone que puedes hacer?

El chofer coge el camino más rápido al aeropuerto; tú sigues sin enviarle el archivo a Emilia. Pero no quieres seguir pensando. Así que, cierras los ojos y colocas el dedo en la opción que más te conviene.

Respiras profundo. Los abres y lees: «¿Seguro que desea eliminar el archivo “voice01”?» ... no tienes que pensarlo mucho; seleccionas: «Aceptar».

Lees: «Eliminando...» No hay paso atrás.

Ahora, Emilia no tiene manera de saber qué dice ese testamento, por lo que te da una ventaja estratégica que ella no tiene. Algo que debes aprovechar. Levantas la mirada lentamente y te fijas en la ventanilla a tu derecha, sintiendo que ves un mundo nuevo de posibilidades. Tienes una forma de lograr que ella

se quede sin nada...

Ya sabes qué hacer.

ALESSANDRO: SEDUCTOR A SUELDO

La cita que tenías pautada para el día de hoy está un poco retrasada. No sabes si se deba a que no supiste darle la dirección adecuada o tal vez por qué tú llegaste antes. Lo que te lleva a levantar el brazo para ver la hora y resulta que no, no eres tú. Tu reloj marca las quince y quince, lo que quiere decir que lleva más de media hora de retraso.

Te mueves en la silla en la que estás sentado intentando encontrar a ese alguien. Miras a la derecha, y nada, miras a la izquierda, tampoco. Sabes que es estúpido porque nunca has visto a esta tal Flavia, pero, eso no te detiene de intentarlo. Sin resultado alguno, decides acomodarte y coger la taza de café que habías ordenado y sorbes un poco de esta. Tendrás que esperar de todos modos.

Miras de nuevo la hora, siguen siendo las quince y quince del día. Supones que es mejor llamarla. Ya es hora. Coges tu teléfono móvil, lo desbloqueas y marcas la última llamada que hiciste con él.

—¿Hola? —dice la tal Flavia al otro lado de la llamada.

—Sí... hola —respondes— soy Alessandro, le llamo para saber si nuestra reunión sigue en pie.

—¡Oh! Disculpa, de verdad. Es que mi vuelo se retrasó y tuve que coger un taxi. Justo ahora estoy atascada en el tráfico —explica. No quieres creer que es una excusa porque estás consciente de que debes darle el beneficio de la duda a los demás.

—Ya veo... creí que ya no íbamos a vernos —dices, explicándole el motivo de tu llamada.

—No, claro que sí nos vamos a ver. No lo pongas en duda —exclama la tal Flavia.

—¿Segura? —levantas el brazo para ver la hora—, ¿Qué tan lejos se encuentra?

—La verdad no lo sé. No parece que pueda moverme de aquí, para ser honesta —escuchas que la mujer se aparta del móvil y, distante, dice—: ¿No

sabe cuánto falta, señor?

La pregunta parece el tipo de cosas que le preguntarías a un taxista, por lo que, en efecto, parece estar diciendo la verdad. Te tranquilizas un poco ya que, entiendes que el asunto con el tráfico siempre es el mismo.

—El señor dice que estoy a unas pocas cuadras —dice Flavia—. Creo que mejor me bajo y camino ¿No cree?

—Por mí está bien...

—Está bien, entonces nos vemos ahora, ya llego —Flavia cuelga la llamada.

Dejas escapar un suspiro sintiendo que en cualquier momento llegará con lo que parece ser un nuevo trabajo. Tratas de pensar cuanto le vas a cobrar, dado que no te ha dado ninguna explicación de lo que quieres que hagas. De todos modos, tienes una ligera sospecha de por qué te está solicitando. Es obvio que se trata de algo que tenga que ver con alguna mujer, después de todo, esa es tu especialidad. Sin embargo, hay algo que te genera curiosidad ¿Qué tipo de mujer?

No quieres tener que lidiar con otra anciana desesperada por atención porque sientes que estás desperdiciando tu potencial. No recuerdas la última vez que alguien te pidió que manipularas a una mujer joven porque, la verdad, la más joven que has tenido que seducir rondaba los cuarenta y nueve años. Ciertamente no estaba mal, pero, sabes que ese no es el tipo de juventud que esperabas.

Ahora que sabes que la tal Flavia está en camino, sientes que el tiempo se mueve más rápido, lo que te ayuda a distraerte con mayor facilidad. Coges de nuevo la taza y vuelves a beber de ella el café prácticamente frío que te queda, para sentir que estás haciendo algo aparte de pensar. Intentas no ver la hora para no esperar más. Sin embargo, sabes que ha pasado suficiente tiempo para que ella hubiese llegado.

Casualmente, tienes razón.

—¿Alessandro? —escuchas a tus espaldas. Es la misma voz de la tal Flavia.

Casi botando el poco café que tenías en la boca, lo devuelves a la taza y te das la vuelta.

—Ya llegó —te aclaras la garganta para luego levantarte. De pie, le subes tu mano y la colocas entre los dos para saludarla, ella responde el gesto—. Señora... —ves que no es ninguna anciana— señorita...

—No importa cómo me digas —dice Flavia, con una actitud muy diferente a la que tenía al teléfono.

—Está bien —respondes, dándote cuenta que no es muy amable.

Flavia suelta tu mano y rodea la mesa para sentarse al otro lado. En lo que se acomoda tú te sientas.

—A lo que venimos —comienza a hablar ella—. Supe de una buena fuente que usted es el hombre indicado para lo que quiero.

—¿Y exactamente qué es lo que quiere? —te ahorras el impulso de decirle señora.

—Pero primero, necesito saber si estamos en la misma página ¿Me explico? —te mira con superioridad. Sabes a qué se refiere. Al igual que todas las personas, no tienen muy claro el tipo de servicios que ofreces.

—Quieres saber si soy un prostituto ¿Verdad?

—Quiero asegurarme de que no lo seas. Podré estar haciendo esto, pero no quiero cometer una estupidez más grande.

—Pues no soy un prostituto —aclaras con calma— me encargo de seducir y manipular mujeres para cualquier propósito o interés. Asumo que su fuente le debió haber dicho eso ¿Verdad?... —le señalas, intentando coger terreno de esa situación.

—Lo hizo, pero quería asegurarme —Flavia, se aclara la garganta, se yergue, colocando los codos sobre la meza y entrelazando los dedos de su mano, como si estuviera preparándose para dar un discurso—: Con todo dicho. Voy directo al grano —vacila—, quiero que seduzcas a mi hermana y la enamores para que puedas mantener una relación con ella por tres meses.

—¿Solo tres meses? —Preguntas, sintiendo que es muy poco tiempo para lograr algo—, ¿No es muy poco?

—¿Qué? ¿Acaso no eres capaz de lograrlo en ese tiempo? —te pregunta, juzgándote con la mirada. De alguna forma, te ofende su insinuación.

—No —dices con firmeza—, no me refiero a eso. Lo que digo es que en tres meses no creo que saque nada de una relación. Si quiere que saque algo

de ella, supongo que... —intentas explicarle tus razones, pero ella te interrumpe.

—No necesito que le saques nada, o que la hagas hacer nada. Solamente necesito que la enamores y que estés con ella por tres meses, tal vez un poco más, hasta que yo te diga.

—¿Por qué quiere hacerlo? —preguntas, intrigado.

—¿Importa?

—Sí, y mucho. Si no sé qué cosa voy a hacer para usted, entonces no creo que sea el tipo de hombre que necesita. Cualquiera idiota puede enamorar a una mujer; lo que yo hago es diferente. —Dices, con la frente en alto.

—¿Y eso como que es? —pregunta, con soberbia, demostrando que no considera tu oficio algo importante.

—Pues yo me dedico a ganarme la confianza de las personas. No simplemente enamorarlas. De esa forma, puedo conseguir lo que sea de ellas sin que duden de mí, incluso algunas siguen creyendo que lo que tuvimos fue real.

—Solamente eres un mentiroso a sueldo, señor —aclara su garganta, quitándole peso a tu nombre— Alessandro.

—Puede llamarlo como usted quiera —haces una pausa dramática, y haces hincapié en el trato, con la intención de sonar pedante—: señorita... Flavia. Pero lo que hago no es tan simple como enamorar a alguien. Así que, si lo que quiere es algo así, pues no creo que necesité de mis servicios, como ya le dije.

Flavia, sin embargo, no parece sentirse intimidada por ti. No te sorprende, las personas como ella suelen creerse mejor que todos. Así que, aun con su actitud de superioridad, tu tampoco te dejas doblegar.

—La verdad no me importa qué hagas y en qué eres bueno —dice ella— lo que necesito es que me garantices que serás capaz de enamorar a mi hermana en menos de ese tiempo y convencer a todos de que tienes una relación con ella ¿Me explico?

—Y... —intentas preguntar de nuevo el por qué.

—Sin preguntas... señor Alessandro, lo que necesito es que seas convincente y que —vacila, tragando saliva, como si le fuera difícil decir lo que tiene en mente—: no le hagas daño.

Esas últimas cuatro palabras te hacen pensar que es una persona completamente diferente a la que estaba hablando segundos atrás. Parece que sí le importa la tal hermana suya.

—¿Qué pretendes lograr con eso? —preguntas, haciendo caso omiso a su postura de «cero preguntas». Sientes que ahora que la viste ser un poco vulnerable, puede que puedas razonar con ella.

Flavia te mira inconforme, pero no evita que responda a tu pregunta. Puede que tengas razón.

—Necesito su parte de la herencia —confiesa.

—Hum... ya veo.

De repente, su postura cambia por completo, regresando a ser esa misma desagradable de unos segundos atrás.

—Pero no me importa qué tengo que hacer para lograrlo, ni siquiera contratar a un seductor a sueldo como tú para que lo logre. Sin eso, no tengo nada, y no me voy a permitir que eso suceda ¿Entendiste? —dice Flavia, atacándote con sus palabras.

—Sí... sí. —Respondes, demostrado desinterés—. Y ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—¿Para ti? —duda, como si no hubiera entendido tu pregunta

—Claro que sí, ¿Cuánto dinero hay para mí?

En ese entonces, Flavia deja escapar un suspiro, tensa su rostro y levanta su ceja como diciéndote: «me esperaba que dijeras eso». Así que, baja su mirada, y busca algo en su cartera. Al cabo de unos segundos, saca el móvil, hace unas cosas con él y luego te lo desliza por la mesa.

Supones que algo debe decir, así que bajas la mirada para ver. Sin entender lo que dice, te acercas más y coges el aparato para acercarlo a ti sin tener que levantarlo. Justo en ese momento, tu mundo se detiene.

Lees en cifras: tres, punto dos millones de dólares.

De inmediato, abres los párpados de par en par sintiendo que se te saldrán los ojos de sus cuencas. Aclaras tu garganta, luego de entender que tal vez te has evidenciado demasiado. Levantas la mirada, le deslizas el móvil de nuevo a ella, y respiras profundo.

—Ya veo —dices.

—Entonces ¿Tenemos un trato?

Te mantienes callado creando tensión entre los dos, a pesar de que sabes que esa cantidad de dinero es mucho más de lo que has recibido por quince trabajos completos, lo que constituye la mitad de todo que has hecho hasta ahora. Es obvio que quieres aceptar, ya que recibir esa cantidad asquerosa de dinero, significa que podrías tener todo lo que siempre has querido. ¡Incluso, puedes llegar a dejar de trabajar por mucho tiempo!

Sin apartar la mirada de Flavia, quien no se da cuenta de que estás realmente interesado, respondes, conteniendo tus emociones:

—Sí.

EMILIA: LA VIDA CONTINUA

Abres la puerta de tu oficina, sintiéndote en casa, aunque solamente un poco. Ahora accionas el interruptor de la luz, lo que hace que se ilumine lentamente sección por sección de tu área de trabajo. Todo el lugar se ve exactamente igual que hace una semana, sin embargo, de nuevo, sientes que hay algo diferente.

Te molesta la idea de que todo a tu alrededor no se encuentre perturbado por las mismas razones que tú; tu padre ha muerto y las luces iluminan con la misma intensidad, el aire acondicionado enfría igual que siempre, las sillas no se movieron de donde las dejaste y los gastos siguen estando ahí. Dejas escapar un suspiro, si moverte todavía. Algo se te está escapando y no sabes qué es.

Pero no tienes tiempo para eso. El reloj de la pared en frente, la unidad con la que trabajas, las paredes pintadas de blanco... le das una última mirada y cierras la puerta a tu espalda para que más nadie te moleste, aun sabiendo que no hay otra persona ahí contigo, o por lo menos no en lo que quedan de horas por trabajar. Pasas al lado de todo eso y te encuentras con otra puerta. Esta vez se trata de una corrediza de vidrio que separa tu consulta de tu oficina. Accionas de nuevo otro interruptor para iluminar este lugar y colocas tus cosas en el sillón a tu derecha. Cada una de las cosas que tienes te parecen curiosamente interesantes ahora que tu padre no está contigo, ya que fue él quien te ayudó a tener todo eso.

Te abres paso por la oficina hasta llegar a tu escritorio. Apartas la gran silla que se parece a la que tu padre tiene (o tenía) en su propia oficina porque siempre sentiste que debías tener una así. Otra cosa que te recuerda a él. Te dejas caer en ella, junto con el peso de todo tu dolor y la nostalgia; ya te tomaste mucho tiempo para el luto y sin embargo no parece suficiente.

Levantas la mirada y te encuentras con las viejas fotos de tu familia que te recuerdan a tiempos más felices: Tú con tus mascotas, tú con tu padre, tú con tu hermana cuando tuvieron un tiempo siendo amigas del alma. Pasas de las

que tienes sobre el escritorio y vas a las que están en las paredes: Tú recibiendo tu título, tu consultorio visto desde la calle de al frente, abriendo tu consultorio, tú con el resto de las personas que trabajan con y junto a ti, a quienes podrías llamar amigos, pero con los cuales la verdad no compartes mucho.

Ver todo esto te hace sentir que a pesar de tener tanto, no estás del todo completa. ¿Qué has hecho realmente? Regresas de nuevo para ver las fotos que están en tu escritorio, en donde se supone que deberías tener a las personas que más te importan, y la verdad no encuentras otra cosa más que tu padre, tu hermana y tus mascotas.

—Vaya —dices, en un resoplido y un afinado tono sarcástico— qué interesante.

Te quejas porque sabes que no has hecho más nada interesante con tu vida. Detienes tu mirada en la foto en donde se te ve feliz junto a Flavia y piensas: ¿Qué habrá pasado entre ustedes dos? Tu hermana lo fue todo para ti en algún momento de tu vida, y, sin embargo, parece que la única foto que tienes de ella es esa, lo sabes porque ni siquiera recuerdas que se hayan tomado otra. Ni en las paredes aparece, cuando tu padre aparece en otras: cuando abriste el consultorio, con tus compañeros de trabajo, incluso cuando recibiste tu título universitario. Pero ella no.

Lo que te lleva a recordar el motivo por el cual no estuvo ahí: estaba de viaje.

—Estúpida —dices, porque sabes que no era necesario que faltara a ninguna de esas fotos.

Pero, ¿Por qué piensas en ella ahora? Te preguntas, sintiendo un pequeño resentimiento ante el modo en que vive su vida. No es algo de lo que te sientes muy orgullosa, aunque de todos modos lo experimentas. Sabes a qué se debe, siempre lo has sabido. La forma en que vive su vida, aunque no es la manera en que desearías vivir la tuya, es tan diferente y la hace ver tan interesante que, viendo tu pasado plasmado en imágenes tan planas y unilaterales, te hace sentir que algo estás haciendo mal.

Sabes que has vivido bien. Sí. Sacas el pecho y levantas la quijada porque sabes que no has desperdiciado las oportunidades de viajar, comer, sentir ni

experimentar cosas que las personas normales no. Sin embargo, no te sientes como alguien que puede hacerlo.

La muerte de tu padre te demostró que el destino es cruel y la vida corta. ¿Qué estás esperando para dejar de torturarte con tantas responsabilidades? Bajas la mirada y te encuentras con papeles que debes firmar, cuentas que debes comprobar, gastos que debes cubrir e informes que necesitas completar. Pero ¿Qué otra cosa podrías estar haciendo?

Levantas tu teléfono celular y ves la hora que en éste se muestra. No han pasado ni diez minutos y ya sientes que quieres irte de ahí. Dejas escapar otro suspiro, resignándote por completo, no sabes de qué, pero realmente no importa. Son esas mismas ganas que te dan cuando quieres abandonarlo todo, irte y dejar la vida atrás para escapar.

Se lo atribuyes a la muerte de tu padre, aunque algo te dice que la verdad es por otra cosa que te ha estado persiguiendo por mucho tiempo. Quieres tener la respuesta, sentir que tienes algo a lo que aferrarte, algo que te pueda hacer feliz en verdad. ¿El trabajo? ¿Será eso?

Escuchas sonidos afuera. Estos sonidos te sacan de tu concentración, como si de repente se te destapasen los oídos luego de un buen rato. Alguien abre una puerta.

—¿Quién habrá llegado?

No te levantas a averiguarlo ni intentarás evidenciar tu presencia. Sabes que quién sea que haya llegado, saben que estás ahí; no te molestarán. De todos modos, eso logra traerte de vuelta a la realidad. Bajas de nuevo la mirada y ves con otros ojos los papeles que están esparcidos en la mesa. «Cuentas», piensas, reconociendo que tienes mucho trabajo por hacer.

—Bueno —dices entre un suspiro largo, conciso; que no guarde más de lo necesario y que vaya directo al grano.

Sacudes tu cabeza y te introduces de a lleno en los papeles que tienes que atender.

Comienzas a pensar en los gastos, en comprar guantes, gasas, torundas de algodón, campos, resina, anestesia, ácido, flúor; todo lo necesario para poder tener los suministros completos, sin contar los productos de limpieza, la factura de la luz, del agua, del teléfono, la televisión por cable, las

publicidades, la mensualidad de los comerciales, la nómina, los caramelos sin azúcar para la recepción... Kara necesita esto, Adam necesita de aquello otro... Revisas las consultas realizadas en lo que va de mes y las ganancias que eso te ha estado brindando.

Ahora piensas en cuánto debes gastar para los todo. Dinero para esto, dinero para lo otro. Debes atender tantas cosas y no sabes cuál de ellas atacar primero. Y aun ni siquiera has preparado el evento que está por venir, lo que te lleva a recordar que el consultorio tendrá su aniversario en las próximas semanas y estás pensando en hacerle un regalo a cada uno de tus compañeros. Más dinero. Quieres darles un kit de triadas personalizadas con su nombre y algo que les recuerde que fue un regalo de aniversario, junto uno bono para Karen, Clare, y Natalia.

Algo que sabes que no puedes tomar del todo de las ganancias del consultorio. Por suerte, tienes dinero del qué disponer. Concebir esa idea te hace pensar de nuevo en tu padre y en aquella última conversación que tuvieron. Recuerdas haber dicho: «Pero ese dinero es tuyo...» y que tu padre te respondió: «Ese dinero es de las dos tanto como es mío...». Justo en este momento te parece curioso que exactamente en las veces en que necesitas de él, nunca piensas de dónde viene ni de quien es.

¿Acaso serás igual a tu hermana?

Sacudes de nuevo tu cabeza y te avientas de nuevo al mundo de las finanzas, la gerencia y del empleo de ser tu propia jefa. Tratas de pensar lo menos posible para poder acabar lo más rápido que puedas.

Te encuentras sumergida en tus asuntos, ajena a tu entorno.

Escuchas la puerta y de inmediato levantas la mirada, sintiendo de nuevo como si te hubiesen destapado los oídos. Los sonidos del exterior van penetrando con suavidad las paredes que fallan en ahogarlos por completo. Ves rápidamente la hora en tu teléfono celular y te das cuenta que son las diez de la mañana; ya es tiempo de que comiences con las citas que te corresponden; ya los demás debieron haber comenzado hace horas. Así que te imaginas para qué te están tocando a la puerta.

—Ya voy —gritas para que se escuche del otro lado.

Te levantas de la silla y te abres paso hasta el umbral. Antes de abrir,

miras al suelo para buscar el taco con el que detienes la puerta. Lo ves, lo apartas con el pie y abres.

—¿Qué pasó? —Preguntas, antes de interiorizar quien es la persona que está en frente tuyo.

—Disculpe, doctora... —dice Karen, la recepcionista— tiene varios pacientes que se anotaron hoy y una cita a las once y media —agregó, con un poco de pena.

Le miras a los ojos, intentando no demostrar que aun sigues encontrando molesto que se ponga tan nerviosa cuando te habla. Te ahorras el sermón que empieza con: «ya tienes más de dos meses aquí, Karen...» en el que tratas de explicarle que ya es hora de que se vaya acostumbrando a hablarte. Aunque, ver el panorama completo te detiene.

Te das cuenta que puede que la razón por la que se porta así contigo es porque no le has dado la oportunidad de hacerlo de otra forma, después de todo, no eres muy sociable. Lo reconsideras y le das una sonrisa amable (la mejor que tienes) para responderle.

—Está bien... gracias Karen. Yo te aviso para que los mandes a pasar en el orden en que llegaron —respondes, sintiendo que tu gesto surtió efecto.

—Está bien, doctora —dice Karen, aun tensa, pero un poco más suelta que antes.

Te quedas viendo cómo se va apartando de tu puerta y, mientras lo haces, aprovechas sutilmente para ver al resto de los consultorios que se encuentran en ese mismo pasillo con pacientes ya adentro. Sí, están trabajando. Eso es bueno. Piensas que invertir en aquel comercial para la televisión fue buena idea. De nuevo, recuerdas con qué dinero lo pagaste y de quien era. Sientes que te va a costar un poco olvidar que ya no está contigo.

—Pero tengo que hacerlo —te dices, dando un suspiro de resignación.

Te das la vuelta y regresas a tu oficina. Cuando llegas al escritorio, coges todos los papeles con ambas manos y los ordenas dándoles unos golpecitos con la mesa. Luego de guardarlos, tomas tu bata.

«Odont. Emilia D'introno», lees en ella antes de ponértela.

Ya es hora de empezar a trabajar. Coges el teléfono fijo y le marcas a la recepción.

—Karen —dices, sin esperar respuesta—, dile al primero que pase.

—Está bien.

Sacudes tu cuerpo como si te estuvieses preparando para hacer ejercicio y vas a la silla que está al lado de la unidad para esperar al paciente. Esperar. Como lo estabas anticipando, escuchas la voz de Karen a lo lejos indicándole a alguien a cuál puerta debe ir. Tú, sin saber cómo recibirlo dado que no estás haciendo nada para parecer una persona ocupada, te mueves en la silla viendo a tu alrededor para buscar alguna cosa con la cual puedas actuar de manera natural. Le das la espalda a la puerta. Coges tu móvil de la bata lo más rápido que puedes.

—Permiso —dice la voz de un hombre.

Te giras de forma natural, fingiendo estar un poco sorprendida de que llegara.

—Buenos días —apartas la silla de la unidad— por favor, siéntese.

El hombre asiente con la cabeza, pareciendo estar un poco perdido, para luego sentarse. Te levantas, rodeas la unidad dándole la espalda a tu paciente, llevándote la silla rodando para sentarte en la otra mesa, y anotar su caso en la historia.

—Cuénteme, ¿Por qué viene?

—Eh... —vacila el hombre. Sacas la punta del lapicero mientras que él intenta responderte—. Este, no sé. Solamente vengo para una revisión normal.

—Una revisión... —anotas—. ¿Y su nombre?

—Alessandro Agostini —responde y tú lo anotas.

—Okey... ¿Edad?

—Treinta...

Lo anotas, mientras que piensas que se ve muy joven para tener treinta años. De repente, comienzas a sentirte mal por darte cuenta que, teniendo prácticamente la misma edad, no te ves igual.

—¿Seguro? —se te escapa.

—Este, sí, creo que estoy seguro que tengo treinta —responde con sarcasmo, pero sin ser ofensivo.

Interiorizas que fue una pregunta estúpida y sacudes tu cabeza.

—Sí... eso mismo. —Vacilas, tratando de evitar parecer una tonta— solo

digo. —y finges una risa sutil como si se tratara de una broma.

—Sí... me lo dicen mucho —responde Alessandro... ¿Ves? Le diste una excusa para que te hablara. Te arrepientes casi de inmediato.

Pero no quieres tener una conversación incomoda con el hombre mientras que tienes tus manos en su boca. Sacas unos guantes de la caja, te das la vuelta y te los colocas.

—Bueno, empecemos —dices, ignorando por completo su respuesta.

Cuando lo miras al rostro, te das cuenta que él se dio cuenta de que no le respondiste. Te apresuras a hacer rodar la silla hasta la unidad y comenzar con el trabajo antes de que intente decir otra cosa. Acercas la pequeña mesa en donde tienes tus cosas ordenadas y coges el espejo para comenzar con la revisión.

—¿Cada cuánto se cepilla? —preguntas antes de meterle la mano a la boca.

—Tres veces al día —dice él— como se debe.

—Está bien —respondes—, eso lo vamos a ver. Abra la boca por favor —levantas la mano y enciendes la lámpara. Alessandro se aturde por la luz que sale y cierra los ojos por lo que aprovechas de atacarlo e introducirle el espejo—. Veamos...

Lentamente vas comenzando con la revisión de manera habitual, sin prestar mucha atención a aquello que no tenga que ver con sus dientes. Aunque, sin embargo, de alguna forma, sientes una presión extraña, proveniente de él.

Comienzas a ver la parte interna de sus dientes. Directo a las muelas buscando alguna carie, calculo o algo que te diga si tiene buena higiene bucal. Nada en los premolares ni en los caninos. Aparte de un estado regular, no está nada mal. Ahora vas a los incisivos superiores, encontrándote con un poco de placa.

Al cabo de un rato te das cuenta que esa presión viene de su mirada.

Tratas de no prestarle atención a ello, tal vez solamente está buscando algo en lo que enfocar sus ojos, no es para tanto. Aun con eso, no deja de parecerte raro. Te procura cierta sensación en el pecho de incomodidad que no siempre experimentas con tus pacientes. De igual forma, intentas no darle importancia.

Pasas a los incisivos inferiores y te encuentras con el mismo

problema.

—Bueno, por lo que veo, te hace falta una limpieza.

Alessandro, intenta decir algo.

—No hables —le dices y él te responde con un mugido de afirmación—. Tienes que hacerte una limpieza por lo menos dos veces al año. Aparte de eso, tienes un poco de placa en los incisivos, eso debe ser porque no te cepillas bien ahí, por lo que te recomiendo que te cepilles más a fondo, o que cambies de cepillo si es que el que tienes ya está viejo. De todos modos, es algo leve, tampoco es que están muy sucios... pero, por lo que veo... no tienes más nada.

Le sacas la mano de la boca.

—¿Eso es malo doctora? —pregunta preocupado, aunque sientes que se está burlando de ti. Haces un mohín, tratando de fingir que te pareció gracioso.

—¿Qué?

—La cosa esa... el sarrao.

—Sarro —corriges.

—Sí eso...

—Pero to nunca dije eso... dije: placa. Y, si no te cepillas bien, puede ponerse un poco feo. ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una limpieza? —preguntas, de nuevo, intentando desviar su tema de conversación.

—Este, creo que hace unos años ya. —Responde.

—Bueno, dos limpiezas al año, como te dije. Del resto, no tiene más nada.

—Hum... ya veo.

—Sí ¿Cuántas veces me dijiste que te cepillabas al día?

—Tres...

—Pues no parece mucho... deberías hacerte una limpieza y darle un poco más de esfuerzo a la parte de atrás de los incisivos.

—¿Cuáles son esos?

—Estos de aquí de en frente —dices, abriendo la boca y señalándolos.

Te quitas los guantes y los tiras a la basura, suponiendo que ya terminaste.

—¿Y cómo me hago una limpieza? —preguntó Alessandro, sacándolo a relucir de repente.

Te das la vuelta y le miras a los ojos, descubriendo que son realmente hermosos, dándote cuenta que no los habías notado antes.

—Este —te saca un poco de tu zona de confort, verlo fijamente a ellos. Sin embargo, aclaras tu garganta para despejar tu mente—... tienes que apartar una cita en recepción o venir temprano y anotarte diciendo que quieres una limpieza.

—¿Y solamente pueden ser dos? —pregunta Alessandro.

—Es lo que se recomienda.

—¿Y si me quiero hacer más?

—No es muy buena idea hacerse muchas limpiezas ya que puedes debilitar los dientes, por eso solamente se recomiendan dos y...

—Porque me gustaría poder venir más a menudo —dice Alessandro, mientras que se va dibujando lentamente una sonrisa en su rostro. De inmediato te das cuenta hacia donde se dirige—. ¿Cómo podemos hacer eso posible?

De nuevo, finges una sonrisa amable, respondiendo a su cortejo con indiferencia.

—No creo que sea necesario que vengas todo el tiempo. Con dos limpiezas y una revisión al año, está bien —intentas alejarlo de manera retórica lo más que puedas.

—¿Segura? Doctora...

—Sí, estoy muy segura de eso... no tienes que preocuparte de nada.

—Hum... entonces... está bien, supongo. —Dice, resignándose. Con esa respuesta, sientes que has logrado una victoria. Puede que tengas que ser amable con tus pacientes, pero no necesariamente con las personas que intentan coquetearte.

—Bueno... —comienzas a despedirte de una vez—, terminamos aquí —apartas la silla de la unidad para poder levantarte, y darle espacio a él para que se ponga de pie.

—Eso fue rápido —dice Alessandro.

—Sí, bueno, no tenías nada grave.

Alessandro se levanta y se acomoda la ropa, sin irse todavía.

—Bueno doctora, yo estaré apartando una cita para hacerme la limpieza con usted.

—Muy bien —dices... «Demonios», piensas.

—Nos vemos después, doc. —dice él.

—Igualmente. Cuídate. —Te despides y le sonríes, esperando que se vaya de una vez.

Alessandro, se va acercando lentamente a la puerta, como si quisiera decir algo, pero no supiese cómo hacerlo. Esa es la impresión que te da porque ¿Por cuál otra razón seguiría ahí? Te le quedas viendo, anticipando cada vez más su partida. No sabes por qué, pero por alguna razón te hizo sentir incomoda, aunque ignoras qué tipo de incomodidad experimentaste estando con él ¿Buena? ¿Mala? No estás segura.

—Este —Dice Alessandro, de repente con un pie afuera de tu consultorio. Sabías que quería hablar antes de irse—. No le pregunté su nombre.

Antes de darte cuenta, ya se estaba girando para verte, esperando tu respuesta.

—Emilia —respondes. Aunque no tenías la intención de decírselo, pero sabes que de algún u otro modo lo descubriría, más que todo si su intención era regresar por la limpieza.

—Qué nombre tan hermoso —dice Alessandro.

Para ti no te parece un nombre hermoso, no tanto como otros, aunque no quiere decir que no te guste, solamente que no es como para que alguien te diga que lo es. De todos modos ¿Qué haces pensando en eso?

—Gracias —respondes con amabilidad— el tuyo también —ya va ¿Qué? De nuevo, te dejas llevar y dices lo primero que se te viene a la cabeza.

De inmediato te das cuenta que dijiste algo tonto, notando en su rostro que, de hecho, no se esperaba que lo dijeras. Te sonríe, como si hubiera logrado algo con eso, lo que te hace suponer que tal vez le diste el mensaje equivocado. Ahora te sientes más incómoda de lo que te sentías antes.

Un silencio desagradable se apodera de tu consultorio, mientras que te quedas petrificada esperando que de alguna forma todo se acomode. No quieres decir más nada temiendo que puedas arruinarlo todo de nuevo. Alessandro, sin embargo, parece encantado con aquel error tuyo.

Ves que aún está sonriendo, cosa que te da cierta mala espina. ¿Por qué no deja de sonreír? ¿Qué se trae? Te preguntas.

—Vaya —dice al fin—. Entonces —aclara su garganta, sin dejar de

sonreírte. Parece que lo está disfrutando—. Nos vemos después, doctora Emilia —se despide, diciendo tu nombre con cierto tono empalagoso que no te gusta. No es algo que se note del todo, incluso, pudo haber pasado desapercibido para cualquiera.

Aunque, de todos modos, la forma en que te veía, su sonrisa que lentamente te estaba molestando y la manera en que se comportó al decirlo (arrogante y seguro de sí mismo) dejó en evidencia que la forma en que lo dijo no era para nada normal.

—Hasta pronto —respondes.

Luego de que te asiente con la cabeza tras haberte despedido, ves cómo se va alejando, sintiéndote cada vez más tonta por el modo en que te portaste.

«¿El tuyo también?» te preguntas, sintiendo que pudiste haber dicho otra cosa o, incluso, no haber dicho nada. Sabes que no era necesario. Sí que fue tonto de tu parte. Dejando escapar un suspiro, esperas que aquella respuesta estúpida no te moleste durante el día.

EMILIA: OH, ALESSANDRO

Hoy, te das el gusto de no llegar más temprano a la clínica porque sabes que no tienes que ser tú quien la abra todos los días.

—Buenos días —dices, saludando a Karen—, aun no llega nadie —observas.

—Buenos días, señora Emilia... —Responde Karen. Al igual que la primera vez, sientes como la palabra señora se va enterrando en tu pecho como un puñal—, el doctor... —la miras con severidad, obligándola a aclarar su garganta—, el señor Adam está atendiendo a un chico y Kara está realizando una cirugía con Olivia.

—Bien... y, ¿Qué tengo para hoy? —preguntas disminuyendo el paso.

—Este... —Karen baja la mirada a su escritorio, buscando la respuesta a tu pregunta—, bueno, solamente tiene pautada una extracción, una montura de brackets, y una limpieza.

—Vale —le sonríes amablemente y continúas tu camino hacia tu consultorio.

Escuchas los sonidos que salen de los otros consultorios conforme vas caminando por los pasillos de tu clínica los cuales se van ahogando sutilmente por el de tus tacones golpeando el suelo de madera. Llegas a la puerta del tuyo, la cual abres con calma. Según lo que te dijo Karen, tu primer paciente debería estar por llegar en las próximas horas, por lo que sacas el teléfono móvil de tu cartera para ver la hora, notando así que son las once de la mañana. Por lo pronto, te da tiempo de acomodarte tu estación y ponerte cómoda hasta que este aparezca.

Como de costumbre, enciendes la luz, evalúas el consultorio desde la puerta para luego entrar y abrir tu oficina. Enciendes la luz en ésta, te abres paso al escritorio y te sientas en la silla que ahora no deja de recordarte a tu padre. Respiras profundo, sintiendo un vacío familiar (el mismo que tienes semanas experimentando), pero esta vez un poco más sutil que antes; supones que estás superando la muerte de papá.

Los números, las historias, informes, papeles sobre tu mesa. Levantas la mirada y ves tu alrededor con más frecuencia. No quieres hacer nada.

Tu hermana, tu padre, tu título... las mismas fotos que ves todos los días, casualmente se han vuelto cada vez más presentes de lo que nunca lo han sido. Resuelves atender a lo que debes hacer, pero con dificultad. No sientes que las cosas que últimamente has estado realizando han tenido la mayor de tu atención, pero no te importa, algo debes hacer con tu vida a pesar de no saber todavía «qué».

El teléfono de la oficina suena.

—Emilia... —respondes después de levantarlo por reflejo.

—El paciente de la limpieza llegó antes ¿Quiere que lo haga pasar de una vez? —pregunta Karen.

Ves la hora en la pantalla de tu ordenador y te preguntas si tienes tiempo. Después de todo, estabas perdiendo el tiempo.

—¿A qué hora le tocaba? —preguntas, sin asumir el género de tu paciente.

—Este... le tocaba a las doce —responde Karen.

—Son las once... —dices. Después de todo, no se adelantó tanto; solamente una hora. En cualquier otro momento habrías dicho que no, pero como justo ahora no tienes ganas de estar sentada por más tiempo sin hacer nada, entonces accedes—. Vale, dile que pase.

—Está bien... —responde Karen.

La voz de tu recepcionista se va alejando lentamente, en señal de que se apartó el micrófono del teléfono del rostro, y, justamente antes de colgar la llamada, dice:

—Señor Alessandro, la doctora dijo que sí, puede pasar.

Escuchas su voz distante, sintiendo de repente una súbita sensación de incomodidad que aún no logras comprender. Recuerdas que Alessandro te había dicho que apartaría una cita contigo, pero luego de que pasaran tres días, asumiste que no lo haría, que solamente estaba intentando llamar tu atención. Cuelgas rápidamente el teléfono como si estuviera encendido en llamas, esperando haber escuchado mal.

En sí no te importa ¿Tú, sintiéndote así por un completo extraño? No tiene nada que ver con su físico, o su atractivo, su voz o el color de sus ojos. No te

importan esos detalles insignificantes de la vida de aquel tipo. Lo que sí te preocupa fue lo que le dijiste la última vez. Algo ridículo que no superaste ese día y que aún no lo haces.

Como si se tratara de la repetición de uno de tus episodios favoritos, recuerdas lo incomoda que te hizo al momento y lo molesto que fue recordar aquella tontería durante todo el día. En el cual estuviste pensando en las mil y un respuestas que pudiste haber dicho con tanta naturalidad pero que no lo hiciste. En vez de eso, tuviste que decir: «El tuyo también».

La pregunta te persigue hasta el día de hoy, en el que, tras haber sentido que no lo volverías a ver; lo volverás a ver.

Es una sensación incomoda que no quieres experimentar, sin embargo, los segundos transcurren y él cada vez más se va acercando a la puerta. ¿Qué hago? Te preguntas, sintiéndote cada vez más desesperada.

Te levantas con rapidez, coges tu móvil y te vas al consultorio, en donde esperas fingir una naturalidad de la que no crees ser capaz de actuar en este momento. De repente, te preguntas: «¿Qué carajos estoy haciendo?» Ahora te detienes en el medio de tu consultorio y tu oficina, comprendiendo una cosa: no tienes porqué sentirte así.

Levantas los hombros confundida, demostrando que puedes desentenderte de eso porque, en efecto, no importó en ningún momento. Piensas ahora: «No, vale... es solamente un hombre más, ¿Qué importa él?» Haces un mohín con el labio expresando que no debería importarte. Cosa que te levanta el ánimo. Arrogante y confiada, le vas quitando poco a poco interés a algo que no tiene nada que pueda preocuparte.

Los segundos siguen avanzando. Debería tocar a esa puerta en cualquier momento. Lo que te hace pensar: «¿Lo esperaré aquí parada?» Obviamente no. Te das la vuelta rápidamente y corres dando pasos largos con sutiles saltos, hasta llegar a tu silla, en la que te sientas justo a tiempo para que él anuncie su presencia.

Toca a la puerta.

—Un momento, por favor... —Dices, elevando tu voz para que se escuche al otro lado de la puerta.

¿Te levantarás a recibirlo? Pero, si lo haces ¿Para qué corriste entonces?

Es obvio que deberías abrirle la puerta porque se trata de tu consultorio, simplemente no debería entrar como si nada; aunque, lo que quieres es que sepa que no le das importancia a su presencia, a pesar de que a pesar de que no es lo que intentas demostrar, es exactamente lo que estás haciendo.

¿Qué harás entonces?

—Vale —escuchas a medias que Alessandro responde al otro lado.

No tienes tiempo para decidirte, debes actuar... te levantas.

Caminas a la puerta esperando que el golpe del tacón de tus zapatos altos sobre el piso de madera, se escuchen hasta donde está él. Mientras más pasos des, más le demuestras que no estabas cerca de la puerta esperándolo como si se tratara de Santa Claus. Casualmente te parece ridículo ese pensamiento: «¿Por qué habría él de pensar que lo estoy esperando?» pero no le das mucha vuelta al asunto porque ya tienes tu mano sobre la manija de la puerta. La empujas hacia abajo y la abres.

—Oh, señor Agostini, regresó —dices, fingiendo no saber que se trataba de él.

—Buenos días, doc., ¿Cómo es...? —intenta decir él. Pero se te ocurre cómo demostrar lo que querías.

—Un momentico, please... —le dices mientras que con tu mano haces el gesto de «un poquito» mientras te encoges de hombros y entrecierras los ojos demostrándole con tu gesto que estás haciendo algo, por lejos, más importante.

—Oh... —dice él, cortado por completo.

Te das la vuelta rápidamente, y te devuelves a tu escritorio dando pasos largos y apresurados moviéndote como toda una diva. Con eso, tal vez, le hagas entender que eres una mujer ocupada.

Mientras que vas acercándote cada vez más al escritorio, te fijas que dejaste tu teléfono móvil sobre la mesa, por lo que se te ocurre la brillante idea de fingir una llamada. Una gran movida, piensas.

Coges el móvil, luego de sentarte en la silla, y continuas tu llamada imaginaria recién inventada.

—Volví —haces una pausa, y sonríes como si estuvieras escuchando a alguien, tratando de fingir que la llamada no terminará de inmediato. Ahora es tu turno de responder, según tu conversación imaginaria—: sí... bueno no, es

solo algo que se me ocurrió; si quieres podemos apartarlo para otro día y así no tienes que cancelar nada. —De nuevo, una pausa larga. Asientes y sonríes, metiéndote cada vez más en el papel que intentas interpretar—. Claro, sí.

Miras al vacío, o al menos eso intentas que parezca, cuando en realidad estás viendo de reojo a Alessandro, quien sigue parado a unos cuantos pasos de la puerta, viendo de manera incomoda a su alrededor, esperando por ti y fingiendo que no está escuchándote. ¡Claro que lo está haciendo! Lo sabes porque para eso estás elevando tu voz al hablar.

—Mira... —dices como si estuvieses interrumpiendo a tu personaje imaginario— te dejo, vale... que tengo a un paciente esperando —otra pausa, esta vez corta. Ahora te ríes como si hubiera dicho algo gracioso—. Sí... sí... está bien. Hablamos... —y cuelgas.

Bajas el teléfono móvil y lo depositas suavemente sobre la mesa, dejando escapar un suspiro alegre y relajado, fingiendo que estás contenta con la conversación que acabas de tener. Todo eso con la intención de demostrarle a Alessandro que por poco se te olvida que seguía ahí. Te levantas, rodeas el escritorio y esta vez das pasos cortos, lentos, pero aun dejando que el tacón golpease de manera imponente la madera del suelo.

—Listo... disculpa eso —dices, con una sonrisa.

—Oh no... —niega moviendo las manos sin levantarlas de donde las tiene —, descuide, doc., no tiene por qué disculparse.

—Si bueno —no vas a debatir con él. No te acercas del todo, en cambio, te diriges directamente hacia donde tienes tus guantes y tu tapabocas, dándole la espalda—. Limpieza ¿Verdad? —preguntas sin verlo directamente, preparándote para hacer tu trabajo.

—Este... sí —Alessandro parece que no sabe qué decir, además de que sientes de que tienes la ventaja en este encuentro. Para ti, estás ganando esta partida de ajedrez—. Limpieza. Como ya le había dicho.

—Qué bueno —te das la vuelta, colocándote el tapabocas—. Recuéstate ahí —señalas la unidad levantando las cejas y con un sutil movimiento de tu cabeza... pues... Ya vamos a empezar.

Alessandro se veía despreocupado, a pesar de que sentías que estabas ganando. Sin embargo, no dejarías que eso te perturbase. Te acercas a él,

apartas un poco tu silla y te sientas.

—Entonces, ¿Te has cepillado desde la última vez que viniste? —le preguntas, mientras preparas lo que usarás en la limpieza.

—Sí, bueno. Como me había dicho que le prestara más atención a la parte de atrás de los dientes de al frente.

—Los incisivos. —Le aclaras, sintiendo que si no le llama por su nombre no está hablando bien.

—Aja, esos mismos.

—Bueno, esperemos que luego de limpiarlos te los cuides. Antes de que te comiencen a sangrar las encías.

—¿Y eso es malo? —Pregunta Alessandro.

—Depende. Pero más que todo pasa por la acumulación de placa en los dientes y eso puede pasar a otras enfermedades. —dices, mientras que coges el succionador de saliva—. Abre la boca.

Se lo colocas, dejándolo guindar en su mejilla derecha y lo enciendes.

Coges el ultrasonido y empiezas la limpieza. Tomando en cuenta que no era un trabajo demasiado complicado, terminas al poco tiempo de empezar. Mientras tanto, no dejas de sentir la mirada penetrante de Alessandro, quien a pesar de no estar diciendo nada, parece que te está evaluando por completo. Es algo que no puedes pasar de largo.

—¿Ya tengo mis dientes blancos? —dice Alessandro.

—No... solamente los tienes limpios —respondes, siendo incapaz de tolerar el hecho de que no sepa la diferencia entre una limpieza y un blanqueamiento.

—Ah, pero yo creí que me iban a quedar blancos —se aqueja, demostrando una confusión creíble.

—No... para que los tengas blancos deben realizarte un blanqueamiento.

Alessandro se levanta de la camilla.

—Y cuantos blanqueamientos debería hacerme.

—Si te cuidas luego de hacerte el primero, no deberían de ser muchos, además, no es algo que necesites con urgencia. —Respondes, mientras vas acomodando tu equipo de trabajo, para guardarlo.

—Pero es que yo quiero tener una sonrisa de comercial de televisión.

—No son del todo reales. Nada de lo que salga en televisión es real.

—¿Y usted hace blanqueamientos, doc.?

Mientras te va respondiendo, tú sigues atendiendo tus asuntos. Si no le ves a los ojos, no parece que le estás prestando mucha atención. Para ti, sigue siendo una ventaja indiscutible.

—Obviamente. —Te agachas para desconectar el ultrasonido del enchufe.

—No, bueno, no sabía qué hacía eso. Sabe.

—Descuida —te levantas, y te acomodas el cabello. Aun sigues sin ver a los ojos a Alessandro.

De repente, deja de hacerte preguntas, pero eso no quiere decir que se haya ido. Por alguna extraña razón, sientes su presencia aun ahí. No quieres motivarlo a hacer otras preguntas, aunque tampoco sabes si quieres que se vaya. De alguna forma, te adaptaste a tenerlo cerca más rápido de lo que esperabas.

—Y... —rompe él, esa barrera de hielo que se había forjado entre los dos. Es un «y» incomodo, de alguien que no sabe de qué otra forma no dejar que se muera la conversación—. ¿Qué cosas debería comer y qué otras no?

—Pues virtualmente puedes comer cualquier cosa. No es como que la comida te haga daño solo por existir.

—Ah... —responde, demostrándote que no se esperaba esa respuesta.

A raíz de eso, sientes que tal vez fuiste un poco hostil con él. Aun no le ves a los ojos, pero te da la impresión de que no dijo más nada porque le afectó tu respuesta. El remordimiento te ataca, por lo que levantas la mirada y buscas a mirarlo a los ojos; al hacerlo, te encuentras con un animal herido que busca en su alrededor alguna excusa para volver a hablar y, con persistencia, no dejar que muera la conversación. Ahora sientes más remordimiento.

Suspiras aceptando que estuvo mal.

—Bueno... te podría servir comer ciertos alimentos crudos —ves que levanta la mirada. Sabes que está interpretándolo mal—. Frutas y verduras crudas. El hacerlo, puede ayudarte a limpiar los dientes mientras masticas. Pueden ser manzanas, zanahorias o higos. —Tratas de ignorar el hecho de que no deja de mirarte a los ojos—. De todos modos, lo importante es que te cepilles bien las veces que lo requiera, esa es la mejor forma para evitar la

acumulación de restos de comida en tus dientes.

—Claro, claro. Tiene sentido —dice Alessandro, sin apartar su mirada de ti.

Por algún motivo que desconoces, no deja de perturbarte su confianza al hacerlo. Te mira fijamente sin vacilar. No sabes si es intencional o si se debe a que tiene muy buenos modales. Sea cual sea la razón, te pone un poco nerviosa, por lo que sientes que debes seguir hablando.

—También te puedes limpiar en casa cepillándote con carbón activo.

—¿Qué, carbón activo? —se ríe de manera nerviosa— ¿Se está burlando? —No sabe si tomarse tu consejo con seriedad o si debe reírse. La duda se le nota en el rostro. Sabes a qué se debe— ¿Activo? ¿Y si me quemo?

No es la primera vez que te sucede, sigues sin entender porque aún hay personas que no saben qué es.

—No, vale. No me refiero a ese carbón.

—O sea, pero ¿carbón activo? ¿Un trozo de carbón en brasa?

—Te dije que no... no es eso. —Respondes a su pregunta necia. No tienes suficiente paciencia para explicarle a él... a cualquiera sí, pero a él no—. El carbón activo es otra cosa.

Lentamente te vas arrepintiendo de haber sacado a relucir aquel hecho curioso.

—Es un absorbente de alta porosidad que se usa para muchas cosas. Es un polvo negro. Con tal de que no lo ingieras, te puede ayudar para limpiarte los dientes o incluso hasta blanquearlos.

—Ah... creí que hablaba de un trozo de carbón...

—Sí ya vi.

—Y que tenía que cepillarme con eso encendido...

—No.

—Me asusté por un momento.

—No, vale, no es eso.

—Pero no es mi culpa, que se llame así deja mucho a la interpretación. No está del todo equivocado.

—Si, bueno, yo no le puse ese nombre, pero es como se llama. No podemos hacerle nada.

—Supongo que sí —responde Alessandro.

Antes de que te des cuenta, están de nuevo callados, sin saber qué hacer con exactitud. Esa misma situación, te lleva a reconsiderar la razón por la cual no terminas la conversación ya con algún: «bueno, eso es todo», o con alguna excusa inventada como la llamada que hiciste para hacerle creer que no te importaba que estuviera ahí. Aun así, tampoco entiendes por qué él no se va aún.

Te ahorras la intención de hablarle y preguntarle de frente. Lo intentas, de hecho. Abres la boca mientras que él ve su alrededor (tanto como ha estado haciendo últimamente), para decirle por qué sigue ahí, aunque te detienes al entender que no es una pregunta que le debes hacer a un hombre que no conoces, o a cualquier persona que no conozcas, de hecho, y que, justo cuando vas a hacerlo, él regresa su mirada a ti. Algo debe de querer, sin embargo, porque aún sigue ahí.

En cambio, y habiendo tomado en cuenta lo anterior. Te levantas de tu silla para seguir recogiendo tus cosas. No tienes más limpiezas en el día así que no tienes motivo para tener todo eso encima.

Guardas todo en su estuche mientras que Alessandro te sigue con la mirada. Definitivamente esa situación no puede ser más incómoda.

—¿Te estoy haciendo sentir incómoda? —pregunta él, por mera casualidad.

Haces como que no lo escuchas. Caminas hasta los gabinetes en donde guardas tus instrumentos te inclinas y colocas ahí el aparato del ultrasonido para limpieza de manera estratégica, solamente para que ocupe menos espacio. Al levantarte, finges descuido y preguntas:

—¿Dijiste algo?

En tu mente, esa pregunta tiene dos posibles resultados. El primero es que él se cohíba de preguntarte de nuevo dado que se dio cuenta de que, en efecto, no te está incomodando. La segunda, que la repita sin importar qué, porqué en efecto, te está incomodado.

—No bueno, que me parecía que estabas un poco tensa con mi presencia... —dice él, respondiendo más o menos como te lo esperabas.

—¿Quién? ¿Yo? —dices como si nada—, no, vale, nada que ver. —Dejas

escapar una risa despreocupada para afianzar tu punto—. ¿Tú te sientes tenso?

Alessandro, se aclara la garganta al mismo tiempo en que se tapa la boca con un puño, como si estuviera preparándose para dar un discurso o dar una verdad demasiado cruda. Sabes que no puede ser ninguna de las dos, pero, de todos modos, sigues sin entender su motivación. ¿Por qué demonios sigue aquí?

Cabizbajo, comienza a hablar:

—Este... la verdad es que quería preguntarle —vacila—, si no querías salir uno de estos días conmigo. —Y termina levantando la mirada para verte de forma penetrante a los ojos. Dos actitudes completamente ambivalentes.

No sabes qué decir. Te toma por sorpresa la forma en que lo dice y el que lo haya dicho como tal. ¿Qué vas a hacer? Por poco titubeas, dado que parte de tu actitud confiada es un papel que estás interpretando por un motivo que aún no comprendes. Te defiendes demostrando que no vas a dejar que eso te perturbe.

—¿Me estás invitando a salir? —repites el enunciado. Sabes que es lo mejor que puedes hacer, no te deja en evidencia, pero tampoco responde del todo su petición. Es curioso que lo sepas por instinto pero que no hayas pensado en eso desde un principio. No importa, tú lo dejas pasar. Vívelo como una campeona.

—Sí, eso dije.

—¿Sí sabes que a penas y nos conocemos de nombre? —señalas con frialdad. Aun con eso, él no parece flaquear.

—Tienes razón, pero eso no quiere decir que no quiero salir contigo.

No puedes evitar dejar escapar una carcajada de soberbia. Te parece absurdo que alguien, de la nada, quiera salir contigo. ¿Cuándo acá te ha pasado algo así? ¡Nunca!

—¿Qué? —exclama Alessandro, riéndose también, pero con menor intensidad.

—Eres bastante extraño... —dices, justificando tu risa.

—¿Yo?

Alessandro comienza a moverse hacia ti. No se ha acercado ni nada por el estilo, solamente parece querer coger terreno. Tú haces lo mismo.

—Sí, tú. Apareces de repente, me haces halagos repentinos y luego apareces, de nuevo de la nada, diciéndome que quieres salir conmigo. ¿No crees que es un poco extraño y apresurado?

La actitud de Alessandro va cambiando de manera drástica. Se comienza a notar más extrovertido y seguro.

—Pues, yo te vi y me pareciste hermosa —explica él, moviendo sus manos cuan orador—, y no veo razón para no resaltar lo obvio cuando de verdad lo eres. Tenía que decírtelo. ¿Qué tiene de malo? —te gusta esa respuesta.

—Este... no sé, pero de todos modos no me conoces... no puedes simplemente aparecer y decirme que me quieres invitar a salir.

Él se ríe como si lo que dijiste hubiera sido inaudito. Su lenguaje corporal entero dice exactamente lo mismo: «¿Cómo qué no?»

—Claro que sí puedo. Por eso mismo quiero hacerlo, porque mi intención es conocerte.

—Porque me gustas, y quiero saber más de ti.

Viendo que mientras te quedas parada no estás dando ninguna buena impresión ni ganando ningún terreno, te mueves de donde estás, demostrando que eres tú quien está en su territorio, no él. Caminas hacia tu oficina, deteniéndote en la puerta.

—Para tú información, yo no sé nada de ti, y como no te conozco, me temo que tengo que rechazar tu oferta.

—Pero... —intenta decir él, antes de que lo interrumpas.

—No, sin peros. —Le das la espalda y vas hasta tu escritorio para coger tu móvil, haciendo una pausa en la conversación. Al tomarlo y regresar, retomas justo en donde lo dejaste—. Ya dije, no te conozco, tú no me conoces. No puedo aceptar tu ofrecimiento así cómo así.

—Pero si tengo todo este tiempo pensando en cómo decírtelo, en ti...

—Lo siento, amigo, pero no es mi culpa.

Mientras hablas, sientes cada vez más que estás dominando la situación como toda una campeona. Lo estás disfrutando. Desbloqueas tu teléfono celular mientras lo ves a los ojos, queriendo parecer medianamente interesada. Tu postura, el tono de tu voz, la forma en que te mueves y la mirada de tus ojos, te hace sentir fabulosa.

No obstante, a Alessandro no parece disgustarle, de hecho, te da la impresión de que, igual que tú, lo está disfrutando. Vaya que tipo tan raro.

—Hum... creo que tienes razón —responde. Tú bajas la mirada y comienzas a revisar tus notificaciones, sintiendo que ya ganaste esta batalla.

—Lo sé... —dices despreocupada, segura de ti misma.

—Entonces, si me conoces de verdad, entonces, aceptarás salir conmigo. —Agrega él, de repente, mal interpretando por completo todo lo que le dijiste.

Parece como si hubiera encontrado una cláusula secreta en un contrato que le permitiera ser multimillonario. Se notaba alegre, entusiasmado, casi que aceptando el reto.

—Ey, no dije eso... —levantas la mirada sorprendida.

—Claro que sí —responde él— o no. Pero lo que importa es que tienes razón. Me vas a conocer —Dice, con una sonrisa llena de compromiso.

ALESSANDRO: COMPROMETIDO CON EL TRABAJO

Estacionas el coche, coges la caja, el sobre y sales. Rodeas el vehículo para ir al maletero y sacar el ramo de girasoles que compraste. Bajas la puerta, colocas el seguro en la camioneta y comienzas a caminar con todo en mano. Te lamentas un poco de haberte aparcado tan lejos del consultorio de Emilia. Te consuelas sintiendo que no había otra forma de hacerlo. « Es así o no se hace» te dices, ignorando la mirada y los «Ay, qué lindo» de quienes se te ponen en el camino. Sin embargo, te llena de orgullo que lo hagan porque sabes que, de esa forma, a ella le gustará.

Paso a paso sientes que estás más cerca de ganarte la confianza de Emilia tal cual le dijiste a Flavia qué harías. De esa forma, comienzas a imaginarte el pago que vas a recibir por este trabajo, visualizando todas las grandes cosas que vas hacer al conseguirlo. Pensar en eso es lo único que te consuela al final de cada trabajo.

Ya para las cosas que has hecho, es momento que te diga que sí. Piensas en las cosas que has estado haciendo por ella, todo lo que le has dicho sobre ti buscando que se sienta satisfecha de conocerte, porque, mientras caminas, no encuentras otra cosa que mantenga tu mente ocupada. Tratas de tararear alguna canción, pero no te funciona. No puedes dejar de sentir que estás dejándote llevar de nuevo.

No logras sacarte de la cabeza el poema que le recitaste de cosas que te gustan comer. El haberte expuesto de esa forma en frente de sus pacientes no deja de darte vueltas como si te tratara de un niño de secundaria que hace una estupidez. Sacudes tu cabeza y dices: «No, eso era necesario». Tenías que hacerlo, debías hacerlo.

La confianza no se gana, así como así.

—Aunque pudiste haber inventado algo convincente —te dices, en segunda persona.

Pero de todos modos sabes que eso no va contigo. Lo tuyo no es ser falso. La única forma que conoces para enamorar a una mujer, es hacerlo con honestidad. Un sacrificio que haces por el oficio. De nuevo, sacudes tu cabeza y te aclaras la garganta para despejar la mente. No quieres pensar en los detalles tontos en los que consiste tu trabajo.

Cada vez estás más cerca de llegar a la clínica de Emilia. Resoplas tras haber pensado en eso. «La clínica de Emilia», no cabe duda que son personas con dinero. No sabes muy bien cómo funcionan las cosas en el mundo de la odontología, pero sí estás al corriente de que no cualquiera tiene una clínica a su nombre, tan grande y preparada como la de ella. Cada vez que entras te parece un hospital moderno de esos que te quitan todos los ahorros para darte una aspirina. De nuevo, estás divagando.

¿Por qué estás pensando en eso? Te preguntas por enésima vez: ¿por qué tienes que exponer tu propia vida como si se tratara de un acontecimiento importante? Recordando, reviviendo, explicando algo que ya sabes, entiendes, que se supone que deberías dominar. No te quejas, sigues haciéndolo.

—Debe ser porque estoy aburrido —te excusas, tratando de ver entre el enorme ramo de girasoles que prácticamente estás abrazando—. ¿Cuánto falta? Joder.

Todo el recorrido es una línea recta, así que deberías estar cerca, o por lo menos estarlo pronto.

—La suma de los catetos es igual a la hipotenusa —dices, justificando tu razonamiento y el motivo por el cual hiciste lo que hiciste. Aunque sabes que no entiendes muy bien ese teorema.

No se puede decir: «antes de que te des cuenta», porque por el tiempo que tienes caminando (que parece una eternidad), no has dejado de anticipar tu llegada. Así que, luego de un buen rato, te das cuenta que has llegado, lo que viene acompañado de un suspiro de alivio y de unas tres gotas de sudor que te recorren la columna. Ya han sido más, pero has tratado de ignorarlas a lo largo del camino.

En frente de la puerta, piensas en alguna forma de abrirla, sin que echas a

perder todo lo que cargas en mano.

«Hale» dice el cartel. ¿Cómo se supone que vas a halar sin una mano para hacerlo?

Comienzas a ver a través del vidrio para tratar de que alguien se dé cuenta que has llegado y que, al ver que estás cargado de cosas, te haga el favor de abrir. Esperas.

Te mueves y nada. Todos están sumidos en sus asuntos. Buscas un timbre alrededor a pesar de saber que no lo has visto ninguna de las veces que has entrado por esa puerta. Sigues moviéndote para hacer notar tu presencia.

De repente, en un sonido ahogado por los obstáculos que lo separan, escuchas a una chica adolescente decir en vos mingona: «¡Ay! ¡Pero qué lindo!». De inmediato, todos voltean a la puerta dado que la chica está viendo en esa dirección. Ahí estás tú, con un ramo enorme de girasoles, una caja de chocolates y un sobre rojo. Sonríes como si fuera poca cosa.

Como puedes, ves que las personas que están ahí (entre mujeres y hombres); las mujeres hacen un gesto de encanto mientras que los sujetos que las acompañan o que solamente están ahí (no sabes, no te importa), sonrían y asienten como si estuvieran orgullosos de ti. «El campeón entre campeones», sientes que están diciendo; es algo que tú harías.

En ese momento, Karen se levanta de su silla rápidamente y corre para abrirte la puerta. Te apartas en lo que ella la empuja.

—Ay, señor Alessandro. Que bellas flores —dice, entre encantada y apenada—. Hubiera llamado diciendo que iba a venir —se aparta un poco para que puedas entrar.

—No, descuida, quería que fuera una sorpresa.

En lo que pasas, dándole la espalda a la puerta ella agrega:

—Ay no, mírelo todo sudado. ¿Tiene mucho tiempo esperando? —hace una pausa— ¿Y su coche? ¿Se dañó? —supones que porque miró al estacionamiento.

Dándote la vuelta, respondes:

—Oh no, está aparcado a unas calles de aquí... —respondes. Ella te ve confundida.

Se asoma por la puerta para ver hacia la calle y con la mirada, busca sin

fruto tu coche. Entra, cerrando la puerta y te pregunta:

—¿Por qué hizo eso?

—Porque quería que fuera una sorpresa, señorita Karen.

Karen, intenta ocultar que ese ha sonrojado tratando de bajar el rostro para que no lo veas; sabes que le gusta que le digan así y a ti te gusta hacer feliz a las personas. Dos más dos es cuatro.

—Ay señor Alessandro, le dije que no me siguiera diciendo así.

—Bueno, tú me sigues diciendo señor. ¿Por qué no puedo decirte señorita? A como yo lo veo, estamos siendo justos ¿Verdad?

Karen te sonrío y te pasa por un lado para irse hasta su escritorio. Le das un vistazo a las personas que están esperando a ser atendidas y les sonrías al hacer contacto visual con ellas. Una leve mueca con los labios para desviar la atención del hecho de que no se conocen. Pero todos te están viendo, lo sabes porque resaltas demasiado.

Ya los miraste y ahora te diriges a Karen quien está atendiendo lo asuntos de su empleo que debe de atender. Le quieres preguntar por Emilia, pero antes de que le digas algo, te interrumpe.

—La doctora Emilia está ocupada ahora, saldrá como dentro de veinte minutos, tal vez menos, tal vez un poco más.

—Pero, ¿Está muy ocupada? —preguntas, tratando de evaluar la situación.

Karen te mira, convencida de que sabe lo que vas a hacer.

—No, señor Alessandro, no puede entrar. Está haciendo una cirugía justo ahora. Así que es mejor que espere aquí.

Dejas caer tus hombros, aceptando sin queja la razón de Karen.

—Está bien.

—Si quiere se sienta, señor Alessandro.

Miras de nuevo a la sala de espera y ves que no hay puesto. Ya le vas a decir a Karen que no tienes en dónde.

—Aquí hay —dice la chica adolescente que te vio de primero, sonriendo y entusiasmada; como si le emocionara la idea de estar sentada a tu lado.

Se apartó un poco dándote suficiente espacio en el sofá para que te sentaras. Su sonrisa era enorme.

—Ah bueno —dices, mirando a la chica.

Te acercas a ella y te sientas a su lado, sintiendo que no deja de mirarte. Por fortuna, tu campo visual se ve obstruido por el enorme ramo, por lo que no tienes que verla directamente a los ojos. Sin embargo, no dejas de sentir el peso de sus pupilas.

Dejas escapar un suspiro, relajándote en el sofá porque sabes que probablemente tengas que esperar mucho. Sería muy bueno que pudieras hacerlo en otro lado, así no tendrías por qué reconsiderar, con la mirada de la chica y la atención de los demás puesta en ti, lo que estás haciendo. Ser juzgado de más te perturba.

Agradeces que hay silencio.

—¿Y para quienes son esas flores? —dice la chica, interrumpiendo tu reflexivo silencio.

Sabías que en cualquier momento te lo iba a decir.

—Para la doctora Emilia —respondes, para no revelar mucha información.

—Ah... ¿Y la doctora Emilia es tu novia? —pregunta, sin entender tu indirecta.

—Aún no —dices, sin hacer contacto visual.

De repente, la chica se emociona de nuevo, al parecer, por lo que acabas de decir.

—¡Ah! ¡Qué lindo! —exclama— Ojalá alguien se me declarara así —el que te lo diga de ese modo te hace dudar con respecto a qué edad tiene.

—No, bueno no es como que me esté declarando.

—¿Entonces qué estás haciendo?

Y piensas: ¿Le debo decir lo que estoy haciendo a esta niña? O ¿Debo decirle que no es problema suyo? No sabes cuál es la mejor respuesta porque, en efecto, ambas son bastante interesantes. De todos modos, no quieres quedar como una persona grosera; quién sabe, cualquiera podría enterarse de lo que estás haciendo con ella ¿Y si incluso esta chica es paciente de Emilia? No, no, no... no te vas a arriesgar.

Así que eliges decirle lo que estás haciendo.

—Bueno —acomodas el ramo de girasoles para poder ver mejor a la chica, y comienzas—, ella me dijo que no iba a salir conmigo porque no nos

conocíamos del todo. Que a penas y sabíamos el nombre del otro. —Te inclinas un poco hacía la chica para acotar como si se tratase de un secreto—: Aunque más que todo es porque ella no me conoce a mí. —Regresas a sentarte como se debe—. Así que se me ocurrió que, si el problema era conocerme, entonces, me haría conocer ante ella hasta que sintiera que lo sabe todo de mí y así acepte salir conmigo. Así que, técnicamente, no me le estoy proponiendo, solamente estoy tratando de demostrarle quien soy.

La chica, no parece encontrar la diferencia entre una cosa y la otra, dejándote la impresión con su silencio, de que, para ella es lo mismo. Su rostro comienza a iluminarse, como si fuera la cosa más hermosa que le hubieran dicho.

—¡Ay! Es aún mejor —dice ella. Al parecer sí entendió.

Poco a poco comienza a emocionarse más, a ponerse roja, actuando como si no pudiera contener sus emociones. Emociones, emociones, emociones. Al parecer está atravesando por la pubertad.

—Ojalá alguien hiciera eso por mí —dice, dejándose caer en el sofá, suspirando con anhelo y malestar.

La forma en que se deja caer, con esa aura de tristeza que la acompaña, te hacen querer preguntarle por qué lo anhela tanto.

—Y... ¿Por qué nadie lo ha hecho? —le preguntas. No te parece una chica fea, de hecho, es bastante atractiva, lo que te hace dudar el por qué no le han hecho algo como eso, incluso por algún hombre desesperado que sienta que la quiere.

La chica, deja escapar un suspiro, como si no fuera la primera vez que le preguntan algo de ese tipo. O como si fuese una cosa recurrente en su vida, el tener ese tipo de preguntas.

—No lo sé... me he estado preguntando lo mismo.

—No creo que nadie te haya intentado enamorar con alguna carta o algo por el estilo —dices, suponiendo que ese modo de actuar es el más normal.

—No... solo me han dicho que les gusto o han intentado dedicarme alguna canción de YouTube.

—Ay... que triste...

—Ni que me lo digas —vacila—. O sea, no es como que deba hacer un

espectáculo tonto para enamorarme, o porque yo soy una chica deban hacerlo, sino que, el hacer algo como eso quiere decir que quien lo hace debe estar realmente interesado en ti, y que no le importa lo que tenga que hacer, desea realmente hacer que tú sientas lo mismo.

No puedes concordar más con esa chica.

—Así como usted, que está haciendo esto nada más para que ella le acepte una cita. Eso es romántico, porque demuestra que sabe muy bien lo que quiere. En cambio, a mí no —explica ella—. Los chicos que, si acaso intentan decirme que les gusto, ni siquiera están seguros de si lo que sienten es verdad. Solamente les parezco linda —ella te mira, como queriendo decir: «Sí, sé que soy muy atractiva». Al parecer lo tiene claro—. Pero, no sé, no los siento honestos, ni que en realidad quieran tener una relación conmigo o querer conocerme.

Hace una pausa.

—Quiero alguien que realmente intente demostrarme que merece la pena, que se acerque a mí con honestidad, con el corazón en la mano. Quiero sentir que me quiere, así como yo puedo llegar a querer.

—Y... ¿A ti no te hace sentir alguien así? —Preguntas, viendo que puede haber una solución.

—Este... sí.

—Ah... ya entendí. —dices, dándote cuenta de lo que ella realmente quiere.

Ya a este punto, sabes que ella está pasando por alguna etapa de su vida en la que quiere que la escuchen, además de que te parece más madura de lo que esperas de una adolescente como ella. Por eso, sientes que debes darle algún consejo. Así que procedes a abrir la boca para decirle lo que piensas.

—Eres una chica realmente interesante —dices. Ella te mira a los ojos para escucharte, y antes de que te responda, continúas hablando—: pero, no sé si seas el tipo de persona que deba esperar a que la quieran. Yo que tú, me concentraría en encontrar a alguien a quien pueda creer, y demostrarle que valgo la pena. Así, cómo estoy haciendo ahora.

—Pero es que es diferente.

—¿Esa persona que te gusta no es alguien valioso?

Ella parece sorprendida, a pesar de que entre líneas te había dicho ya lo que quería que sucediera. Ella no espera que cualquiera se le confiese, ella espera que «ese alguien» lo haga.

—Mucho...

—Supongo que tú también eres alguien valioso... pero no dejes que...
Te detienes de repente.

—Bueno, señor Mazzilli, ya le dije. Por favor, trate no comer cosas pequeñas por un tiempo. Al menos hasta que se le caigan los puntos. —
Escuchas que se va acercando la voz de Emilia.

De inmediato, te levantas, sin siquiera empezar o terminar de hablarle a la chica adolescente. Cuando, tanto ella como los demás ven que te levantas, se giran en dirección al pasillo que da a los consultorios. De pie, esperas (junto a todos los pacientes en la sala de espera), con una sonrisa en el rostro, a que aparezca Emilia.

—Sí, doc. —Dice el hombre con algo en la boca que sale primero que Emilia del pasillo.

—Y tómese las pastillas que le dije... —agrega ella apareciendo después.

Antes de terminar de hablar, se fija en ti de repente como si algo le hubiera llamado la atención. En ese momento, todos dejan escapar un adorable «Ah...» al verla, aunque su expresión es diferente, en muchos sentidos, incluso lo es para ti, tomando en cuenta las que ha tenido las últimas tres semanas que llevas haciendo eso.

—Alessandro —dice, no esperándose lo que acabas de hacer, pero obviamente acostumbrada a verte casi todos los días con un regalo diferente. Sin embargo, pareciera que está encantada. Esto no te lo esperas... ¿Qué harás?

Sonríes sin decir nada, y levantas un poco el ramo, la caja y el sobre, queriendo decir: «Mira lo que te traje», y esperando que se lo tome de buena manera. Ella suspira, deja de caer los hombros e inclinando la cabeza como si quedara desmayada de pie. Sientes que te dirá que ya se está cansando de ti, que ya te había dicho que no le siguieras trayendo regalos... pero en lo que levanta de nuevo la cabeza, lo hace con una sonrisa.

Eso no te lo esperabas tampoco.

—¿En serio? —pregunta— ¿Todavía? —dice— ¿No te había dicho que no siguieras trayéndome cosas al trabajo? —La forma en la que habla no es para nada desagradable, dejando la impresión de que acepta lo que estás haciendo.

—Este... —intentas adaptarte al encuentro—, solamente creí que no podía dejarlo simplemente así. No me puedo rendir, no contigo —sabes hay muchas más razones para no hacerlo.

—¿No es lindo, doctora? —dice Karen. Emilia la mira con un poco de frialdad, al escucharla hablar.

—¿Qué te dije, querida?

—Disculpe, disculpe, señora Emilia, es que se me olvida. —Agrega ella, tomándoselo con calma. Y, casi de inmediato, parece olvidar el gesto de su jefa para retomar lo que quería decir—. Pero ¿Verdad que es lindo? Ay no, señora Emilia, no puedo con tanta ternura. Mírelo, por favor.

—Sí, lo sé...

Ambas comienzan a conversar, descuidando por completo tu presencia. Suspiras de alivio, sintiendo que con este cambio tan repentino de comportamiento puede que consigas lo que estás esperando. Ya has impreso mucho de ti en todos esos detalles que intentas hacerle, haciendo este trabajo tan personal como cualquier otro. El corazón te palpita con fuerza, sigues sudando a pesar de no tener calor o estar caminando todavía, quieres que todo salga bien, aparte de necesitarlo, lo deseas con todo tu ser.

Aun así, no puedes dejar que los nervios se apoderen de ti.

—Ale... —dice Emilia, llamando tu atención. De inmediato subes la mirada y te yergues un poco más para actuar como si nada.

—¿Sí? —preguntas con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ven... —dice ella. Vaya, otra cosa que no te había dicho antes.

La forma en que ella se tomó todo eso, es algo realmente nuevo y una grandiosa noticia. Te llena de felicidad saber que estás consiguiendo algo de todo eso que has sacrificando, que realmente ha funcionado.

—Vale —dices, cada vez más emocionado.

Emilia se da la vuelta, sin dejar de sonreír invitándote a pasar a su consultorio. Intentas dar un paso, pero de repente te acuerdas de que debes terminar algo. Te das la vuelta y te fijas en la chica adolescente que está

sonriendo. Como puedes, te hincas para estar a su altura y verla de frente.

—Oye... no esperes a que tu historia de amor comience ni que te caiga del cielo. Si lo que quieres es que algo como esto te suceda —dices, antes de que te interrumpan.

—Alessandro... —te llama Emilia, regresando para ver por qué no apareces.

—Ya voy... —respondes, girándote para verla.

—¿Qué haces?

—Ya va, estoy diciéndole algo a una amiga...

—Ah bueno, te espero adentro.

—Sí —sonríes y te regresas a la chica, acercándote un poco a ella para susurrarle algo—: creo que le gusto... —Le sonríes emocionado y ella te responde del mismo modo. Mientras lo hacías, te apartaste para seguir hablando con un tono de voz normal—, y nada de esto no habría sucedido si yo hubiera esperado sentado o hubiese hecho nada para conseguirlo. Creo que deberías decidir si quieres abrirte paso al amor o dejar que llegue por sí solo.

Te levantas, porque sientes que te estás tardando demasiado.

—Solo no te rindas ni esperes mucho a que las cosas sucedan. Actúa y verás resultados.

Te das la vuelta y te retiras emocionado a millón. Cuando estás ya en el pasillo, escuchas que la chica grita:

—Lo intentaré... —a lo que le respondes:

—Eso espero...

La puerta del consultorio de Emilia se encuentra cerrada, ya en frente de ella, la tocas tratando de no dejar caer los regalos.

—Pasa —escuchas que dice, desde el otro lado de la puerta.

Encuentras un poco tonta aquella petición dado que a penas y pudiste tocar para avisarle que llegaste. Bueno, de cierta forma si puedes, si abrazas un poco más el ramo de girasoles y...

—Disculpa —dice ella, después de abrirla.

—Descuida —respondes, sonriéndole con calma.

—Lo había olvidado... —ríe nerviosa. Ya no se nota segura, y dominante como cuando te dijo que la siguieras.

—No hay problema —dices entrando.

Buscas a acomodarte en el consultorio como puedes para darle un lugar a aquel enorme ramo, dándote cuenta que, en efecto, no sabes en dónde ponerlo. Emilia, ha cerrado la puerta, quedando completamente a solas. Las otras veces no ha hecho nada de eso; no dejas de extrañarte.

Camina hacia la oficina, y al darse cuenta que estás en una esquina del consultorio, dice:

—Oh no, ven... aquí.

—Ah, como creí que...

—No vale, no te voy a hacer quedarte en el consultorio —dice, tratando de hacerte sentir más cómodo, y atrayéndote con un gesto de su mano, agrega—: ven, vamos.

La sigues, ella entra, te da paso y te sientas en el sofá que está dentro de la oficina. Es un lugar bastante grande para estar dentro de un consultorio de una clínica, el cual te parece curioso lo pequeño que se ve desde afuera en comparación. Se nota que es la dueña de ese lugar. Miras a tu alrededor y te encuentras con varias fotos de ella junto a otras personas, con su título, una enorme biblioteca llena de libros en los que alcanzas ver dientes o palabras que riman perfectamente con la profesión de odontología. Adornos, una pequeña nevera, la mesa de sala que tienes justo en frente adornada con velas aromáticas y el gran escritorio en donde está un computador portátil de color plateado y otras cosas para trabajar.

Pero, lo que más te llama la atención es que, en una esquina, te encuentras todos los ramos que le has dado, los globos con frases que mandaste a hacer, los peluches, la almohada, la caja en la que guardaste cada una de las cosas que te gustaba comer, los libros, los carros de colección... cada una de esas cosas estaban bien puestas sobre una mesa exclusivamente para ellos. Se te hizo imposible esconder la sonrisa de satisfacción de tu rostro.

—Te disté cuenta —dice ella, sonrojándose un poco—, no quise botar nada.

—Tranquila... —le dices— todo eso es tuyo.

Ambos se miran a los ojos, para luego apartar la mirada apenados y nerviosos. Entrando a un silencio incomodo del que no sabes cómo salir.

—Qué oficina tan bonita —dices, aun sosteniendo el sobre y el ramo de girasoles, esperando romper ese silencio.

—Gracias —te responde.

Pero fracasas en romper el hielo y, otra vez, vuelven a quedarse sin decir nada.

Emilia, se recuesta del escritorio, con la clara intención de que no se quiere sentar. Tú, abrazando los regalos, sientes que deberías decir algo, buscas la palabra adecuada para comenzar una conversación, aunque, no hallas el valor para hacerlo. Ella no se ve mejor que tú.

—Este... —rompe el hielo, hablando con un poco de duda—, y... ¿Qué tienes allí? —pregunta, tratando de parecer casual a pesar de saber muy bien qué tienes ahí. Sin embargo, aprecias la intención.

—¿Esto? —dices, fingiendo que habías olvidado que llevabas todo eso— ¿Qué? ¿Tengo algo raro en la chaqueta? Oye... no sé. —Intentas ser gracioso.

Levantas la mirada, y te encuentras con una sonrisa en el rostro de Emilia. Sientes que estás mejorando; si se tratara de la Emilia que conociste al principio, no te habría sonreído de esa forma.

—Ya sabes de qué hablo —respondió, acompañada de una dulce risita que te pareció extremadamente adorable.

—Un ramo de girasoles —resaltas lo obvio.

—¿Y qué más?

—Bueno, no sabía si te gustaban los chocolates, pero te traje estos, para ver qué opinas.

—Sí me gustan.

—¡Qué bien! —exclamas de repente, alarmando a Emilia que no se esperaba que elevaras la voz. Ahora te sientes mal por hacerlo. Rápido, di algo—: ahora sé algo de ti. Eso es bueno —logras hacerla sonreír de nuevo. ¡Joder qué hermosa!

—¿Y lo otro? —dice, tratando de ocultar que está a gusto en ese encuentro contigo y mirando fijamente al sobre rojo.

—Bueno, no sabía qué escribirte ahora...

—¿Otro poema? —dice en un conjunto de emoción y falta de anticipación.

¿Qué te está sucediendo? Es muy pronto para eso.

—Lo pensé —acotas—, pero sentí que no debía. Ya era muy empalagoso.

Ella, deja caer los hombros, sorprendida más por el hecho de que no se trataba de un poema que por el de que sí lo fuese.

—¿Entonces qué es?

—Dado que prácticamente te he dicho todo sobre mí...

—¿Sí? —responde con sarcasmo— ¿Tú crees?... no vale, yo pienso que no me has dicho suficiente. Solo recuerdo que naciste el diez de noviembre, o que te gusta quitarle la corteza al pan para luego freírla y comértela junto con un huevo duro.

—Sí, sí... —entiendes su punto.

Pero ella te demuestra que, en efecto, le prestó atención a cada uno de tus regalos explicativos.

—¡Ah! —dice entre risas— pero creo que lo que más me gustó fue cuando dijiste que querías ser sirviente porque te encantaba ver cómo las personas limpiaban y tú ibas a limpiarle la casa a todos.

Emilia comienza a reírse con más fuerza, en un conjunto de burla y de risa casual. Tú también te ríes; de todos modos, fue tu idea contarle eso.

—¿Cuántos años es qué tenías?

—Siete...

Emilia vuelve a reírse.

—Me lo imagino y no puedo dejar de reírme —dice.

Lentamente, la risa se va disipando, perdiendo intensidad hasta quedar en un sutil silencio ahogado por uno de esos suspiros de alivio que vienen después de una carcajada.

—Muy graciosa —le dices—. Por lo menos ahora también sé que gustas de reírte de los demás.

—No, vale. No me estoy riendo de ti.

—Ah... ¿No? A mí me parece que sí.

—Me estoy riendo contigo —dice, haciendo hincapié y acompañándolo de una sonrisa.

Sin avisarte, se inclina para acercarse a ti y tomar el sobre. Se lo extiendes.

—¿Y por qué un sobre rojo? —Dice ella, comenzando a abrirlo.

—Porque creí que combinaría con la caja de chocolates.

—Y qué me voy a encontrar aquí ¿Algún secreto oscuro e inesperado? — dice en tono de broma, sacando lentamente el papel de la hoja.

—No, vale... nada de eso.

Ella se ríe otra vez. Baja la mirada se aclara la garganta y comienza a leer en voz alta.

Para Emilia...

—No tienes que leerlo en alto —le interrumpes, sintiendo de inmediato que vas a experimentar un poco de vergüenza al escuchar lo que escribiste—. Puedes hasta leerlo después, no es necesario.

—No —se niega en un berrinche— yo lo quiero leer, aquí y ahora.

—Pero...

—Que no... —dice, jugando contigo.

—Está bien.

En lo que aceptas, se ríe. Por la manera en la que te habla, entiendes que cada vez está más cómoda con tu presencia, siendo muy diferente a la mujer que conociste semanas atrás. Tal vez todo eso que has hecho si haya servido después de todo.

Para Emilia... —lee de nuevo.

Ya que sabes qué tipo de helado me gusta, el color de mis sabanas, mi programa de televisión favorito, los días de la semana que odio, que mi sueño frustrado es viajar por el mundo y cuánto tiempo invierto en el baño cada mañana. Junto a las muchas otras cosas que sabes de mí, creo que ya es hora de decirte algo que hasta yo acabo de descubrir.

Y siento que es muy importante decírtelo ahora porque la verdad no sé si deba esperar más; aunque de todos modos tengo preparado otras cosas.

Eso que no te he dicho son las cosas que me gustan de ti.

Emilia, hace una pausa al leer esas últimas líneas, actuando sorprendida. Levanta la mirada y te ve a ti, avergonzado de cada una de las palabras que has escrito. Contando los poemas, esta sería la cuarta vez que intentas escribir algo, aunque esto es un poco más profundo que hacer rimar unas palabras.

—Ay... —Intenta decir ella.

—Sigue leyendo —le interrumpes—. Que te falta mucho.

Ella ahoga sus palabras con una sonrisa y retoma la lectura.

Ya han pasado cuarenta y dos días desde que nos vimos por primera vez y, desde entonces, muchas cosas han pasado. Pero de entre todas, las más locas han sido en mi cabeza. La mejor parte de mi día comienza cuando veo que estás a punto de decir algún comentario sarcástico o cortante luego de verme llegar, porque se te hacen unos hoyitos en las mejillas, la forma en que se te arruga la nariz, en que me aprietas los ojos o en que me levantas la voz para decirme que no quieres recibir más regalos a pesar que al final de cuentas siempre terminas quitándome de las manos.

El color de tus ojos, el sonido de tu voz o la forma en que tu cabello cae sobre tus hombros. Pueden que hayan sido solo cuarenta y dos días nada más y que yo, en particular, no sepa mucho de ti a pesar de que tú sepas casi todo de mí, pero en todo este tiempo has logrado hacer que me vuelva loco con tu manera de hacer las cosas, las pocas que has hecho estando conmigo.

Y por eso, cada vez más siento que deberías aceptar salir conmigo porque, para serte honesto, mi nueva meta no es lograr llevarte a comer, sino concerté como realmente eres. ¿Qué te gusta? ¿Cuál es tu canción favorita? ¿Qué sabor de helado prefieres? ¿Qué quieres ser cuando seas grande?...

Pero si con esto no lo logro, descuida, que no me voy a rendir todavía.

Atentamente, Alessandro Agostini.

Levantando la mirada, te das cuenta que Emilia tiene los ojos húmedos. Y, sin dejarte tiempo para pensar en alguna respuesta o de explicarte a ti mismo por qué puede que se encuentre de esa forma, se prepara para decirte algo.

—¿A dónde quieres ir a comer? —dice ella, aceptando tu invitación, con una sonrisa en el rostro.

Sonriéndole de vuelta, no solo sientes y te emocionas porque de verdad le estás gustando, sino que, de alguna forma u otra, sabes muy bien lo que eso significa: estás haciendo bien tu trabajo.

EMILIA Y ALESSANDRO: EL ENCUENTRO PERFECTO

Emilia, tú no estás del todo segura si lo que haces está bien. No es la primera vez, y sin embargo sientes que estás haciéndolo todo sin experiencia. Quieres parecer lo más sensual posible, pero hasta donde entiendes, sientes que te sale mal. El vestido va cayendo suavemente de tu cuerpo. Si hubieras usado un pantalón y una camisa, por lo menos te habrías sentido cómoda.

—Estás hermosa —dice Alessandro, repitiendo de nuevo lo que te dijo durante todo el día. ¿Lo estará diciendo en verdad?

—¿Tú crees? —le respondes, y esta vez no lo haces con una sonrisa, o sonrojándote o sintiéndote alagada. Esta vez, realmente lo dudas y quieres saber si lo piensa en serio. Esta vez no se trata de cómo te ves sino de ti en su totalidad.

—No lo creo —hace una pausa dramática mientras se va acercando lentamente— lo sé.

Ya has tardado mucho en entregarte a Alessandro, a pesar de que querías hacerlo desde hace tiempo ya. El corazón te palpita con intensidad. Estás nerviosa. Sus palabras se acercan a ti deslizándose sobre tu piel obligándola a reaccionar, a erizarse. Te encanta esa respuesta, aunque todavía no sabes si estás preparada.

Alessandro está más cerca de lo que lo había estado antes. Sin la presencia de tu vestido obstaculizándolo todo, él prácticamente está tocando tu cuerpo desnudo. Lleva su mano hasta tu mejilla, lo que te hace sentir un escalofrío placentero. Aun no te ha tocado y ya está haciéndote sentir bien.

—Ten cuidado —dices, por instinto, con miedo. ¿Desde cuándo no estás con alguien como para que le digas eso? Sabes la respuesta a esa pregunta, él también.

—Eso haré —responde, sin detenerse, acercando su rostro al tuyo para repetir ese beso que te había gustado ya.

Cierras los ojos y levantas la quijada para recibirlo. Lo ansías, lo necesitas. Estás dejándote embriagar por el deseo de tenerlo y de sentirlo de nuevo. Sus labios carnosos, su rostro terso, su aroma, su presencia. Todo esto te tiene ebria, húmeda, emocionada. No dices ni piensas en más nada. No vale la pena responder, ni mucho menos interrumpir lo que viene.

Sus labios tocan suavemente los tuyos. De nuevo, otro escalofrío.

Intentas comértelos intensamente, queriendo desatar todas las ganas que tienes en un solo arranque de pasión. Estás nerviosa, quieres terminar, disfrutarlo, pero terminar de una vez. Supones que será como al que están acostumbrados. Pero él no te sigue el paso. En lo que intentas aumentar la intensidad de tu beso, él se aparta. Sientes que te succiona el aire, los labios y el alma.

Sisea, él, para detenerte. Abres los ojos confundida, queriendo saber qué está pasando ¿Acaso no vamos a besarnos? Piensas; ¿No te gustó? Tratas de decirle con la mirada.

—Vamos a disfrutarlo. —Dice Alessandro, para luego acercarse a ti con la misma lentitud con la que lo hizo antes y tocar tus labios con los suyos.

Esta vez, te esperas a ver qué es lo que él tiene en mente. Alessandro comienza besarte con suavidad, lo que te hace sentir de manera diferente sus labios. Suaves, tiernos, carnosos... para nada tensos en comparación a esos que conoces con los largos y apasionados besos que se dan en la calle, en el cine o en el coche antes de bajarte para entrar a casa. Aquel hombre que te ha hecho sentir realmente bien durante los últimos días, ha sabido mantenerte a la expectativa de un encuentro como ese.

Mientras que te besa, sientes que todo ese tiempo de espera ha valido la pena.

Él succiona tus labios, te respira en el rostro, te desea tanto como tú y lo sabes porque controla sus movimientos. Es bueno estar en sintonía. Es bueno sentirlo de esa forma. Sus manos traviesas van deslizándose de tu mejilla hasta tu cuello; de tu cuello pasan a tu hombro derecho y salta a tu brazo. Al llegar a tu muñeca se regresa a tu cuello. De tu cuello pasa a tu torso, llegando

lentamente hasta tu pecho, aun cubiertos por el sujetador que llevas puesto. No te pide permiso y lo aprieta con todo y brasier; no era necesario que lo pidiera, ya se lo distes con el primer beso.

Es la primera vez que te lo aprieta, lo que te hace sentir de nuevo un escalofrío, esta vez, más intenso que el anterior. Tratas de buscar aire ya que sientes que te lo está quitando mientras te toca y te va besando. Poco a poco vas dejando caer tu cabeza hacia atrás porque te sientes extremadamente relajada, completa, feliz, sin tiempo ni ninguna ley natural que te someta. Estás hecha para él. O al menos eso crees.

Alessandro ahora está en tu vientre; sabes qué se viene. Aun sujeta tu pecho, así que lo que sientes es su mano izquierda tomándote por otro lado. Cuando crees que está a punto de llegar, se desvía por tu cintura y va tocando la parte baja de tu espalda hasta acercarse por completo a tu nalga. Apretando un poco, introduce primero su dedo en tus bragas, luego, pasa el siguiente... el siguiente... toda la mano.

Esto no lo toca como está tocando tu pecho, parece que quiere apretarte el culo sin nada que lo moleste. Sientes cómo intenta enterrarse en la nalga que ha tomado, ya que incluso, te levanta un poco, obligándote a ponerte de puntillas. Lo coge por completo, haciendo que el labio derecho de tu vagina se aparta sutilmente del otro, lo que no solo te gusta, sino que te encanta.

Tú solamente apoyas tu mano en su pecho mientras que el brazo derecho cae sin oficio alguno. No te quieres mover porque todo eso te supera, te domina, te hace perder la razón.

Sabes que estás realmente mojada.

—Me encantas —dice Alessandro, apartándose para tomar aire, mientras que tu sientes que te quita el tuyo al apartarse así.

—No te detengas... —dices, sin abrir los ojos y esperando a que te vuelva a besar.

—Me encantas, me encantas... —dice suavemente y regresa a besarte.

Vuelves a perderte en sus labios, en sus besos, en sus caricias. De repente deja de apretarte la nalga, pero no te importa, puede hacer contigo lo que quiera, tú estás dispuesta a hacer con él lo mismo. La va subiendo por tu espalda, dándote la impresión de que te va a abrazar. Se detiene en donde está

el broche del sujetador. Sabes que te lo quiere quitar y lo que eso quiere decir: estarás cada vez más desnuda.

En ese momento, piensas que tendrás que ayudarlo, así que cuando te llenas de valor para hacerlo, él te sorprende metiendo su mano entre un sujetador suelto y tu seno. Piensas que es realmente bueno, aunque no por mucho porque de inmediato comienza a jugar con tu pezón, llevando aquel encuentro al siguiente nivel.

Regresando a tu culo, sientes que te volverá a apretar, pero, esta vez, es completamente diferente.

—Ay... —dices siendo levantada del suelo.

—Vamos a un lugar más cómodo. —Dice él.

Te aferras a él con tus piernas a su cintura y con tus brazos en su cuello, sin querer dejarlo de besar. Sin esfuerzo alguno, te lleva hasta su habitación, en donde se sienta en la cama contigo en su regazo. En ese instante, comienza a besarte con mayor intensidad.

Sus labios chocan el uno con el otro con pasión. Sus lenguas bailan juntas al compás de su deseo, enloqueciéndote, obligándote a abrigar con locura una sensación que deseas sentir desde hace tiempo ya. Como puedes, le quitas la camisa a Alessandro, quien te da una mano con eso. Lentamente te vas desinhibiendo, recordando que ciertamente esa no es tu primera vez. Te apartas y bajas la mirada para comenzar a desajustarle el pantalón; él también te ayuda con eso.

Mientras tanto, él te va apretando ambas nalgas, abriéndotelas y haciendo que tus labios se expandan haciéndote sentir realmente bien. Sientes cómo tus bragas están ya empapadas de tus fluidos, la forma en que te palpita el corazón, en que quieres que te toque con más fuerza, con mayor intensidad. Estás loca por tenerlo, por besarlo de nuevo, por tocar su piel desnuda y verlo sin nada entre tú y él.

—Vamos, quítate esto —le apresuras, sintiendo que no puedes soltarle el botón del pantalón.

Con una mano, Alessandro te asiste.

—Sí... —celebras, deseándolo con locura.

Alessandro, se pone de pie contigo aun aferrada a él. Su pantalón se cae

dejando expuesto su pene erecto. No tiene ropa interior. ¿Por qué no se te ocurrió hacer lo mismo? Sin darte tiempo para pensar en lo que está haciendo, se inclina sobre la cama y luego te suelta en ella, dejándote caer de espalda.

—¿Qué intentas? —dices entre risas traviesas.

—Hay que darte un poco de atención —dice él, acercándose a tus labios para darte un beso.

Largo y apasionado, te va excitando más, hasta que, sin avisar, se aparta. Ahora te está besando la barbilla, el cuello, la clavícula, pasa a tu pecho... se detiene en tu pezón y comienza a succionarlo. Lo besa, lo lame, lo muerde increíblemente suave. Luego pasa al otro, mientras que con una mano continúa estimulando el anterior. Sigue así, no para, ni quieres que se detenga. Tu entrepierna se siente cada vez más necesitada, deseosa, caliente, húmeda. Te recorren escalofríos desde ahí que se van expandiendo por tu cuerpo como una onda.

Igual pasa desde tus pechos. Él los aprieta con tanta pasión que parece que los quiere para él solo. Te hace gemir suavemente. Tu respiración se agita, tu cabeza se pone en blanco. Apretando las piernas, cruzándolas una con la otra, logras estimular, aunque sea un poco tu vagina, lo que te lleva a mejorar lo que estás sintiendo ya. Justo en ese momento, sientes que una mano aparece de la nada.

Sobre las bragas, te aprieta la vulva completa, como si se tratara de un mouse de computadora. En lo que te das cuenta lo que intenta, abres tus piernas, dejándote dominar por el placer que eso te causa. Sus dedos comienzan a moverse, apretarte, jugar contigo sobre la delgada tela de tu ropa interior. Estás a punto de enloquecer: tus pezones, tu entrepierna, tu mente, el momento, él... los gemidos aumentan cada vez más, respirar no te es suficiente porque sientes que te falta el aire, te encuentras agitada.

Tu mente está en blanco, ya no escuchas más nada que el sonido de sus labios mojando tus pezones, de su respiración y de la tuya que es errática, confusa. Quieres coger algo, intentas apretar las sabanas, buscas alguna almohada.

Alessandro aparta su mano de tu vagina.

—No... —dices, entre gemidos—. No pares, por favor.

Pero te apresuraste a hablar. Casi al mismo tiempo que la aparta, la introduce entre tus bragas, haciendo así que sientas su caliente y enorme mano jugando con tu clítoris.

Gimes, elevando aún más tu voz. Comienza a darle suaves toques lo que eleva la intensidad de tus gritos.

—Sí... —exclamas.

Alessandro aumenta sus movimientos, más rápidos, más profundos. Sí, sí, así se hace, así te gusta que te toquen. Es tan increíble cómo su dedo puede llevarte tan lejos. Sientes su pene chocando con tu rodilla mientras que su mano va pasando de tu clítoris a tus labios; de que sus besos en tu pezón son cada vez más intentos al igual que el movimiento de sus dedos. No importa cómo, pero lo estás deseando, lo necesitas.

Quieres que te tome por completo, quieres que deje los preámbulos porque ya estás ridículamente excitada por él. Deseas que te apriete con más fuerza los pechos, las nalgas; que deje de jugar con tu vagina y la comience a usar como se debe, como lo deseas ¡Joder! Como en verdad debe tocarse a una mujer. Sus duras manos van jugando con tu clítoris más, más duro, más rápido. Gimes, gimes como una loca, gimes porque sientes que te va a llevar a un mundo diferente, que tu cuerpo ya no responde, que no puedes respirar, ver, escuchar o hablar. Los gritos se vuelven tu único idioma.

—Ah... uh... hum... Oh... —dices, gimes o tratas de decir.

Te tiemblan las piernas, el pecho, la vagina. ¡Oh demonios!, quieres que te lo meta, que te meta algo, que te bese, que te muerda, que te asfixie. ¡Coño! Quieres de todo al mismo tiempo en ese instante que no sabes en qué carajos pensar, qué demonios deberías estar haciendo. ¿Qué? Gritas, gritas más duro, más fuerte.

Y así como lo querías, sucede.

Justo ahí, sientes que algo entra en ti.

—¡Sí! —dices, o piensas, o gritas... no lo sabes. Pero es lo que querías.

Dos de sus dedos se meten entre tus labios y pasan al interior de tu vagina, sin esfuerzo, sin nada que los detenga.

—¡Ah! —exclamas, gimes— ¡Sí! ¡Joder! Más adentro. Métemelos —

dices, aunque se trata de sus dedos; te hacen sentir realmente bien pero no sientes que es todo lo que puedes sentir de él. Sin embargo, los comienza a mover de alguna forma que no entiendes, pero ¡Coño! Se siente realmente bien.

Suelta tus pezones y se baja rápidamente hasta tu entrepierna. Aparta tus bragas para dejar expuesta tu vagina. Ahora tiene dos dedos penetrándote y la lengua lamiéndote el clítoris.

—¡Sí! —exclamas de nuevo. Afirmas, gritas, gimes.

Sus dedos entran y salen, se mueven, se abren, se cierran, entran y salen de nuevo. Ahora son tres, y siguen haciendo lo mismo, abriéndote, moviéndote, haciéndote gritar con más fuerza. Estás volviéndote loca.

Ahora son cuatro. Entran y salen también. Tampoco deja de mover su lengua, de apretarla en contra de tu botón de placer. Lo mueve de un lado al otro, lo succiona, dibuja círculos.

—Sí, Dios... sí... Vamos... ay... sí...

Su respiración pasa sobre tu vagina húmeda como una brisa gélida que, para tu sorpresa, aumenta tu placer. Coges su cabeza entre tus manos y la intentas de enterrar contra tu entrepierna aún más. Le rodeas las piernas en el cuello. No quieres que se despegue de ti, que deje de hacerte sentir tan bien. Gritas con más fuerza, sintiendo que el placer quiere escaparse de tus pulmones y arrancarte la garganta con gemidos de locura. Paso a paso vas acercándote al clímax; o sea ¿Cómo no lo vas a hacer?

Mierda... qué bueno es en eso.

Se va elevando el placer como si se tratara de un termómetro que lentamente va acercándose a su tope.

—Sí... ahí... así. Sí. No pares... sigue, sigue...

Y, como si arrancaran una parte de tu ser, una corriente de placer estalla en tu vagina, expandiéndose por todo tu cuerpo dejándote completamente aturdida, idiotizada y satisfecha. Puede que no te haya penetrado como querías, pero con eso bastó para darte un buen orgasmo.

* * *

Alessandro, tú sientes cómo las piernas de Emilia (las cuales hasta hace unos segundos habían estado alrededor de tu cuello), se hicieron más pesadas y cayeron sobre tu espalda sin control alguno. Respira agitada así que, por lo que ves, acaba de terminar lo cual es bueno, te encanta que una mujer acabe en tu boca. Sin embargo, sientes que está un poco agotada, tal vez te pasaste un poco.

—¿Estás lista para más? —dices, tratando de encontrar alguna respuesta de ella.

Antes de que pueda responder, ya estás acercando tu pene a su vagina completamente húmeda, sabes que de todos modos va a pasar sin problemas. Crees que ella se dejará penetrar, que no tiene fuerzas para siquiera levantar sus piernas. Pero, cuando menos te lo esperas, ella reacciona.

—¡Ey, ey! —te detiene, levantando el torso mientras que se apoya con los codos en la cama—. Aun no campeón —se levanta, quedando de rodillas e irguiéndose quedando así casi a tu misma altura.

Con su mano, coge tu mene y lo jala hacia ella para que te acerques más a la cama, obligando a montarte en ella.

—Es tu turno ahora —dice, sonriendo de forma traviesa, algo que supera por completo todas las sonrisas de las cuales ya te has enamorado—. ¿Crees poder conmigo?

—Oh, mi rey... no lo pongas en duda.

Empujándote, te dejas caer sobre la cama de espalda sin quitarle la mirada de los ojos, mientras que ella se va sentando sobre ti y se inclina para comenzar a besarte.

—Es hora de desempolvar unos cuantos trucos...

Te da un beso en los labios hasta que se aparta de repente sin avisarte dejándote por completo con la boca abierta, mientras que se ríe con malicia. Ahora está besándote el cuello, y cada parte de tu cuerpo, tal cual tú lo hiciste. Se siente diferente sentirlo a que hacerlo. Que haga lo mismo te causa risa.

—Oye —te ríes, tratando de no perderte en los sutiles escalofríos que te dan sus labios rozando tu piel—, estás robándome los trucos.

—No... eres... el... único... que... sabe... hacerlo... —dice, entre besos y lamidas.

Lentamente va pasando de tu pecho a tus pezones haciéndote sentir un escalofrío embriagante. No te habían besado antes ahí, no sabes por qué no lo hicieron antes; se siente tan bien. Sin moverse de ese lugar, saca su lengua y comienza a jugar con la pequeña punta que constituye tu pezón al mismo tiempo que va apretando tus brazos, tus hombros o tu torso con sus manos, como si intentara enterrarte los dedos en la piel.

Pero no se queda mucho tiempo ahí. Sin esperar más, lame los pliegues de tu abdomen hasta llegar a tu escroto. Ahí, coge tu pene con una mano y tus testículos con la otra, mientras que abre sus fauces y le da una sutil succionada a tu glande. Es ahí cuando sientes el interior de su boca caliente, húmeda, exquisita.

—Oh... sí. —dices—. Qué rico.

Apartando tus testículos y estimulando de arriba abajo tu pene erecto, ella va emitiendo sutiles murmullos para hacer vibrar el interior de su boca. Su lengua se despliega por lo largo y ancho de tu falo, la punta, los bordes los pliegues, la piel que sobra... Emilia se va apoderando de tu sexo.

Pero no se queda allí. Succiona, succiona y succiona. Le escupe, le murmura, le habla y lo aprieta con la mano. Se lo pasa por la cara, lo besa y lo aprieta de nuevo. Incluso, se mete a la boca uno de tus testículos y tu escroto mientras que te estimula el pene con la mano, sacudiendo tu mundo como nadie lo había hecho.

De vez en cuando levanta la mirada para verte a los ojos mientras que lo tiene en la boca, dándote no solo una gran mamada, sino un buen espectáculo visual. Antes de que te des cuenta, ya está de nuevo sobre ti, hincada de rodillas sujetando tu pene con la mano. Ella ya ha tomado el control.

—¿Te gusta lo que ves? —te dice al detenerse sin avisar.

—Eres una diosa —te confiesas.

—¿Estás listo? —pregunta ahora.

—Nací listo...

Ella, deja escapar una carcajada sensual y seductora mientras que acomoda el pene en la entrada de su vagina.

—Ahí va.

Y, en un solo sentón, se deja caer sobre tu pene recibéndolo desde la

punta hasta la raíz sin ningún preámbulo.

—Oh... —dice, mientras que sientes que su vagina te abraza con afecto.

Ahí mismo comienza a mover sus caderas de arriba abajo haciendo rebotar sus nalgas sobre tus piernas. Comienza a gemir mientras se va moviendo.

—Oh... —gime— ¡Mi dios!... sí...

Y se mueve con más intensidad. Ella te rebota mientras que te entretienes apretándole las nalgas, los pechos, y verla gemir cada una de las letras del alfabeto. Emilia va desatándose cada vez más, como si la mujer que comenzaste a besar esa noche no fuera la misma que está sobre ti, apretándose los pechos y saltando sobre tu pene mientras que sus gritos se van esparciendo por toda la habitación. Se siente increíble.

—Oh sí... sí... oh... ¡Sí! —exclama mientras que con la mano va estimulándose el clítoris.

Su vagina va apretando tu pene como si quisiera asimilarlo, pero no se acaba ahí. Con cada movimiento de cadera sientes que estás un paso más cerca de acabar, lo que te mantiene en estado de alerta para no eyacularle adentro, sin embargo, ella parece tener otra cosa en mente. Sin avisarte, se levanta sacando el pene y mirándote con malicia.

Antes de que te des cuenta, ya está sosteniéndose con sus cuatro extremidades a tu lado, esperando a que te pongas en la posición que ella quiere.

—Con que estas tenemos... —dices, levantándote para acercarte a ella.

—Quiero que me lo hagas en todas las posiciones.

Esta vez contigo al mando, estás seguro que la harás acabar de nuevo y no podrá moverse. Así que, sin pensarlo demasiado, le entierras el pene haciéndola gemir de nuevo. La embistes penetrándola en un conjunto de sutileza y rudeza que la hacen gritar de pasión.

—Oh sí... dame así... —dice entre gemidos; te encanta que lo haga.

La continúas embistiendo, sacándolo y metiéndolo tal cual te lo pide. Rápido si ella lo dice, lento si te lo hace saber. Con fuerza porque te ordena que lo hagas, suave porque quiere respirar. A pesar que eres tú quien se mueve; ella, mientras que tiene la cara enterrada en la cama, no deja de decirte qué hacer. Sí que sabe llevar las riendas de su vida.

Apasionado y lleno de adrenalina, piensas que es buena idea darle el siguiente paso a esa relación. Levantando el brazo, colocas la palma en posición y le atizas una nalgada no muy dura porque sientes que primero debes establecer el campo.

—Ahí sí... dame más duro, papi.

—Woa —vaya sorpresa—. Eres una chica mala.

—Soy tu chica mala —te responde, lasciva, seductora y gimiendo.

Sin dejar de moverte, le das otra nalgada lo que la hace gemir con más fuerza. Luego otra, lo que la hace pedirte una más. Una, dos, tres... cada gemido suyo no deja de atravesarte la corteza del cerebro y hacerte querer acabar ya porque tu pene no puede aguantar más emoción, más intensidad. Con el culo rojo y rebotando, sientes que no puedes estar en un mejor lugar justo ahora.

—No pares —te pide, obligándote a seguir— ¡Sí, así dame duro!

Pero ya no estás detrás de ella, sino sobre. Con Emilia acostada en la cama, eleva las piernas y te deja ver su rostro mientras que la penetras. Tus ojos fijos en los suyos, se van seduciendo el uno al otro al mismo tiempo en que tu pene va rozando cada pared de su vagina, estrangulando tu falo y obligándola a gemir con mayor intensidad. Abrazas su pierna mientras que con la otra mano le vas apretando uno de sus espectaculares y enormes pechos. Esta mujer lo tiene todo y no puedes dejar de sentirte encantado.

Se lo sacas y metes como si no hubiera mañana. No quieres detenerte jamás a pesar de que tu pene está a punto de escurrir toda su existencia dentro de ella. Te aguantas, tratando de contar del uno al diez: «uno, dos, tres», pero ella gime, y te mira a los ojos. Se muerde los labios mientras que aprieta sus dos pechos con ambas manos; «cuatro... seis» no controlas tus pensamientos, no cuando ella está mirándote de esa forma. «nueve, uno». Qué carajos, no importa ya.

Esta vez sientes que deberás sacarlo antes de tiempo y jalártelo en frente de ella para hacerla acabar. No sabes si habrá terminado, pero sientes que no puedes más.

—Ahí, va, sí... otra vez. ¡Sí! No te detengas, no... —escucharla decir eso te excita aún más.

No puedes salirte todavía, tienes que seguir.

La embiste como se debe, aferrándote a ella, dándole más rápido, más duro. Gime con más intensidad, subiendo el tono de su voz, pareciendo que se desgarrará la garganta.

—Ahí viene, sí, sí, ¡Sí...!

Y ese último grito es suficiente para ti... ¡Sácalo! Obedeciendo a tu instinto de supervivencia, sacas rápidamente el pene de su vagina y dejas que tu semen fluya libremente sobre su vientre, su abdomen, sus pechos, su rostro... la cubres por completo sintiendo como tu corazón palpita con agresividad llegándose a sentir hasta en tu sien. Dejas escapar un suspiro de alivio para luego permitirte recostarte al lado de la mujer que acabas de llenar de tu carga caliente.

—Ya perdí la cuenta de cuantas veces acabé —dice ella, seca y llenándose de orgullo.

Tu trabajo ya está hecho y aunque no cabe duda que eres excepcional en la cama, Emilia te demostró que la que manda aquí, es ella.

Esta vez, su relación a despegado a la siguiente etapa. Sin restricciones entre los dos, las puertas del placer están abiertas para hacer crecer lo que tienen ahora. Sabes que, de ahora en adelante, estar con Emilia será una emocionante serie de aventuras completamente desafiantes. Sin embargo, lentamente, el camino al éxito se va haciendo un tanto amargo.

ALESSANDRO: UNA DECISIÓN DIFÍCIL

Sostienes la mano de Emilia mientras caminan por el centro comercial por primera vez como una pareja formalmente establecida. El tenerla al lado te da cierto confort emocional porque sientes que, en efecto, todo eso que estás experimentando es real. Pero ¿Cuándo no lo ha sido? Mientras ella te cuenta qué tiene pensado comprar ese día, tú te vas perdiendo en el sentido de sus palabras sin escucharlas del todo, sonriendo y viendo a tu alrededor de forma descuidada.

No tienes problemas, preocupaciones, nada en lo que pensar; has invertido ya casi dos meses de tu vida con esta mujer y aun te sientes completo cuando sostienes su mano. No es la primera vez que te sucede, sin embargo, parece ser la que más te gusta.

Has estudiado cada una de sus palabras como si fuera un examen para saber exactamente cómo ganarte su confianza. Aunque en realidad, esta vez, no tienes motivos para hacerlo; hasta donde tienes entendido, tu único trabajo es mantenerla ocupada por tres de los dos meses que ya has estado con ella.

¿Cómo es que habías dicho? Tus palabras exactas fueron: «Cuando cumpla ello, simplemente le diré que no la amo más y terminaremos». Ahora no estás tan seguro de eso.

Te sientes un poco extraño en comparación con otros encargos, aquí no tienes que convencerla de nada, decirle que anote a alguien en su testamento o pedirle una suma ridícula de dinero para una empresa imaginaria, una vendetta, conseguir información ni nada de eso. No tienes un verdadero propósito para estar con ella más que parecer que disfrutas la vida a su lado y, sin lugar a dudas, eso es lo que estás haciendo.

De nuevo, te das cuenta que se encuentran caminando por los alrededores del centro comercial, hasta que, un grito repentino de Emilia te detiene.

—¡Ay, yo quiero un helado! —dice ella, soltando tu mano y acercándose como una niña a la vitrina de un local de helados de yogurts.

Viéndole desde lejos, le dices:

—Pero esos no son helados de verdad, son de yogurt.

—Ya sé —te responde—, mis favoritos.

Ella se gira y te extiende la mano para que la acompañes a entrar. Una vez adentro, no puedes evitar sentirte atraído a su manera de delectarse con los diferentes sabores que venden en el lugar. No te importa mucho que el yogurt no sea un helado de verdad, o que haya personas que no conoces ahí, o que la verdad no tengas que estar haciendo nada de eso para tener una relación con Emilia... sin embargo, ahí sigues, disfrutando ver la forma en que ella se desenvuelve en la vida. Te cuesta aceptar que te gusta.

—¿Qué sabor vas a querer? —pregunta ella, interrumpiendo tus pensamientos, mientras que estudia lo que va a pedir.

—No lo sé... nunca he probado de estos.

—Entonces ¿Cómo sabes que no son helados de verdad? —te pregunta, apartándose de los expendedores de helado para interrogarte con la mirada.

—Porque están hechos de yogurt —dices—. Los helados de verdad están hechos de otra cosa... creo.

—Lácteos, o grasas, o huevo, o simplemente la fruta... todo depende — responde ella, regresando a lo suyo y sin prestar mucha atención a lo que está diciendo por ver los helados que puede elegir para combinar.

—Hum... ¿Lo sabes porque ensucia los dientes? —supones que se debe a su trabajo.

—La verdad, no, solamente lo sé porque me gusta.

Lentamente la línea para pesar sus vasos y pagar, se va haciendo más pequeña mientras que los dos discuten de manera casual cual helado van a elegir. Emilia termina pidiendo uno que tiene banana y gotas de chocolate, el cual acompañó con otro de limón y manzana, mientras que tú te conformas con uno que supuestamente sabe a fresa.

—No sabía que te fascinaba el helado de yogurt —dices mientras los dos salen de la tienda con sus helados cubiertos de toppings extraños.

—Bueno, ahora lo sabes. El mejor helado del mundo... no, mejor dicho, ¡Lo mejor en el mundo es el helado de yogurt! Y ese es mi favorito. —Dice ella, sin apartar la mirada de su postre.

—Lo mejor del mundo eres tú —le dices, de forma traviesa para luego

apretarle el culo.

Por poco haces que Emilia suelte su helado en lo que intenta sacudir tu mano para que no vuelvas a intentar tocarla.

—No... vale —dice ella, riéndose cohibida y observando su alrededor para saber si alguien los vio.

Ambos comienzan a reírse y, si bien te gusta, se te hace difícil dejar de pensar en la terrible situación en la que te encuentras. Cosa que te lleva a creer que, mientras más feliz estés, más culpa vas a sentir. Sacudes tu cabeza intentando dejarlo pasar mientras aprietas la mano de Emilia, deseando continuar tu paseo del día, aunque sabiendo muy bien que, lentamente, los días junto a ella se están acabando.

* * *

Emilia se dirige al baño mientras se va desvistiendo poco a poco hasta quedar completamente desnuda luego de llegar de la calle.

—Me doy un baño, me visto y nos vamos —dice.

—Vale —le respondes.

Dejas las bolsas sobre el enorme sofá que tiene en su sala y te quitas el saco, sin apartar la mirada de ella. No es la primera vez que la vez desnuda y aun te sientes como si lo fuera.

Puede que ya no se trate de esa mujer que se sentía apenada por su cuerpo aquella primera noche que estuvieron juntos, pero, definitivamente tiene algo de lo que no te cansas. Su nalga derecha rozando la izquierda mientras que camina al baño; sus pies de puntilla, sus piernas brillantes, sus caderas, su cintura, su espalda, su cabello; coño, no, ¡Su cuerpo entero! Y la forma en que lo mueve... Ay, por el amor a Dios... ¡Es espectacular!

No dejas de verla hasta que se pierde al entrar al baño. Ahora bajas la mirada y recuerdas que cualquier mujer es espectacular, tratando de convencerte que ella no tiene nada que no tenga alguna otra; no logras creértelo ni por un segundo. Suspiras, queriendo drenar todo lo que ella te hace sentir como si fueras una olla de presión. Quieres acompañarla.

Pero tienes otras cosas que hacer.

Aprovechando que Emilia está ocupada, coges tu móvil para escribirle a

Flavia, porque toca decirle que todo sigue marchando de maravilla ya que, a pesar de que la vayas a ver hoy, sabes que no vas a tener oportunidad de decírselo en persona. Envías el mensaje que luego borras para no levantar sospechas; no importa si no te revisa el móvil, tienes que prevenir. Pero ahora no te sientes igual que hace unos segundos. Recordar el motivo por el cual estás haciendo esto, te arruina el momento.

Levantas la mirada y tratas de pensar en otra cosa mientras que caminas a la cocina para preparar algo sencillo de comer.

—Qué fastidio—dices, aceptando que no lo conseguirás.

Como una lluvia de granizo, los detalles de tu trabajo comienzan a caer sobre tu cabeza creándote grandes moretones que no logras borrar con una simple distracción. Te molesta lo mucho que has estado pensando en eso últimamente como si en realidad importara lo que sucediera con las personas a las que intentas seducir.

—¿Qué carajos me pasa? —te dices.

De repente le escuchas cantar en la ducha lo que quiere decir que se está lavando el cabello... grandioso, más tiempo para pensar. Mientras abres la nevera, te preguntas por qué estás haciendo todo esto y si realmente es necesario, al mismo tiempo en que te encuentras tratando de convencerte de que vale la pena, de que conseguirás todo lo que siempre has querido con este trabajo y que no podrás lograrlo con ninguna otra cosa en tu vida.

Pero de nuevo piensas: «¿Vale la pena?»

Gradualmente, la voz de Emilia va aumentando de volumen, por lo que el sonido de tus pensamientos se va perdiendo cada vez más en el oscuro mundo de tu cabeza. De inmediato se te asoma una sonrisa; escucharla es lo mejor que puedes estar haciendo ahora.

—¡No me vas a acompañar! —pregunta Emilia, gritándote desde la ducha.

—Ya que insistes —dices sin ser capaz de llegar a sus oídos y abriéndote paso hasta el baño.

En la ducha, te encuentras a una hermosa mujer empapada de pies a cabeza, con una expresión traviesa en el rostro. No pierdes tiempo en quitarte la ropa y entrar con ella.

—Creí que no ibas a venir nunca —te dice, acercándose a ti lentamente.

—Estaba esperando que me invitaras.

Prácticamente sobre ti, comienza a besarte mientras que su mano traviesa se va deslizando por tu cuerpo hasta llegar a tu sexo. Sin esperar por nadie, comienza a jugar con él. A raíz de aquel osado movimiento, la abrazas con fuerza y le aprietas las nalgas que minutos atrás estabas viendo. Aquel encuentro con Emilia es la mejor terapia de olvido que tienes.

Sus labios, húmedos por el agua que está cayendo sobre ustedes, se pierden en los tuyos con un apasionado beso. Te sientes en el cielo hasta que ella se aparta de ti para hincarse y, de nuevo, demostrándote que no tiene intención de postergar lo inevitable, coloca su rostro en frente de tu pene. Con un rápido movimiento, se introduce tu sexo en la boca para comenzar a darle una mamada espectacular. Te volviste adicto a la sensación de sus labios alrededor de tu pene.

En definitiva, es la mejor actividad terapéutica jamás creada.

Tus ideas se van borrando una a una con cada beso, movimiento o succionada de Emilia. Te estás perdiendo y haces bien en eso. Te vas emocionando aún más con los sonidos que hace mientras te da una mamada; con la forma en que el agua va recorriendo su cuerpo desnudo, por cómo se ven sus pezones erectos, su cabello mojado, o la manera en que juega consigo misma mientras que te hace sentir bien. Ella es una diosa en todo.

Casual, natural y sin adornos.

Cuando menos te lo esperas, ella te coge de la mano, toma una toalla y te lleva hasta la habitación. Con esta, comienza a secarte mientras que lentamente te está tocando de manera seductora, sin apartar la mirada de tus ojos. No dice nada ni esperas que tú lo hagas tampoco. Ya seco, continua con lo que dejó sin terminar en baño, hasta que parece que quiere continuar con el encuentro. Emilia, te empuja sobre la cama aun sin apartar sus ojos de los tuyos.

—El condón —dices, tratando de buscar en la gaveta.

—Olvídalo, no me importa —dice ella, interrumpiendo su sensual silencio y sacándose tu pene de su boca.

Al cabo de unos minutos de repetirte la mejor mamada de tú vida, se levanta para sentarse sobre ti, dejándose penetrar por tu pene mientras que mueve sus caderas con suavidad y lentitud. Hoy, ella es quien decide cómo se

harán las cosas, al igual que todas las demás veces en la que has estado con ella. Sus gemidos comienzan a esparcirse por la casa de concepto abierto, embriagando tus sentidos sin ningún esfuerzo.

Aprietas sus nalgas y se las expandes esperando poder grabarte la textura en los dedos; las contraes, jalas y coges con fuerza, antes de comenzar a darle nalgadas.

—Sí... ¡Así! Dame duro, papi —dice ella luego de la primera nalgada y aumentando el ritmo de sus movimientos—. Me encantas que me agarres el culo. Sí.

Tratas de abarcarlo todo: sus pechos, sus nalgas, sus labios, sus caderas, sus piernas y su clítoris. Te turnas apretando a unos y acariciando a otros con el dedo. Emilia no deja de gemir ni escurrir sus jugos sobre tu pene. Controla sus propios movimientos y los aumenta cuando está a punto de llegar al siguiente orgasmo. Tu tratas de seguirle el ritmo, pero sin dejar que te domine por completo y hacer que acabes.

Ella se mueve como una diosa mientras que tú te quedas estático jugando con su cuerpo. No te importa, de todos modos, se siente increíblemente bien.

—Ahí, sí... sí... allá voy, allá voy... Así... ¡Sí! —gime hasta que, dejándose caer sobre ti, suspira de placer.

Desgraciadamente no has acabado.

—Eres increíble —dice ella, jadeante, a pesar de que esta vez no hiciste nada.

Ahora, ella se encuentra respirando con agitación sobre ti, dejando que todo su peso te aplaste por completo. No es mucho, de todos modos, pero, como aun no acabas, piensas que no puedes quedarte atrás en este encuentro de titanes. Así que, aprovechando que no te falta mucho para llegar, levantas un poco las caderas, le coges las nalgas y comienzas a embestirla en esa misma posición, sorprendiéndola por completo.

Te empiezas a mover rápida y brutalmente, penetrándola con todo lo que tienes, mentalizándote en acabar cuanto antes. Ella, a pesar de estar en su límite, no se contiene y vuelve a gemir con intensidad. No te detienes, no quieres hacerlo. Estás a punto de llegar y lo sabes porque sientes que tu cuerpo comienza a aturdirse poco a poco, solamente falta que le des con más

fuerza y más rápido.

Tú sigues y ella te gime al oído prácticamente gritándote, tratando de contener la respiración y haciendo los sonidos más sensuales y adictivos del mundo. Te encanta sentir el peso de su cuerpo sobre el tuyo, sus pechos chocando con tu pecho, sus piernas aferrándose a ti, sus nalgas entre tus dedos y su vagina apretándote el pene. Te estás volviendo loco, te falta el aire, se te van apagando las ideas, y aun no llegas.

Ella dice:

—Sí... ¡Qué rico! ¡Dame más! ¡Más! Soy tuya, papi, hazme lo que quieras. Cógete a esta puta... —hablándote sucio ayudándote a llegar más rápido.

Embestida tras embestida le das, hasta que, comienzas a sentir que tu cuerpo te pide acabar.

—Ahí voy —dices, agitado y con la sangre presionándote el cerebro.

—Échame dentro, papi. Lléname toda —y como si aquellas palabras hubieran tocado un botón, todo tu ser se escapó en un solo movimiento.

—Sí... —exclamas.

Sin prisa alguna, ambos se dejan caer suspirando de alivio ante aquel, aunque casual, intenso encuentro sexual. Casi como un buen dulce después de una mala cena, te hizo al dejarte sin aliento y realmente feliz. Su cuerpo, húmedo por el sudor, tiene ese perfume natural que opaca al aroma del jabón con el que se había bañado. Lo respiras como si fuera tu droga, mientras que te vas perdiendo en el sonido de su respiración

No puedes negar que te sientes extremadamente bien, algo que nunca en tu vida habías esperado llegar a sentir. No solo te encanta o te fascina: te complementa. Es una sensación que no quieres perder, a la que no puedes simplemente renunciar así. Es tan buena que sería un pecado dejarla ir. Y como si hubieras invocado el problema, regresa a ti aquello que te había perturbado una media hora atrás.

Pero aguarda, esta vez es diferente.

Mientras sientes la respiración pausada y embriagante de Emilia, te das cuenta que no hay manera de escapar de tu terrible destino. De alguna u otra forma, con o sin el dinero, tienes todas las de perder con ella; al final, tendrás que dejarla ir sin poder resolverlo, aunque, en un curso de acción más que en

otro, puedes hacer que sufra menos.

Puede que las cosas no estén saliendo como lo esperabas en un principio, pero, con esta mujer sobre ti, sientes que es la mejor decisión que puedes tomar. Suspiras, convencido de tu nueva resolución.

—Que tedio... no me quiero levantar —dice Emilia, tomando aire y reaccionando a tu suspiro.

—No lo hagas, no tenemos por qué ir —dices, tratando de hacer que se relaje un poco.

—Nah... sí tenemos... ya le dije a mi hermana que estaba saliendo de la casa. Seguro nos está esperando en la puerta. —Se deja caer de nuevo sobre ti, como si se estuviera quedando dormida.

Se formula por sí sola la idea en tu cabeza, vaga y confusa pero lo suficientemente oportuna como para que entiendas qué es lo que intentas. Puede que estar con Emilia en el futuro no sea posible, pero, si sigues con ella ahora, no tendrá su herencia y le habrás arruinado la vida. Su respiración, va adornando tus pensamientos con un sutil peso relevante para que decidas con convicción.

Darle un fin a todo eso, es algo que tienes que hacer.

FLAVIA: ATENERSE AL PLAN

—¿Se les ofrece algo más? —dice Nadia, acercándose con las copas de coctel que le pediste.

—No, estamos bien —dice Carl—. Muchas gracias.

—Está bien —responde ella, para dejar de hablar y darte la impresión de que ya se fue sin decir más nada, como siempre lo ha hecho: en silencio y tan rápido como aparece.

Crees que no quieres pedirle más nada, pero, antes de sentir que se va del todo, recuerdas...

—Nadia —le detienes, apoyándote de codos en la silla de playa y quitándote los lentes de sol para verla mejor.

—¿Sí, joven Flavia?

—Mi hermana ¿No ha dicho por dónde viene?

—No señora, la última vez que avisó, apenas iba saliendo de su casa.

Que fastidio con tu hermana, otra vez haciéndote esperar.

—Está bien —dices— por fa... avísame cuando llegue.

—Vale, joven Flavia.

Recostándote de nuevo en la silla, te colocas los lentes y dejas escapar un suspiro de cansancio. Tu hermana no deja de hacerte irritar.

—¿Todavía con eso? —dice Carl. Ya sabes hacia donde se dirige.

—Es que siempre llega tarde. No sé por qué es así —dices, harta.

—No sirve de nada que te molestes por eso; no porqué lo hagas va a llegar más rápido. —Te responde Carl, completamente calmado.

—Pero es que... —sabes que tiene razón por lo que ahogas tus palabras en un gruñido de frustración.

—Vamos, querida, no te molestes.

Carl no se mueve de su silla, ni deja de sorber su bebida a excepción de los momentos en que te va a responder. De cierta forma, sientes que deberías exasperarte por ello, pero es precisamente esa misma cualidad suya de imperturbabilidad, una de las cosas que más te gustan de él.

—Te odio —le dices.

Él casi se ahoga con el sorbo de su coctel a causa de una risa repentina.

—¿Ahora por qué me odias? —dice, sin dejar de sonreír.

—Porque estás ahí, todo calmado. Cuando sabes muy bien que Emilia viene con el tipo este. Y no sé cómo se supone que debería actuar y tú, en cambio, sigues sin hacer algo al respecto. —Le reclamas.

De nuevo, él se ríe.

—¿Y qué se supone que debería hacer? Yo no te dije que hicieras nada de esto —se gira un poco para verte—, fuiste tú quien se metió en este enredo.

—Pero ayúdame por lo menos. —Le pides.

—Bueno, eso es lo que intento.

—¡Haciendo qué! —preguntas, sin ver exactamente qué es lo que está haciendo para ayudarte a resolver todo eso.

—Tratando de conseguir que te calmes de una vez —responde, con una sonrisa e intentando no reírse.

Disgustada, cruzas los brazos queriendo lanzarle el vaso a la piscina para que deje de sorber como un idiota, que, aunque no se vea como un idiota haciéndolo, te irrita que no esté tan estresado como tú.

—Te odio —dices de nuevo y él solamente se ríe.

Carl, se sienta, dejando al fin su vaso con la mitad de la bebida en él y te dice:

—Pero es verdad; tienes que calmarte. No logras nada estresándote por algo tan insignificante como eso —vacila, mientras que tú te haces la dura para no verlo—. Alessandro ya te dijo que todo marcha bien, que ella está cada vez más comprometida con la relación y que para el final del mes ya estarás tranquila con toda tu cochina fortuna. Así que no veo cuál es tu estrés.

Sin entender por qué él no entiende tu estrés, te giras y levantas los lentes de sol para verlo directamente a los ojos.

—Pues porque va a venir, te va a ver y seguro va a empezar a hacer preguntas.

—¿Y eso qué? —dice con una sonrisa despreocupada en el rostro— ¿Cuál es el problema de que haga preguntas? Además ¿Qué preguntas crees que va a hacer? No es como que sepa algo al respecto.

—No lo sé —dices, sin saber cómo explicarle que el que ella se entere de su existencia, podrá arruinar el plan. Tampoco estás segura de cómo sucederá, pero lo hará, y de eso sí estás segura—. Pero va a pasar, lo sé.

—¿Pasar qué? —Pregunta Carl, insistiendo con vehemencia que no te entiende por completo.

—¡Qué se va a enterar y va a arruinarlo todo! Le dirá al abogado que yo también tengo una pareja, y seguro hará algo para quedarse con mi mitad de la herencia.

—Si te preocupa tanto, por qué simplemente no le cuentas a tu hermana, renuncias a todo esto y te quedas solo con la mitad de tu herencia. ¿No te parece buena idea?

Aquella respuesta, hace que te levantes y te sientes en la silla casi de inmediato. ¿Cómo se le ocurre decirte semejante barbaridad?

—¿Estás loco? Ya he llegado muy lejos como para renunciar como si nada.

Carl, despreocupado como siempre, coge de nuevo su vaso y se deja caer sobre la silla.

—Solamente te digo. Cada vez parece que estás más y más insegura de todo esto —te dice él.

—Claro que no —no puedes dejar de verlo intensamente, deseando que se dé cuenta que intentas asfixiarlo con la mirada—. Solamente estoy nerviosa porque el final de los tres meses se acerca cada vez más.

Carl, da un largo sorbo a su bebida, llenándose más de desesperación. De nuevo, dejas escapar un gruñido de frustración.

—¿Por qué tienes que ser así? —exclamas.

Carl, respira profundo, se termina su bebida y deja el vaso sobre la mesa. Sentándose de nuevo y quedando esta vez frente a ti. Ahora, te mira a los ojos y, con su mejor cualidad de entereza, comienza a hablar.

—Mi vida... tú y yo sabemos que no sirve de nada pensar demasiado en eso—dice él. Aquí, tratas de abrir tu boca para decirle que no, que no lo sabes y que no quieres no estresarte... pero él te interrumpe, anticipándose a tu respuesta—; no... déjame hablar por un segundo.

Te resignas.

—Tal vez sea un poco difícil dejar pasar algo tan complicado como

arruinar la vida financiera de tu hermana al hacerla que se enamore de un tipo al que le piensas pagar por ello.

La forma en que él lo dice, hace que suene peor de lo que realmente es.

—Pero —continúa Carl—, como ya te he dicho varias veces: si piensas que es lo correcto y estás realmente segura de eso... —toma tus manos entre las suyas y las aprieta con suavidad— yo te voy a apoyar, sin importar qué, ni cómo, ni cuándo. Pero... si te sigues estresando, y no te mantienes firme en tu deseo de conseguir esto, entonces mi deber es decirte que hagas lo que creas correcto y, o, que no traiciones tus ideales.

—Pero es que... —intentas defenderte, diciendo por qué parece que tienes dudas. Aunque de nuevo te interrumpe.

—Sí... yo sé que no es fácil y que no sabes cómo vas a encarar a Emilia hoy.

—Pero, ¿Y si el tipo este lo arruina todo y nos expone a todos...? —sientes que todo lo que pueda salir mal, saldrá mal.

—Con calma. Tu sabes que Alessandro no es nuevo en este tipo de trabajos, él mismo te lo ha demostrado ¿Verdad? —dice él, con suficiente razón.

De nuevo te resignas.

—¿Verdad? —repite, esperando a que le respondas.

—Sí...

—Exacto. Y... ¿Qué crees que vas a conseguir preocupándote entonces? Si ella me hace preguntas ¿Qué importa? No por eso se va a enterar, además, Alessandro va a saber comportarse. Su papel se supone que es: ser el novio de tu hermana. Así que, no es como que lo tenga difícil porque, hasta donde tengo entendido, eso se supone que es por ahora.

Ayudándote de nuevo a calmarte, Carl parece tener un punto... de nuevo.

—Así que, mientras sientas que todo esto que estás haciendo está bien y vale la pena, entonces, hazlo y sigue adelante, pero —y con su dedo levanta tu quijada—, estando realmente segura de que eso es lo que quieres. Sin dudar, sin pensarlo dos veces. Tienes que estar decidida, de lo contrario, ¿Por qué sigues haciendo todo esto?

Perdiéndote en sus ojos color miel, te sientes a gusto de tenerlo contigo.

—Joven Flavia —interrumpe Nadia—, la joven Emilia está entrando a la propiedad.

Al escuchar eso, se te escapa una sonrisa, sintiendo alivio por no tener que esperar más por ella.

—Gracias Nadia —dices, consiguiendo una excusa para apartarte de la encantadora mirada de Carl.

—De nada, joven.

—¿Ves? —dice él—. No tenías por qué preocuparte.

Ahora, solamente falta que subas a tu habitación, te cambies y recibas a tu hermana. ¿Un almuerzo? Sí que es raro que quiera comer contigo, pero, después de todo, te servirá para saber de primera mano el estado en que se encuentra su relación con Alessandro. Es crucial estar segura de que, bajo ninguna circunstancia, las cosas se saldrán de control. Eso es lo que esperas.

Levantándote de la silla, le extiendes la mano a Carl con una sonrisa en el rostro y una nueva resolución. Puede que sientas un poco de duda, pero con lo que te dijo él, esperas que las cosas se resuelvan.

—Vente, vamos a cambiarnos.

Carl, te sonrío de regreso, porque sabe que la mujer segura que le gusta, ha regresado; así lo sientes.

—Esa es la Flavia de la que me estoy enamorando.

* * *

—Mucho gusto, me llamo Alessandro —dice él, extendiendo su mano para fingir que te ve por primera vez. No puedes dudar que, para no ser cierto, es bastante convincente.

—Mucho gusto, soy la hermana de Emilia, Flavia —le respondes, con el corazón en la garganta y fingiendo una sonrisa. No quieres que tu hermana se dé cuenta.

—Emi me ha contado mucho de ti, es bueno conocerte por fin —dice él.

Al mismo tiempo, con Carl al lado y Emilia al frente, estos dos se presentan por primera vez.

—Hola, me llamo Carl —dice, estrechándole la mano a Alessandro—

mucho gusto. Soy el novio de Flavia.

Tu hermana no puede evitar ocultar la cara de asombro.

—El gusto es mío —responde Alessandro, mirando con curiosidad a Carl. Sabes a qué se debe esa mirada porque sabes que él sabe que ninguna de las dos debería tener pareja y, sin embargo, ahí están.

—Y tú debes ser Emilia —agrega Carl— es un gusto conocerte por fin —sonríe él, siendo realmente educado con tu hermana.

—El gusto es mío —dice ella, entregándole la mano para que la apretase —; no sabía que mi hermana tuviese un novio.

Se ríe, como si fuera algo gracioso. De igual forma, Alessandro se ríe, Carl se ríe, lo que te obliga a fingir una sutil risita también.

—Sí, bueno, soy un secreto de estado —bromea él, si estar muy lejos de la realidad.

De nuevo, todos se ríen. Los nervios no te dejan tomar la situación con calma como le prometiste a Carl que lo harías. Sin embargo, ahí estás, intentando, esperando, fingiendo estar bien en lo que va de día, con la esperanza de que nada se salga de control.

—Bueno... ¿No vinimos a comer? —dice Alessandro, tratando de hacer avanzar la conversación al comedor.

Lo que más te incomoda es que, tres de las cuatro personas ahí detenidas en el porche de la mansión de tu difunto padre, saben lo que está sucediendo en realidad en ese encuentro. De nuevo, todos se ríen, llevándote a fingir estar de acuerdo. Carl los invita a pasar a todos, actuando como el anfitrión de la casa ya que tú sigues pensando en la fatalidad de tu plan.

Comienzan a caminar.

Mientras vas siguiéndoles el paso a todos desde atrás, no puedes evitar notar que Emilia y Alessandro van tomados de la mano sin ninguna razón en aparente. Ella, está siguiéndolo a él sin soltarlo, como si se fuera a perder o algo por el estilo. Aunque te parece curioso, tratas de no darle la importancia adecuada para no pensar demasiado en eso.

¿Qué puede significar? ¿Por qué lo hace? ¿Lo harán todo el tiempo? ¿Cuánto tiempo se la pasan juntos? Fracasas en no hacerte preguntas. Lo que te lleva a sacudir tu cabeza con la intención de que también suceda lo mismo con

tus ideas: esperar que se vayan a un rincón de tu cabeza y no vuelvan más. Aunque solo consigues hacer que las palabras de Carl se asomen de manera furtiva:

«Si te preocupa tanto, por qué simplemente no le cuentas a tu hermana, renuncias a todo esto...» junto a su «solo digo» cuando sabes que no «solamente dice» sino que te está estudiando, analizando, masticando y escupiendo con aquellas palabras porque tú sabes que él no es un tipo que «solo dice». Sabes que es un tipo que sabe, que entiende y que nunca dice nada en lo que no sienta que tiene la razón, cosa que, cuando lo hace, casi siempre la tiene.

Pero no te das el lujo de permitirle ganar esta batalla, no mientras que el largo camino de la puerta al comedor se te hace más eterno de lo que es. Sientes, y quieres estar segura de eso: que ese nerviosismo que se apodera de ti no es más que la anticipación a que todo salga bien. Quieres poder conseguir que tu plan resulte para poder vivir más o menos como estás acostumbrada a hacerlo porque no te parece que te quiten todo lo que alguna vez tuviste.

Además ¡Emilia no quiere el dinero! Ya ha sido muy clara con respecto a eso durante mucho tiempo y también cuando le intentaste decir que fuera a la lectura del testamento. A ella no le importa ¿Por qué habría de importarle entonces una simple mentirita? No estás matándola, ni dejándola «en la bancarrota» como dice Carl, porque a ella le va más que bien en su trabajo como odontóloga. Tiene comerciales, afiches, vallas publicitarias, de todo... no es cualquier persona sin recursos que conozcas; así que unos cuantos ceros menos a su disposición no la van a matar ni dejar en la pobreza.

—¿Y en donde se conocieron? —dice Carl, de repente, mientras caminaba al comedor que estaba en el otro extremo de la casa (uno de tantos).

—Ah, bueno, es una historia graciosa —dice Alessandro, actuando como el novio apasionado que se supone debería ser. Qué bueno es en esto.

—¿Ah sí? —dice Carl, entre sorprendido y encantado, girándose un poco para ver a los dos enamorados—. ¿Y cómo va?

Carl, se comporta de la misma forma en que tú quieres hacerlo y hace las preguntas que tú quieres hacer.

—Bueno, la verdad es que todo fue una simple casualidad al principio —

dice Alessandro.

—¿Así le llamas ahora? ¿Casualidad? —reclamó Emilia, con cierto tono jocoso.

Alessandro se ríe como si le hubieran encontrado con las manos en la masa y corrigió.

—Bueno, la verdad es que la había estado viendo mucho por la ciudad y me parecía realmente atractiva —dice él, riéndose un poco.

—Sí, propio de un acosador —afirmó Emilia.

Lentamente se iban acercando al comedor que estaba en el patio de la casa.

—¿En las vallas y eso? —pregunta Carl, ahora caminando al lado de los dos. Tú, en cambio, sigues atrás, en silencio, sin ánimos de querer formar parte de la conversación, aunque nutriéndote con ella.

—Sí, exactamente —dice Emilia.

—¡Es que, o sea! —llama la atención Alessandro— ¡Está prácticamente en todos lados!

—No grites —Emilia, lo sisea para que haga silencio y Alessandro actúa como un perro regañado.

—Vale... —y repite— pero es que prácticamente está en todos lados. No se me hizo nada fácil dejarla pasar ¿Sabes? Estamos hablando de una mujer extremadamente hermosa que tiene una imagen de su rostro casi del tamaño de un autobús.

Desde atrás, ves cómo Emilia se encoge un poco al escuchar sus palabras, tomándose aquello como algo extremadamente romántico.

—No bueno, no es la única que tiene esas cualidades en la familia —dice Carl, contradiciendo a Alessandro y mirándote de reojo con mucha sutileza.

Exactamente como hizo tu hermana, haces tú, sintiendo que es algo extremadamente romántico. Incluso robándose las líneas de los demás te hace sentir así.

—Ah bueno, eso es otra cosa —dice Alessandro, riéndose al notar su intención—. Aja, sí, como te seguía diciendo...

—Entonces llegó a mi consultorio —le interrumpió Emilia—, sin tener una verdadera razón para ir y comenzó a coquetearme.

—Vaya... directo al grano —dice Carl.

La imagen mental que te haces con todo eso, sabiendo lo que sabes, te hace sentir un poco incomoda. Alessandro, estando contratado por ti para seducir a tu hermana, ¿Fue directo al grano para hacer lo que él llama «ganarse su confianza», con una excusa tan simple como: «me gustó cómo se veía en las publicidades de su clínica»? Te perturba la idea de que Emilia haya caído en eso.

—Entonces, ahí pasó todo. Se enamoraron y ya... —resume Carl, tratando de sacarles información.

Exactamente lo que le preguntarías tú. Aunque claro, él lo hizo con un tono más amigable.

—Oh no... —dice Alessandro, riéndose y negando con la cabeza—; nada que ver.

Ya salieron por el otro extremo de la casa; llegar hasta la mesa será cuestión de tiempo.

—A penas intenté algo con ella, me rechazó... —dice Alessandro.

—Es que, o sea: es un completo extraño que te dice que quiere salir contigo ¿Qué esperas que haga? —explica Emilia, viendo ahora esa misma historia con cierto toque de comedia, bajando las escaleras.

Tanto tu hermana como tú, ven al suelo para no caerse.

—Sí, bueno, y no dudó en decírmelo —continúa Alessandro—, así que, tomando eso como una excusa, decidí ir todos los días después de ese, para contarle todo lo que podía de mí y así dejar de ser un extraño para ella. Día tras día fui a su consultorio con un regalo y un dato curioso sobre mí.

Carl, comienza a reírse un poco alto; parece que lo encontró un tanto gracioso. En efecto, si unes este curso de acción con el otro, consigues que es bastante interesante el modo en que Alessandro abordó el asunto. No te parece tan mala idea si, esa misma idea, consiguió resultados.

Emilia y Alessandro intentan reírse también, aunque menos alto que Carl.

—Así que no se enamoraron a primera vista —dice Carl.

—No, sino como a la... —intenta decir Emilia, antes de que Alessandro le interrumpa.

—A la cuadragésima segunda vez. —Dice Alessandro, con orgullo.

Incluso te parece que levantó el pecho para decirlo.

Tanto Emilia como Carl se ríe de la forma en que lo dijo, tan pausado, tan elegante y orgulloso.

—Woa, que palabra tan complicada —dice Emilia, entre risas, burlándose de él— ¿Cuándo la aprendiste?

—Ja, ja, ja... muy graciosa.

—Hacen una linda pareja —dice Carl, interrumpiendo su cursi pleito. De nuevo, dándote la impresión de que tiene razón.

Llegaron a la mesa y todos comenzaron a sentarse. Alessandro aparta la silla como todo un caballero, mientras que Carl hace exactamente lo mismo que él, solo que este, acercándose con sutileza por tu hombro derecho, te susurra:

—Eres una preciosura...

De la nada, sin contexto, solamente lo dijo y consiguió que sintieras un escalofrío que te dobló el cuello. Sonreíste encantada intentando ocultarlo de los demás, aunque no lo hiciste muy bien.

—Y, ustedes cómo se conocieron —dice Emilia.

Levantas la mirada y te encuentras con que ella está viendo fijamente en tu dirección, por lo que supones que acababa de ver cómo le sonreías el gesto a Carl. No te esperabas que lo hiciera, por lo que no tenías preparada ninguna respuesta. Mientras, él se está sentando a tu lado llevándote a voltear instintivamente.

—Este... ahm... —dices—... bueno.

Carl, te mira a los ojos. Los dos saben muy bien cómo se conocieron. Pero, por tu parte, no sabes si es apropiado decirles a ellos... bueno: a tu hermana... que lo hiciste el día del funeral de tu padre. Sin embargo, él se te adelanta.

—Bueno, nos conocimos en un funeral —dice Carl, confundiéndote por completo. De inmediato, te giras para ver la expresión de Emilia, que, al igual que tú, hizo lo mismo y, ahora, te está mirando.

Te mira con confusión, levantando la ceja y analizándolo todo más rápido de lo que parece. No quieres saber lo que está pensando, pero sientes que con eso la has ofendido. Por lo que intentas darle una explicación, algo que no

habrías hecho antes.

—Bueno... —intentas comenzar a explicar.

—Sé que suena un poco feo —continúa Carl, interrumpiendo tu intención de explicarlo todo.

Con eso, consigue que Emilia deje de mirarte, quien evidentemente buscaba una explicación con su mirada al enterrar su pupila en la tuya.

—Pero es que ahí fue en donde nos conocimos —dice Carl, sonriendo con decoro, tratando de no parecer un tipo desconsiderado—. Asumo que ya saben a cuál funeral me refiero.

—¿Y cómo fue eso? —dice Alessandro, de repente; se te había olvidado que estaba ahí.

—Bueno, yo soy periodista —acota él— y resulta que tenía que cubrir el funeral de una figura pública extremadamente millonaria que acababa de fallecer, por lo que se me concedió el permiso de ir al funeral.

—Así que fuiste tú quien escribió en el periódico sobre él —dice Emilia, un poco tensa; ¿o es que acaso tú la percibes así?

—Sí... el mismo. Y bueno, en ese entonces no conocía de rostro a Flavia... —continúa Carl—, por lo que me le acerqué ese día creyendo que era una persona cualquiera que estaba prestando sus respetos por el difunto en el funeral. Ya que había tantas personas, uno simplemente no se daba cuenta de eso ¿Saben?

De cierta forma sientes un poco de alivio al no ser tú quien esté contando la historia, aunque te estás dando cuenta que desde que llegaron no has dicho más que dos simple palabras. Y la verdad, ninguna tuvo propósito alguno.

—Yo no me esperaba conseguir a nadie ese día tampoco —dices al fin, atrayendo la atención de todos—. Pero fue algo repentino. Aunque todo se quedó ahí... Ese día solamente hablamos un poco durante la fiesta que papá pidió que hiciéramos...

—¿Tú padre tuvo una fiesta de funeral? —dice Alessandro sorprendido. No sabes si es de verdad o no.

—Sí... papá tuvo una petición muy extraña con esa fiesta —dice Emilia.

—Sí... —le apoyas, para luego continuar con tu versión de los hechos—: mientras que no tenía que agradecerles a todos por su presencia y recibir sus

palabras de apoyo, él se quedó conmigo haciéndome compañía durante todo el día hasta el final, y pues, me hizo sentir bien con su presencia. A los días nos vimos y luego comenzamos a salir a comer para, no sé... pasar el rato. Y pues, una cosa llevó a la otra y aquí estamos.

Miras de manera romántica a Carl, para luego agregar:

—Sin adornos, ni demostraciones alocadas. Simplemente compartimos y eso nos gustó.

Con eso, sientes que calmaste un poco a Emilia con respecto a su respuesta de hace unos minutos. Mientras, Nadia se acercó a ustedes, aliviando un poco el ambiente que lentamente estabas comenzando a sentir un tanto tenso.

—Joven Emilia, joven Flavia; la comida está lista —dice ella.

Como Emilia es la hermana mayor, es ella la que le responde.

—Oh, gracias, Nad...

—Ya la están preparando para traerla —dice Nadia.

—Está bien —dice tu hermana, sonriendo y asintiendo con la cabeza—, estaba muriéndome de hambre —bromea.

Nadia, no dice más nada y simplemente se retira, dejándolos de nuevo a ustedes cuatro solos. Al poco tiempo, tal cual había dicho, la comida comienza a llegar a la mesa. La conversación que estaban teniendo se ha detenido para que puedan recibir en silencio, y con cara de admiración, a los criados que están entregándoles sus platos. Cuando terminan de hacerlo, parece que no hay otra cosa mejor qué decir. Pero, a pesar de eso, tú sientes que necesitas saber más sobre su relación; conocer cada detalle es crucial para que todo salga bien.

—Pero sí —dices sin quitar la mirada de tu plato y tratando de sonar casual—; se nota que ustedes dos hacen una hermosa pareja.

—Si bueno —dice Emilia, fijándose en ti—. Todo lo hace Ale... pero ustedes no se quedan atrás. —Sonríe—, ustedes dos, tortolos; se ven muy adorables juntos.

—¿Qué? ¿En serio? —pregunta Carl, para luego reírse—. No, vale. Somos una pareja normal.

—Sí... me alegra mucho que hayas encontrado un buen hombre —te dice Emilia, mirándote directamente a los ojos.

Justo en ese momento, ella suelta el tenedor que sostenía con la mano izquierda, sin apartar la mirada de ti, para coger la mano de Alessandro, queriéndote decir: «Sí, yo también encontré a mi persona ideal». Un golpe bajo.

—Ay, gracias —dices, fingiendo una sonrisa, haciendo lo mismo que hizo ella con la mano—. Es un gran hombre, no podría estar más contenta de estar con otra persona.

—Y cuántos años tienes, Carl —pregunta Emilia.

—Veintinueve —responde.

—¿En serio? Creí que eras más joven —dice, asombrada—. Como estás con Flavia, yo pensé que...

—¿Qué tenía mi edad?

—Sí, exactamente. No esperaba que te llevara tanto tiempo. —De pronto, sientes que está a punto de hacer un drama.

—Pues no es tanto... tan solo nos llevamos cinco años. A penas y se nota la diferencia.

Miras con severidad a tu hermana, esperando que entienda que no quieres discutir al respecto. A raíz de eso, tras unos segundos matándose mutuamente con los ojos, ambas bajan la mirada, estando de acuerdo que no es el momento ni el lugar para hacer eso, quedándose completamente en silencio. Al paso de los minutos, prefieres comer sin ser perturbada. Mientras menos piensas, más te vas calmando, consiguiendo mejorar el ambiente que rodea la mesa.

Carl te hace sutiles gestos de vez en cuando para llamar tu atención y hacerte reír o darte de probar de su plato, algo que ya están acostumbrados a hacer. Te sientes tan bien que, lentamente, vas olvidando el por qué estabas preocupada en primer lugar. Aunque, con todo y eso, piensas que puedes estar molestando a tu hermana y a Alessandro con tus demostraciones de amor; por lo que se te ocurre la brillante idea de ver en su dirección. Todo estaba bien hasta ahí.

Para tu sorpresa, Emilia está haciendo lo mismo con Alessandro. La forma en que se comportan, es tan natural, tan propia de dos personas que, de hecho, se quieren demasiado, que, por un segundo, te da un mal sabor de boca. Se alejan del mundo, se perciben felices, completos, imperturbables. Te da la

impresión de que se siente exactamente como tú. Eso es malo.

Te nace el deseo de interrumpirlos.

—Como quisiera que papá estuviera aquí para comer esto... —dices, porque sabes que con eso llamaras su atención.

Lo consigues. Emilia, interrumpe las demostraciones de amor que tiene con Alessandro para acompañarte en tu lamento y asentir con nostalgia.

—Sí...

—A él le habría gustado mucho esta comida —respondes.

Emilia, baja la mirada para ver el plato con melancolía dejándose llevar por la memoria de tu padre. Mientras que te sientes completa por haber frustrado el momento emotivo de tu hermana con su pareja, Alessandro te mira a los ojos, queriendo llamar tu atención. Lo que faltaba. Con la mirada y moviendo los labios, te indica que quiere hablar contigo en privado, a lo que te niegas sin emitir ningún sonido.

Ambos, comienzan a intercambiar palabras en silencio en donde intentan debatir si lo que se va a decir es importante o no. En cuanto a ti, no te parece importante conversar de eso justo ahora, ya que con lo poco que han hablado ya sabes cómo van las cosas. Sin embargo, él insiste. Continúas negándote y él forzando su mirada para que aceptes.

Al momento, Carl se aclara la garganta haciendo que se detengan.

—Pero no es momento para pensar en eso —dice Emilia, recuperando lentamente su compostura.

Le das una última mirada a Alessandro quien, con la última palabra, te dice que tiene que hablar contigo.

—Tienes razón, él no habría querido que nos la pasáramos sintiéndonos mal por su muerte —agregas, sonriendo con convicción.

Para cuando el almuerzo se acaba, ya han intercambiado una que otras palabras intentando no dejar morir la vibra de la reunión. Más calmada, interactúas con casi todos sin ningún problema, tratando de mantener la mente fría, aunque, cada vez que te topas con la mirada insistente de Alessandro, no dejas de pensar en porque querrá hablar contigo. Terminado el postre, se ponen de acuerdo en mover la reunión a la sala de la casa, esperando poder pasar un rato más tranquilo sentados con comodidad.

—Alessandro quiere hablar conmigo —le dices a Carl, entre dientes, mientras que caminan a la casa.

—Sí, ya me di cuenta —dice él.

—Necesito que distraigas a Emilia para saber qué demonios quiere —dices, sintiéndote irritada.

Carl te mira dubitativo, como si estuviera juzgando tu comportamiento.

—¿Qué? Necesito que no se dé cuenta que estamos hablando.

—Sea lo que sea no te vayas a molestar —dice Carl, viéndote por última vez con severidad para luego adelantar el paso y detenerse junto a tu hermana.

Te deja sin ser capaz de responderle, por lo que te sientes cohibida. Sin embargo, te concentras en no prestarle atención y te acercas a Alessandro, con la intención de ir directo al grano.

—¿Qué quieres? —le preguntas.

—Necesito hablar contigo —susurra.

—Sí, ya sé... ¿De qué quieres hablar?

—Pero no aquí, en privado —susurra de nuevo.

—Si no quieres levantar sospechas, mejor di qué demonios necesitas decirme ahora o no lo haces —le respondes con severidad.

—Pero... —vacila—... está bien.

Mientras que Alessandro, resignado, deja escapar un suspiro, te fijas que Carl se va adelantando poco a poco con Emilia para darles más privacidad.

—Apresúrate —le das un sutil golpe con el codo—, que no tenemos mucho tiempo.

—Vale, vale...

—Habla pues... ¿Qué es tan importante que tienes que decírmelo ya?

—Es sobre Emilia... —dice Carl, antes de hacer una pausa larga, como si estuviera buscando fuerzas para hablar—. Ya no quiero trabajar para ti, estoy pensando en contarle todo a Emilia. Creo que no deberíamos seguir con esto.

Aquellas palabras te caen como un balde de agua fría, siendo capaz incluso de hacerte detener en seco. Sin darse cuenta, Alessandro sigue caminando.

—¿De qué estás hablando? —preguntas. Él se da cuenta que no estás a su lado y se detiene para darse la vuelta.

—Que no creo que debamos seguir con esto... —repite.

Te acercas a él en un arranque de furia. Ambos se quedan detenidos a mitad del camino, desafiándose uno al otro con la mirada. No te dejas intimidar por su tamaño y no dudas ni un segundo en amenazarlo.

—Ni se te ocurra decirle una palabra a Emilia ¿Me escuchaste? —le adviertes.

—Tenemos que decirle —responde él, ignorando tu advertencia—. No me parece justo que sigamos haciéndole esto...

—Me vale madres lo que es justo para ti o no... —le interrumpes—, ni siquiera me importa por qué demonios le quieres decir...

—No quiero hacerle daño...

—Pues ya es muy tarde, campeón —le interrumpes de nuevo—. Ya van dos meses que estás jugando con ella; si le dices, todo se va arruinar y, por si no te has dado cuenta, tienes el pie tan metido en el barro como yo. ¿Qué esperas conseguir diciéndole? ¿Ah?

—No estoy jugando con ella... yo.

—¿Tú qué? ¿Ah? Ahora me vas a decir que te estás enamorando ¿Es eso?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Alessandro, creyendo que no era obvio ya.

Te ríes sarcásticamente, apartándote un poco de él para agregarle más intensidad a tu burla.

—Oh, por favor... mi amor. Se te ve a un kilómetro que estás loco por ella —aseveras, aun sonriendo con sarcasmo—. Primero creí que eras un muy buen actor, pero no... —exageras el gesto— ahora me doy cuenta que no es así.

Alessandro no se muestra cómodo con la forma en que lo estas atacando, vacilando no solo con su mirada sino con las pocas palabras que es capaz de decir:

—Yo... no... quiero que se quede sin nada, no me parece.

—¿Ya no te dije qué pienso acerca de lo que te parece o no? ¡No me importa! ¿Entendiste?

—Pues te guste o no, le voy a decir —dice, de repente, levantando la mirada, la voz y encontrando valor de donde no lo tiene.

No sabes por qué se le hace tan difícil hablar, cuando no se ve como un tipo tímido. Sin embargo, sabes que no tienes nada realmente en contra suya

para evitar que lo arruine todo diciéndole a Emilia. Tratas de hacer memoria de todo de lo que alguna vez has tenido conocimiento esperando poder encontrar algo convenientemente útil para lo que, se supone, deberías hacer.

—Pues si le dices yo... —y te quedas ahí.

—¿Tú qué? —Te desafía Alessandro soberbio e insolente—; si ya le habré dicho.

—Pues más te vale no hacerlo, porque de lo contrario, te demandaré. — Dices, si siquiera pensar muy bien al respecto.

—¿Demandarme por qué?

—Pues... por intento de fraude.

Alessandro, se ríe de ti sin ver el panorama completo. Por tu parte, no estás segura de si eso es siquiera posible, pero piensas que no hay mejor idea que esa. Tal vez no sea del todo convincente, pero sabes que una demanda tiene sentido y no dudas en hacérselo saber.

—Sí... por fraude —repites—; puedo decir que intentas acercarte a ella para tomar control de su herencia, aprovecharte de su inocencia, casarte para tener su dinero, porque quieres robarle algo o qué se yo... por lo que sea.

—Eso ni siquiera tiene sentido, nadie te va a creer —se defiende, un poco dudoso, sin darse cuenta de su error—. Además, yo sé que el testamento la defiende de eso. En tal caso no se quedaría con el dinero.

Te apartas un poco, segura de que tienes las de ganar. Y aunque él tiene razón en eso, sabes que tienes más evidencia en su contra.

—¿Eso crees? ¿Qué nadie me va a creer? ¿Y a ti sí? ¿En serio? ¿Al tipo que se gana la vida estafando a mujeres? —le dices—; tal vez mi hermana tenga con que defenderse, pero las otras mujeres a las que les has robado no.

—No le he robado a nadie —se defiende.

—¿En serio? Y «cobrar por manipular a mujeres indefensas», ¿Cómo le llamas a eso? ¿Caridad? Porque si te acercas a alguien para quitarles algo mientras juegas con sus sentimientos; a mí me parece que estás haciendo algo malo. No sé —vacilas con sarcasmo—, puede que si conseguimos que alguien te delate y diga que le hiciste daño... puede que salgas mal. ¿No lo crees?

Tu mirada, desafiante y mordaz, no se aparta de la suya, que lentamente va perdiendo el clamor que la caracterizaba mientras que te afrontaba.

—Ya te dije... —agregas, para darle más peso a tus palabras—. No me importan tus malditos sentimientos. Te acatas al plan y todos felices —le das unas palmadas en el hombro, restándole interés a sus problemas—. Si te portas bien, te prometo que te voy a pagar bien.

Le guiñas el ojo y te adelantas, dejándolo atrás y quedándote con la última palabra. Esa experiencia te hace sentir que tenías razón: de alguna u otra forma, él iba a arruinar todo. Sin embargo, esperas que con eso puedas hacerlo desistir de cometer una estupidez, de lo contrario, no sabes qué vas a hacer.

Con un nudo en la garganta y tragando saliva, te acercas a Carl y a tu hermana forzando una sonrisa.

FLAVIA: ¿POR QUÉ TIENE QUE SER ASÍ?

Vas de un lado a otro en la habitación, gritando de frustración mientras que Carl te mira en silencio. Sabes que él sabe que no hay manera de hacerte calmar, incluso tú sabes que no puedes hacerte calmar a ti misma. Las ideas se te van confundiendo en la cabeza, la hora se interpone, los sonidos te molestan, no: todo te molesta. Te irrita cada una de las cosas que te dijo Alessandro y cada una de ellas están dando vueltas en tu cabeza una y otra vez. Redundas y redundas porque no sabes qué otra cosa pensar; se te acaban las ideas coherentes. Te sientes como una estúpida, como una debilucha, como una grandísima tonta que no es capaz de defenderse

Ya ni siquiera dudas de si quiere seguir con el plan para quitarle la herencia a Emilia ¡Estás más que decidida de hacerlo! «¡Por qué no le dije esto...!» Piensas, imaginándote otra respuesta más contundente. «¿Por qué no le di una bofetada?» Piensas otra vez, suponiendo que con eso habrías resuelto más cosas.

—Amor... —dice Carl, tratando de llamar tu atención.

Pero tú no le haces caso. No sientes que debas hacerle caso a nadie porque ¡Tú lo sabías! ¡Sabías que esto iba a pasar! Puede que no supieras cómo, dónde ni cuándo, pero sabías que en cualquier momento alguien aparecería con un maldito problema que te arruinaría el puto plan por completo. Pero, ¡Quién demonios iba a pensar que sería Alessandro el que intentaría cagarlo todo! ¿Quién? Se supone que él estaba de tu lado. ¡Joder! Le habías ofrecido suficiente dinero para que dejara de trabajar por toda su vida ¿Por qué carajos tuvo que venir a decirte eso? ¿Ah?

—Amor... —dice de nuevo Carl.

—¡Aja! —Se te ha presentado una epifanía—. ¡Pues claro! Ya entendí por qué quiere decirle —dices, exagerando tus gestos y hablando como una paranoica.

Cada vez, te van pareciendo las cosas más inauditas que las otras.

—¿Qué cosa? —pregunta Carl, así que te detienes para poder verlo de

frente y explicarle.

—Pues tiene sentido —continúas hablando como una paranoica—; piensa... él imbécil este le quiere decir a Emilia que lo contraté para que ella no se quede con su herencia, para así convencerla de que él no es el culpable, de que me delate a mí porque también tengo pareja y porqué intenté arruinarla —exageras aún más tus gestos— y de alguna forma engañar al abogado para que me quite todo el dinero a mí y así él poder quedarse con Emilia y la fortuna de las dos.

—Amor, no creo que...

—¡Claro! ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Todo tiene sentido!

Carl no deja de mirarte con preocupación, como si estuviera viendo cómo caes en un precipicio del que no podrás salir. ¡Pero tú no estás loca! ¡Tú lo sabías todo! Las personas locas no saben lo que va a suceder, ¡Pero tú sí! Retomas tu necio deseo de ir de un lugar al otro para pensar en el problema que tienes ahora, pero esta vez no vas a molestarte, esta vez vas a encontrar una forma de cómo arruinar al idiota de Alessandro y quedarte con el dinero de la malagradecida de tu hermana. ¡Sí! Nadie va a ganar nada aquí excepto tú. Estás convencida de eso.

—Flavia... —dice Carl, intentando detenerte de nuevo, pero lo ignoras otra vez.

Puede que no haya manera de hacer que no hable, pero sí de que su vida se arruine por completo si...

—¡Flavia! —Carl, esta vez te toma por los brazos para detenerte. Ahora lo tienes de frente.

De esa forma, te das cuenta que ahora puede que hayas perdido un poco el control.

—Eh...

—¿Ya? —Dice Carl—. Relájate por un segundo ¿Sí?

Lo miras fijamente a los ojos, sintiendo que tal vez no puedas reusarte o huir de todo eso.

—Está bien —respondes—. Me calmo, me calmo.

—¿Si? —dice Carl.

—Sí... estoy bien.

Te mira por unos segundos, como si estuviera juzgando él la veracidad de tus palabras. Ya estás en tus cabales, debería darse cuenta que estás bien.

—Hum... está bien —dice él, un poco dudoso.

Al cabo de unos segundos, te suelta. Sin embargo, sin moverte de donde estás, lo ves regresar a la cama para recostarse como si nada de eso hubiera pasado. Lo que te da la impresión de que puedes seguir pensando en el plan para arruinarle la vida a Alessandro.

—Ya deja de hacer eso —dice, sin verte del todo, e interrumpiendo tus pensamientos.

—¿Hacer qué?

—Eso, que estás haciendo con tus manos —dice. Acto seguido, bajas la mirada para darte cuenta que estás raspándote el esmalte de las uñas.

—Estoy estresada —dices, justificando lo que hacías, pero bajando ambas manos para apartarlas y demostrar que puedes controlar tus impulsos, a pesar de que no lo haces.

—Sí, eso lo sé.

Aclaras tu garganta, sintiendo que ahora te sacó de tu zona de confort para estar enojada. Ya no sientes que realmente haya un motivo para enfurecer porque su intervención fue como una bofetada que te dijo: no tienes realmente ningún problema. Ahora piensas que estás fuera de lugar con todo eso que has estado haciendo. Y, como si estuviera leyendo tu mente, Carl se gira para verte y darte su consuelo.

—Ven —dice, moviendo la cabeza para que vayas con él.

—¿Para qué?

—Solo ven conmigo —te responde él, con su hermosa sonrisa adornándole el rostro.

—Pero ¿Para qué?

No encuentras sentido en nada de eso, o sea, no es momento para sentarse, es momento para estar enojada, aunque, la verdad, no logras enojarte de nuevo, para satisfacer tu salvaje sed de venganza.

—Que vengas, joder. No va a pasar nada —insiste.

—No sé... no quiero ir —comienzas a dudar por qué de repente quiere que te sientes a su lado.

—Vente, vale... —dice, comenzando a insistir como un niño.

Sin saber muy bien por qué quiere que te sientes a su lado, comienzas a acercarte lentamente sin querer hacerlo del todo. Al ver que estás accediendo, pero con duda, Carl se aparta emocionado para darte espacio en donde sentarte.

—Anda... ven —le da unas palmadas a la cama en el lugar en donde te abrió espacio.

Dejándote convencer por él, terminas de acercarte a la cama pensando que no hay de qué preocuparse. Piensas que puede que solamente quiera que te sientes y lo acompañes; tal vez te quiere decir algo.

—¡Ajá! —dice Carl, saltando sobre ti, cogiéndote por la cintura y tirándote en la cama— ¡Te atrapé!

—¡No! —exclamas, dejando escapar unas carcajadas— ¡Yo sabía! ¡Déjame!

En medio de un cambio repentino de ambiente, comienzan a luchar en la cama para mantener el dominio sobre el otro, pero no logras ganarle.

—No es justo... —dices, siendo abrazada a la fuerza por él— no me puedo mover, no es justo...

—Bueno, nadie te ha mandado a discutir como una loca —dice él.

—No estaba discutiendo. Solamente estaba... —vacilas, tratando de replicar ese sentimiento de desesperación que estabas experimentando minutos atrás—, es que...

Y tal cual como lo esperabas, el sentimiento regresa.

—Es que —dices, dando un gruñido de frustración—, ¿Por qué tiene que ser así? ¿Es tan difícil acatarse al plan? ¿Ah?

Carl no responde, solamente suspira, dejando caer su cabeza en la cama, como si no pudiera lidiar contigo.

—Pero dime ¿Lo es?

—No, no lo es —cede.

—Exacto... y por eso te digo que es porque quiere arruinarme... —de repente, sorprendiéndote de manera exagerada, se te ocurre otra posible causa — ¡Seguro se puso de acuerdo con Emilia! ¿Ves? Poco a poco todo va cobrando sentido. ¿Ves?

—Ya cálmate, querida —te pide.

—¡No! —intentas moverte para escapar de sus brazos, aunque no lo logras — No puedo calmarme, tengo que hacer algo... —y gruñes de desesperación.

Aprovechas que de nuevo parece que hay tensión en la habitación, así que intentas tomar ventaja para escaparte, pero no lo logras. Carl, solamente se ríe, sin pensar dejarte escapar.

—¿Qué vas a estar haciendo tú? —pregunta, minimizando tus problemas.

—¡Esto no es gracioso, suéltame!

—Claro que sí; te ves muy linda haciéndolo.

—¡Cállate!

Carl no deja de reírse de ti, sin dejar de soltarte, incluso, sientes que te está apretando un poco más y desplazando sus manos con ternura.

—¿Qué intentas? —te quejas, pero, ni te responde ni se detiene. Algo no anda bien— ¿Carl...?

—¿Sí...?

—¿Qué estás haciendo? —sientes cómo una de sus manos (no sabes cuál) se va moviendo hasta tu pecho. Más claro no puede ser, por lo que no dudas en negarte de forma rotunda—. Carl... no; estamos hablando... —pero no se detiene.

—Aja... lo sé. Sigue hablando, yo te escucho.

Carl introduce su mano en tu camisa y aprieta tu pecho al rojo vivo. No te pide permiso, no te hace caso y ni siquiera te avisó que tenía pensado hacer eso. Es tan jodidamente inoportuno; no soportas lo fácil que se excita. No se detiene ahí. Sin dejar de apretarte, va bajando la otra mano hasta tu entrepierna, y, como sabes lo que intenta hacer, aprietas los muslos para que no te toque ahí.

Con una mano intenta reducir tu resistencia en las piernas mientras que con la otra va dando sutiles apretones en tus pezones, logrando que comience a recorrer una corriente de placer en tu cuerpo. Lentamente vas perdiendo la batalla contra él.

—Amor... —insiste—, ahorita no... ¿Qué intentas?

—Hacer que te relajés —responde Carl, sin dejar de tocarte. Típico de él.

Carl, logra hacer llegar uno de sus dedos a tu clítoris y comienza a

empujarlo como si fuera un botón. Intentas detenerlo apretando más las piernas, pero su mano es simplemente muy grande para que, con eso, puedas evitar que se acerque. La posición tampoco te ayuda mucho. Y, como si no fuera poco, de repente sientes que algo duro te va apuñalando a la altura del coxis lo que, de cierta forma, te está lastimando por la mala posición.

Sin embargo, él no deja intentar dominarte. Su dedo, continúa empujando tu clítoris hacia abajo, moverlo de un lado a otro o de forma circular. Lentamente, se va esparciendo como cosquillas en tu cuerpo lo que, a la misma velocidad, te está haciendo perder el control. Sigue apretándote los pezones y jugando con tu sexo como si lo tuviera a disposición en cualquier momento. Bueno, no es mentira, pero, de todos modos, sientes que no deberías estar haciendo eso ahora.

Es lento, es esporádico, pero está ahí. Una sutil corriente te... sí, esa misma. Él, te está tocando el alma con tan solo un dedo. Tomas aire, lo sostienes... ahora lo dejas escapar junto con un «hum...» que te sacude el alma. ¡Demonios! Que rico se siente. ¿Por qué es tan bueno haciendo esto?

Pese a que poco a poco te estás sintiendo bien y estás permitiendo que pase, continuas batallando con tus piernas para que él no siga tratando de introducirse en tu zona prohibida. No obstante, parece que está a punto de ganar. Mientras más mueve sus dedos en tus pezones y tu clítoris, más vas liberando la presión que estas ejerciendo con tus muslos.

Sientes como tus labios se van humedeciendo, tu vagina se está empapando por un simple dedo. Se contrae, se expande; te palpita porque te pide a gritos que le des un poco de amor.

—No, amor... —intentas decir, respirando desigualmente y dejándote llevar poco a poco por el placer.

Tus piernas se van abriendo para que la mano de Carl vaya entrando sin ningún problema. Sí, lo haces porque quieres darle paso, necesitas hacerlo. Su dedo no deja de tocarte... ¡sí, joder! Justo ahí. Un rayito te salta desde allí y se extiende en tus piernas, obligándote a moverlas. No sientes el cuerpo tuyo, estás siendo dominada por el placer.

¡Sí!

—Así es... —asiente él, mientras que juega más y más contigo.

Carl va abriendo tus labios, tu respiración va aumentando y tus pensamientos simplemente se están desvaneciendo. Sí, un escalofrío que te lleva apretar las piernas, se siente tan bien, tan rico. ¿Por qué no te hizo eso antes? Te encanta que te toque, que te de toda su atención.

—¿Ves que no está tan mal? —agrega.

Su dedo travieso deja de tocar tu clítoris para pasar al resto de tus labios. ¡No! ¿Por qué lo hace? Se sentía tan bien... pero él lentamente se va acercando a tu vagina hasta que sientes cómo aprieta con cuidado, mojóndose el dedo primero. Un escalofrío te recorre el cuerpo al sentir cómo lo va metiendo suavemente, dejándose empapar por tu ser.

Sí, se siente estupendo como te mete el dedo. Pero eso no es todo, ahora coges una gran bocanada de aire, al sentir que te mete otro. Ya no quieres pelear más con él, molestarte, tal vez ni siquiera te importe en dónde... ¡Sí, coño! Así. Eso te encanta...

¿No estabas pensando en algo? Oh, carajo, no importa... Sí... eso.

—¿Te gusta? —te susurra Carl al oído.

—Me encanta —respondes, dejándolo escapar en un suspiro.

Te estremeces, perdiéndote en los dedos de Carl que te están tocando el alma. Tu cuerpo se siente pesado, ya no estás buscando zafarte de las ataduras que te apresaban, en cambio, buscas a apretarte los pechos mientras que él te va llevando a un lugar diferente sin ningún esfuerzo. Ha conseguido hacerte olvidar por completo.

Introduce otro dedo en tu vagina, abriéndote más. Turna los ahora tres que tiene adentro de arriba abajo, de un lado a otro; aumentando la cantidad de espasmos que te recorren la espina hasta el cuello. Quieres moverte, expresar aquello que grita cada una de las células de tu cuerpo; quieres más, lo quieres todo. Sus manos van aumentando la intensidad mientras que tus gemidos se van haciendo cada vez más escandalosos.

Gritas, exclamas, sientes que estás a punto de perder el control y comenzar a retorcerte de placer. Carl sigue debajo de ti, con su pene erecto encajándose en tu espalda. Aumenta el ritmo de sus movimientos y, con ello, el de tu respiración. El mundo se da desvaneciendo; no encuentras más que gemir con más fuerza.

Buscas a tocarlo, tocarte, quieres sentirlo todo. Te muerdes el labio porque sus manos están tocando en el punto justo como si se tratara de su propio cuerpo.

—Sí... —dices; es ahí en donde quieres que te toque—. Así, si...

Qué rico.

Pero sientes que no es suficiente. Carl está dándote placer con sus dedos, pero, eso no te llena, no teniendo un semental enterrándose en tu espalda ¿O era tu coxis? No importa.

—¿No tienes algo más grande? —le preguntas, entre un gemido acompañado de un suspiro.

Carl no dice ni una sola palabra, pero cada vez que hablas aumenta el ritmo. Te está ignorando. Ya se te olvidó qué le habías pedido

—Uy, qué rico. Soy tuya, sí.

Estás llegando, ahí se acerca... está tocándote en donde te gusta de la manera que lo harías tú. Falta poco. Así, sí, un poco más. No te detengas Carl. Sí... así es como se toca, así es como te gusta que lo haga. ¿Verdad?

Se detiene.

—¡No! —exclamas, te quejas, ruegas que te lo vuelva a meter. Qué palabra tan versátil—. ¿Por qué, mi amor? No...

Carl solamente se ríe. No entiendes qué es tan gracioso.

—Métemelo otra vez ¿Sí? Anda... —buscas su mano con la tuya, tratando de colocarla en posición—. Anda ¿Sí? Métemelo, papi.

Regresa. ¡Sí! Otra vez, sí, ahí va. Es uno, lo está metiendo y sacando como si fuera su pene. ¡Joder! Ahora son dos; hace lo mismo, pero se siente mejor. Escuchas el sonido de tus fluidos siendo movidos por los dedos de Carl... ¡Joder, otra vez! Tres. Los tres dedos están penetrándote. Hay un terremoto en esa cama.

Creíste que ibas a tardar en regresar a donde estabas, pero no. Es ahí es así... sí... sí... ¡Sí...!

¡Jo-der!

Tu cuerpo cae como si no pudiera sostenerse por sí mismo, tampoco quieres hacerlo. No lo vale. Las piernas te tiemblan, sientes el corazón en la cien, en la garganta, en la entre pierna... sientes tu pulso en todos lados.

—¿Estás mejor? —dice Carl. Se escucha que está sonriendo.

Coges aire para responder, porque te falta demasiado.

—Me encantó.

Te sientes un poco culpable porque Carl no sintió nada, pero no tienes suficientes fuerzas para decírselo. No puedes sentir absolutamente nada, tu cuerpo está en pausa, sintiendo las secuelas del placer. Te invade un sueño embriagante que no quieres dejar pasar. Suspiras calmada, a gusto, sintiéndote realmente renovada. Ya no importa lo que pensó hacer Alessandro, no importa nada.

Ya con lo que le dijiste, ahora sientes que no hay razón para preocuparse. Nadie quiere ser juzgado por la ley, así que, bien, tienes todas las de ganar.

EMILIA: IMPOSIBLE

Cambias de canal porque no hay nada interesante qué ver. Pese a que es temprano, no sientes que deberías estar perdiendo el tiempo sin hacer nada realmente interesante, pero, ¿Qué otra cosa puedes hacer un domingo? No tienes pacientes, no te quedaste con Alessandro anoche, no quieres salir ni mucho menos estás pensando en hacer algo durante el día. Sigues cambiando, con la esperanza de conseguir algo que valga la pena.

Tu móvil está descargado por lo que tampoco puedes usarlo. Lo miras con melancolía, queriendo por lo menos poder cogerlo y tratar de encontrar algo ahí. Aunque, de todos modos, sería igual de molesto que lo que estás haciendo con el televisor. El estómago te suena, tienes hambre. ¿Desde cuándo no comes? Ya va, no has comido aún. Eso es suficiente para levantarte de la cama y hacerte ir hasta la cocina.

—Vamos a ver qué hay —dices, mientras que te acercas a la nevera imaginándote qué puedes comer.

No sabes qué compró Alessandro antes de ayer, así que esperas que haya algo rico escondido por ahí. Mientras lo haces, te preguntas qué estará haciendo el hombre de tu vida y si deberías llamarlo. No lo ves desde hace un día ¡Ya es mucho tiempo sin él! Levantas el hombro demostrando desinterés; Nah... cambias rápidamente de parecer: total, tampoco es tan importante que esté aquí.

—¡Mira, mira! —dices emocionada, mientras te estiras para coger el envase de mantequilla de maní junto a uno de chocolate para untar que acabas de ver—. Esto no estaba aquí.

Sientes que estás a punto de empezar un hermoso día para ti nada más.

Suena el timbre. Te preguntas: «¿Quién será?». Mientras te acercas a la puerta dices:

—¿Quién es?

—Soy yo —exclaman al otro lado. De inmediato, reconoces la voz de Alessandro.

No puedes contener la emoción así que se te dibuja una gran sonrisa en el rostro.

—Ay, pero qué sorpresa —dices, ya frente a la puerta a punto de abrirla— justo ahora estaba pensando en...

Al apartar aquello que los dividía, te encuentras con el rostro preocupado de Alessandro. No es algo que esperabas ver en ese momento, por lo que se te borra la sonrisa lentamente.

—¿Pasó algo? —es lo primero que te viene a la mente. Seguro debe tener una razón para verse todo derrotado.

Alessandro no responde directamente a esa pregunta, lo que te desconcierta un poco.

—Tenemos que hablar —dice él, sonando lo más seguro posible.

No sabes qué bicho le picó. Se ve tan apagado, con una mirada triste, una expresión vacía y un tono de voz seco y distante, que, de cierta forma, te da la impresión de que pudiste haber hecho algo para que se sintiera así.

—Amor ¿Qué pasó? ¿Qué tienes?

Alessandro entra a la casa y pasa de largo hasta la sala, en donde se detiene y se da la vuelta. Cierras la puerta a tu espalda y vuelves a preguntar, cada vez más preocupada, aunque comienzas a frustrarte de que él no te diga nada. Parece que él tiene algo que le atormenta.

—¿Me vas a decir qué pasó o no?

No sabes cuales son las intenciones de Alessandro, qué tiene pensado hacer o qué lo tiene así, pero, no puedes simplemente contener el torrente de emociones que están cayendo sobre ti tan repentinamente. Frustración, ira y miedo.

—Emilia, tengo que decirte algo. Sé que debí habértelo dicho antes, y que puede que no me perdones luego de que lo haga. Te amo demasiado como para seguir haciéndote esto —dice él.

No te gusta cómo suena todo eso.

—Pero ya no puedo seguir con esta estúpida mentira —continúa.

—Ale... ¿Qué estás diciendo?

Se te ocurre lo peor por la forma en que te dijo eso, por como se ve y se comporta... podría ser cualquier cosa, así que entiendes a la perfección que, sea lo que sea, es muy malo. En ese momento, Alessandro parece que se ha rendido; deja caer los hombros, se le escapa un suspiro y te mira con dolor. Se nota arrepentido, por lo que asumes que es una gran carga. No quieres juzgarlo antes de que te explique.

Te acercas a él, segura de que pueden resolverlo como la pareja amorosa que son, no obstante, hay algo en todo eso que no te da buena espina. Lo tomas por la mano y le invitas a sentarse en el sofá para hablar mejor. Y, sin soltarlas y mirándole fijamente a los ojos, siendo lo más comprensiva y neutral que puedes ser, le dices:

—Amor, cuéntame.

Alessandro, suelta más un lamento que un suspiro y comienza a hablar. Poco a poco, va explicándote los asuntos concernientes con la herencia: lo que decía, lo que implicaba, por qué era un problema y la razón de que existiera tal situación. Al principio, simplemente sientes que es raro que él sepa algo sobre lo que tú siquiera tienes conocimiento, pero piensas que debes seguir escuchándolo.

Al terminar de hacer que entrases en contexto, pasa a contarte qué hace para ganarse la vida. Escuchando su confesión, sientes que la presencia de su piel te comienza a parecer áspera e irritante. Le sueltas la mano conforme vas escuchado el siguiente detalle, te apartas un poco al escuchar el otro; un poco más con el que viene después. Por último, al interiorizar cuál es su papel en todo eso, tomando en cuenta lo que te está diciendo, decides levantarte para estar lo más lejos de él. Te genera asco.

—... y todo lo pensó tu hermana —explica.

En resumen, Alessandro te está diciendo que tu hermana quiere quedarse con tu mitad de la herencia y que él se acercó a ti por puro interés ya que quería cumplir su sueño de poder viajar alrededor del mundo como un millonario. Una desgracia tras otra. Aparte de la expresión de asco que tienes tatuada en el rostro, tu evidente rechazo a su presencia y el conjunto de sentimientos encontrados que estallan en tu pecho como una bomba nuclear. No sabes cómo reaccionar.

—Pero la verdad es que yo te amo... —dice Alessandro.

Sus palabras solamente logran hacerte enojar más. Encuentras ridículo que te lo diga después de confesarte que: la única forma de hacer su trabajo, es creando un vínculo real con las mujeres con las que debe salir. Eso no te hace más especial, ni mucho menos resuelve nada.

Pero, está bien, puede que al decir que te ama, lo haga en serio, pero, ¡Incluso si era una decisión de vida o muerte! No hay manera de que puedas justificar que haya jugado contigo por todo ese tiempo. Y, además, si te amaba tanto ¿Por qué no te dijo antes? Con eso tienes suficiente.

—Vete de mi casa —dices, levantando el brazo para señalarle la puerta.

No lo ves a los ojos; bajas la mirada para evitar tener que encontrarte con su mentirosa presencia.

—Yo... —dice Alessandro, cortando de repente sus palabras, dándote la impresión de que, en efecto, entiende que no tiene nada para excusarse.

Al cabo de unos segundos escuchas la puerta abrirse y después cerrarse. Al asumir que ya no estaba ahí, levantas la mirada y escrutas tu alrededor para cerciorarte de que estas en lo cierto. Ahora sola, sientes que tienes completa libertad de tu entorno y que, en efecto, puedes hacer lo que te dé la gana.

Te dejas caer en el sofá. El nudo que se acaba de formar en tu garganta, junto con la endemoniadamente terrible pesadez de haber sido utilizada, engañada y estafada, obligan a las lágrimas a salir de tus ojos.

«¡Maldita sea!»

* * *

Levantas el teléfono, tratando de no romperlo con la mano (a pesar de que sabes que no es posible que lo hagas solamente con eso), y marcas el número de Flavia. Respiras profundo para no dejarte llevar por la ira. Si no estás calmada no se lo va a creer.

—¿Aló? —dice ella, atendiendo a la llamada.

—Flavia, manita, ¿Cómo está? —dices, fingiendo que nada sucede—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Carl? ¿Todo bien?

—Sí, todo bien... —responde ella—, gracias por preguntar... ¿Y eso qué llamas?

—Ah, bueno, solamente quería saber si estarías ocupada hoy.

—¿Hoy?... hum... déjame ver —hace una pausa corta—. No, creo que no. ¿Por qué?

—¿Estás en dónde papá? —dices.

—Sí, estoy aquí.

—Perfecto —sonríes— nos vemos allá entonces.

—Oye, espera... —dice, como si creyera que vas a colgar.

—¿Qué?

—No me dijiste por qué quieres saber en dónde estoy.

Finges una risa natural, como si te hubiera parecido gracioso lo que dijo.

—Bueno ¿No puedo querer ver a mi hermana?

—Ah... no. Si es por eso, entonces me hubieras dicho de un principio y voy a tu casa.

—No, vale, tranquila, yo ya estoy por salir de aquí. Te aviso cuando esté cerca ¿Vale?

—Vale.

Sonríes y cuelgas la llamada. Para cómo esperas que sucedan las cosas, todo está marchando de maravilla. Ya con todo listo, coges tu cartera, las llaves de tu coche y sales de la casa, haciendo por primera vez lo que siempre dices que haces cuando respondes que vas saliendo: salir de verdad.

Cerca de la propiedad de tu padre, experimentas una extraña emoción a causa de lo que estás a punto de hacer. No importa cómo salgan las cosas o de qué forma lo harás. Lo que sí importa es que, sea como sea, vas a obtener las respuestas que quieres para poder hacerte de una idea de lo que vas a hacer. Veras de frente a Flavia cuando intente explicarte sus razones y, tal vez, pueda que justo en ese momento encuentres la solución que estás buscando.

A pesar de que tienes la mente abierta, hallas que estás conversando con el parabrisas como si quisieras atravesarlo con un puño porque te molesta su estúpida presencia. Es como que la sangre te hirviera, que las manos te picasen por apretarlas y darle un puñetazo a algo; aun te cuesta procesar todo lo que ha sucedido. ¿Qué demonios le pasó por la cabeza a esa mujer? Por un

segundo crees que es tu culpa por no haber ido a la lectura del testamento pero ¡No! Ese no fue el motivo por el que lo hizo; ¡Lo hizo por otra cosa!, algo personal, o eso crees. Lo haces porque, o sea, no es como que no se fuera a quedar sin dinero ni extremadamente pobre; padre no haría algo como eso.

El momento ha llegado.

Aparcas el coche en el estacionamiento, lo apagas y te bajas. Contienes la respiración para que no se note que tienes el apellido atravesado en la cien: furiosa e indignada. Mientas más te acercas a la puerta, más sientes que estás acercándote a un fatal final del que nadie puede escaparse. Tienes que hacerlo ¡Es que no hay otra opción! Flavia tiene que responder por sus pecados.

—¡Flavia! —gritas indignada en el centro de la casa— ¡Flavia!

Fracasaste en contener tu ira.

—¡Dónde coño estás! ¡Flavia!

Tus gritos alertan a varios de los empleados de tu padre, de las personas que trabajaron durante años para él y que ahora están aquí, alimentando los caprichos de una niña malcriada. Nadia aparece, confusa y preocupada.

—Joven Emilia ¿Qué sucede?

Con Nadia de frente, sientes que debes gritarle, pero justo cuando lo vas a hacer, te detienes. Ella no es culpable. Aunque, sin ser capaz de contener por completo tu ira, solamente logras bajar la voz y forzar una sonrisa como si te hiciera daño.

—Nad... ¿En dónde está Flavia? —preguntas, sintiendo que te ves como una loca.

—Está en el patio, joven. ¿Por qué está así?

—Por nada. —Mientes—, solamente quiero hablar con mi hermana.

Sin dejar de forzar la sonrisa porque no tienes control alguno sobre tu ira, te le quedas viendo a Nadia por unos segundos más hasta que comprendes que no hay nada que explicar y que ella no dejará de preocuparse. Respiras hondo y partes al patio de la casa.

—Por favor, no te metas —le dices desde lejos a Nadia.

Mientras que te vas acercando a la otra puerta, esperas a estar lo más próxima a ella para comenzar a gritar porque sabes que te va a escuchar, o, por lo menos debería hacerlo ¡Te lo debe!

—¡Flavia! —gritas de nuevo.

Empujas la puerta y vuelves a gritar:

—¡Flavia! —esta vez más largo, esperando que se extienda tu voz por la propiedad entera.

Aun no ves a tu hermana, pero estás casi segura de que te ha escuchado.

Comienzas a bajar las escaleras y gritas de nuevo.

—¿Dónde coño estás, Flavia?

Hasta que escuchas su respuesta.

—¡Qué! —grita a lo lejos.

Furtiva, iracunda, de arrebato, sin control, sin paciencia, deseando ahogarla en la maldita piscina... llegas hasta ella.

—¿Qué carajos te sucede? —dices, sin esperar a que comience a preguntarte.

—¿Qué cara...? —intenta decir, pero tú no quieres escucharla todavía... no ¡Ella es quien va a escucharte!

—¡No! Maldita niña, ¿Qué coño sucede contigo? ¿Por qué carajos lo hiciste? —sabes lo que quieres decir, solo que no sale del modo en que lo deseas.

—Pero, de qué estás... —intenta decir de nuevo, haciéndose la desentendida. No te importa si es verdad o no.

—¡Tú sabes muy bien de qué estoy hablando! ¡Lo sabes!

Al decir eso, es como si hubieras accionado algo en ella. De repente, la actitud desafiante e insolente que tenía se desvaneció por completo. Hacía mucho tiempo que no te molestabas así, pero es que esta ocasión lo ameritaba. Ella te conoce, tuvo toda su vida contigo, sabe que no puede contra esta persona que le está hablando.

—Te enteraste... —dice, de una vez, sin eufemismos, sin buscar a que entiendas.

—¡Sí, me enteré! ¡Me enteré bien feo!

—Emil...

—¡Emilia nada! —la coges por los hombros y la sientas a la fuerza en una de las sillas de playa— ¡Siéntate!

—¡Ay! —exclama de dolor, aunque no le hiciste nada para que le doliera.

—¡Te callas! Tú me vas a escuchar... —La miras desde arriba, gritando tus pulmones sobre ella— ¿Por qué carajos lo hiciste? ¿Qué te sucede? ¿Acaso me odias?

—Emilia yo no...

—¡Qué te calles, he dicho! —tu respiración se eleva más y más— ¿Por qué tuviste que hacerlo Flav...? ¿Por qué? —dejas caer tus hombros, sin poder concebir aun su motivación—. ¡Lo tenías todo! Joder. Podías haberte quedado con la casa, con los coches, con tu maldita mitad de la herencia. ¿Por qué demonios tuviste que hacerlo? ¿Por qué carajo tuviste que jugar conmigo?

—Emi, yo no...

—Claro que sí... Flav —te aquejas—. ¿Contratar a Alessandro para que fingiera ser mi novio? —aun no puedes creerlo— ¿En serio? ¿Qué eres? ¿Una maldita película de adolescente de los noventas? ¿No pudiste idear un plan mejor?

—¡Cual! —se defiende, consciente de que no tiene por donde huir— ¡Dime cuál, Emilia! ¿Qué carajos podía hacer? —se levanta y se acerca lo

más que puede a ti, desafiándote.

—¡No lo sé, Flavia! No lo sé. Pudiste haberme preguntado, decirme que querías mi parte de la herencia...

—¿Y qué? ¿Me la habrías dado? No me insultes de esa forma. Sabes que...

—¡Lo habría hecho! —la interrumpes— ¡Te lo habría dado todo! Lo habría hecho si me lo hubieras pedido.

Flavia, se aparta lentamente. Tus palabras la dejaron mal, se le nota en el rostro. Pálida, sorprendida, devastada; te da la impresión de que es un ser humano normal.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué tuviste que hacerme esto? —preguntas, pero ella no responde.

—¿Por qué?

Flavia no dice nada, no se defiende, no te responde. Es como que todo lo que ha hecho hubiera caído sobre ella como una pila de basura, y la hubiera enterrado sin dolor. Pero no se queda ahí. De repente, se asoma con cuidado de entre todo eso, y te responde, suave, como si estuviera arrepentida.

—Porque... —vacila— yo solo quería que... yo estaba con Carl y...

—¿Qué? —te sorprendes— ¿Él fue el de la idea?

—¡No! —reacciona, defendiéndolo— ¡Él no tuvo nada que ver con esto! ¡Él ni siquiera sabía sino hasta hace poco! Y desde entonces ha intentado convencerme para que yo misma te lo dijera... pero.

—¿Pero qué?

—Pero creí que estaba haciendo bien. —La forma en que lo dijo, te da la impresión que de verdad lo había creído—. Creí que no era malo que lo hiciera porque de todos modos a ti no te importaba la herencia. Y estaba con Carl y quería seguir con él... pero la estúpida condición de papá... el no poder salir con él; simplemente no podía concebirlo. Yo pensé que era una buena idea.

—No lo era, Flav... no lo era.

Flavia, a pesar de haber planeado todo eso y mantenido su mentira por casi tres meses, no parece que pueda decirte nada para justificarse, viéndose incluso, realmente arrepentida. Pero, ya es muy tarde.

—No quiero volver a verte —le dices, sin más ganas de seguir hablando.

* * *

Caminas por la calle porque hoy no querías conducir, lo que al parecer es una mala idea porque ahora chocas con muchas personas en el camino. Desde que Flavia y Alessandro prácticamente devastaron tu vida, no ves a las personas como lo solías hacer. Llegas a tu consultorio, sintiendo que nada en este mundo vale la pena, de la misma forma en que sientes un vacío difícil de entender en tu pecho. Han pasado meses y aun no has escuchado nada de los dos.

¿No es eso lo que querías?

Entras a tu oficina y te encuentras con la foto que aún no has botado de Flavia porque sientes que esa mujer con la que pareces estar muy feliz, no es la misma que planeó todo lo que te pasó en los últimos meses. Sin embargo, no deja de parecerte terrible verla todos los días. ¿Dónde estará? Con su mitad de la herencia, con su vida a la que estaba acostumbrada, puede ser en cualquier lado, pero ¿En dónde exactamente?

Tal vez fue una decisión apresurada eso que hiciste. Pero oye ¡No eres la mala aquí! Dejaste que todo se resolviera y permitiste que ella se quedara con su parte, ¡Ni siquiera la delataste! Entonces ¿Por qué te sientes tan mal?

Te lamentas un poco mientras que preparas todo para el día. De repente, escuchas la puerta. Levantas la mirada emocionada, esperando que alguien en específico sea quien esté tocando. Sonríes, te detienes, el corazón se te acelera.

—¿Quién? —preguntas, levantando la voz, esperando lo mejor.

—Emi, ¿No sabes en donde están los apósitos? —dice Kara.

Que decepcionante, no es él.

—Pregúntale a Karen, ella los guardó —dices, sin siquiera moverte de donde estás para abrirle.

El día termina y aun sientes que estás olvidando algo, que deberías estar haciendo otra cosa en este momento, aunque no le prestas atención porque, la

verdad, aparte de tener que ir a tu casa del trabajo y del trabajo a tu casa, nada parece valer la pena.

Otro día más, otro tiempo a solas que ya no soportas.

Te levantas igual que todos los días, motivada solamente por el deseo de ser responsable como siempre lo has sido, pero es que el trabajo ya no es lo mismo; hace mucho que dejó de ser tu único amor. Abres la nevera y todavía hay cosas que le gustan a Alessandro. ¿Por qué no las has botado aun? Le pasas de largo, sintiendo cada vez que son cosas insignificantes y vacías que no guardan relación con él a menos que así lo desees.

Coges lo que has ido a buscar, le das un último vistazo a la nevera y, lamentándote, aceptas que aún no eres capaz de ver todo eso como simples objetos sin valor. Fin de semana, hoy no trabajas. Pese a eso, no quieres estar encerrada en la casa, nada podría atormentarte más que eso. Mejor sal.

Te das un baño, te vistes, coges tu móvil, tus llaves y tu cartera, y sales de la casa sin rumbo, esperando llegar a ningún lugar sin ningún problema. Manejas por horas, te bajas en diferentes lugares y comienzas a consumir tratando de llenar el vacío con objetos materiales y comida. Es lo que puedes hacer después de todo, además, es lo que mejor se siente. De parada en parada, vas logrando distraerte casi por completo de lo que te atormenta, lo que te lleva a experimentar cierto alivio.

Entras a otro centro comercial del camino, quieres ver qué puedes encontrar ahí; mientras puedas olvidar, todo bien. Comienzas a dar vueltas por el lugar, observándolo todo y pensando qué puedes comprar y querer, total, no estás ahí con un propósito diferente.

Te mantienes así hasta que te encuentras con una larga fila de personas que va a ningún lugar. Te genera curiosidad a pesar de que no te importa a donde se dirige, solamente estás buscando una excusa para mantenerte distraída. Ves que terminan en un pequeño local cuyo nombre no alcanzas a distinguir ya que está oculto por diferentes personas y obstáculos.

—¿Por qué están haciendo esto? —preguntas a una de las personas de la fila.

—Una tienda nueva de helados de yogurt —tu curiosidad se aumenta en cuestión de segundos.

—¿Nueva?

—Sí, la acaban de abrir.

—Vaya, que genial —consideras el hacer esa línea para comprar— y... ¿se tardan mucho?

—No, pero ya es bastante popular por aquí.

—Ah vaya, deben ser buenísimos —se te comienza a hacer agua la boca.

—Lo son.

No necesitas más razones para quedarte, así que decides que deberías estar ahí para probar esos, supuestamente buenísimos, helados de yogurt. Tal cual como dijo el hombre de la fila, esta fue avanzando más rápido de lo que parecía y, cuando menos te das cuenta, ya sientes el característico frío de una tienda de helados.

Miras a tu alrededor y ya sientes que estás en un lugar que se te hace familiar, como si hubiera sido creado exclusivamente para ti. Te encanta el aroma, la decoración, la sensación de que perteneces. ¿Quién lo diría? Te vas perdiendo en los detalles, sintiendo que todo merece la pena.

Falta poco para que sea tu turno. Antes de llegar a la caja que se separa por un vidrio en donde están expuestos todos los toppings en frente de las maquinas que expenden los helados, tu vista se fija en un letrero que dice: «prueba gratis, para que elijas mejor». No puedes aguantar la risa ¡Es justo lo que siempre necesitas para comprar helados! Este lugar cada vez se hace mejor.

—Siguiente —escuchas que dicen.

Y, justo cuando menos te lo esperas, el lugar simplemente se torna pesado. No sabes qué pensar, cómo sentirte, siquiera si es bueno o malo. Sus ojos, se entierran en tus pupilas demostrando que está tan sorprendido como tú. ¿Qué carajos está pasando?

Intentas decir algo, abrir la boca, pero los nervios no te dejan. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible? Él intenta hacer lo mismo, parece que también encuentra inaudito ese encuentro. Poco a poco todo lo que te rodea comienza a tener sentido.

Siguen sin dirigirse la palabra, sin perder de vista los ojos del otro, ni su expresión anonadada. El corazón te comienza a palpar porque sabes que

estabas esperando a que algo como eso te sucediera, solo que no sabes qué cosa esperabas lograr con ello. ¿Qué vas a hacer ahora? Además, él no parece estar mejor que tú.

Los segundos que tienen viéndose mutuamente pasan a sentirse como una eternidad, lo que te hace suponer que, te has quedado parada como una tonta por mucho tiempo ya. Debes decir algo.

—Buenos días —dice él, anticipándose, recobrando lentamente la compostura, contagiándote ese sentimiento, mientras que te da la sonrisa más cálida del mundo—. Qué hermoso día es este ¿no? ¿Desea acompañarlo con un helado de yogurt? Dicen que es el mejor del mundo...—corrige— no... que lo mejor en el mundo es el helado de yogurt. ¿Le gustaría probarlo?

Sonríe.

—Mucho gusto, mi nombre es Alessandro y le atenderé el día de hoy.

Eso fue lo que tú le dijiste. Te resulta difícil ocultar la sonrisa salvaje que se dibujó en tu rostro luego de escucharlo decir aquellas palabras. Aunque, la forma en que lo dijo te hace creer que es una frase muy elaborada para que se le ocurra de la nada.

—Este... —sonríes, haciendo un poco sutil la sonrisa de hace unos segundos, sintiendo que no podrías estar en un mejor lugar—. Mucho gusto, Alessandro, me llamo Emilia.

—Qué nombre tan hermoso tiene usted, señorita.

Sus miradas no se apartan; sus sonrisas no se borran. Los dos se ven mutuamente como si fuera la primera vez que lo hacen a pesar de que sabes que no lo es. Sin embargo, recuerdas ese sentimiento estremecedor que una vez te agobió tiempo atrás. Te parece que esta vez no necesitará de cuarenta y dos días.

¿Y AHORA QUÉ?

Te levantas de la cama, sintiendo que no tienes nada por lo que preocuparte realmente. Es temprano, es un día normal. Los lunes son así para ti. Realizas tu rutina diaria antes de ir al trabajo, aquella cosa que te llena por completo. Sales del baño, de tu habitación, pasas por la sala y llegas hasta la puerta de tu casa. Suspiras, llenándote de valor para enfrentar el puto mundo exterior con una sonrisa. No quieres parecer la persona más infeliz del mundo porque, a pesar de todo, ahora sientes que realmente estás tomando las decisiones correctas.

Hace más o menos unos siete años que la vida cambió para ti y aun sientes que estás enfrentándote a un mundo despiadado; las viejas costumbres nunca mueren. Llegas al trabajo y los saludas a todos como de costumbre, llegas hasta donde está tu uniforme y te lo colocas. Sigue siendo un día normal. No tienes que hacer nada de eso, pero ya estás conforme con lo tuyo, lo has hecho parte de ti y te divierte hacerlo.

La cocina; el consultorio; las tiendas de helados de yogurt... tiene ese olor que te embriaga el alma de tal forma que no recuerdas siquiera por qué no deberías estar aquí. Vale cada segundo de tu vida dedicarte a algo que amas realmente, sintiendo que es una de las mejores decisiones que has tomado en toda tu vida.

—Un Wellington, un especial vegetariano, una carbonara, un spring notte, y un salmón... —dices, leyendo los pedidos en voz alta para tu equipo.

—¡Sí chef! —responden todos.

El calor, la embriagante sensación de que no hay descanso de todo eso y el deseo de seguir a pesar de que todo parece estar en tu contra, constituyen un sueño hecho realidad.

—Chef, su esposo la está llamando —dice uno de los meseros, con un teléfono a la mano.

—Dámelo —le respondes con apremio y lo coges— Andrea, encárgate de esto —dices en italiano.

—Si chef —responde él.

—¿Carl? ¿Qué pasó? —preguntas, alejándote un poco de la mesa de pedidos.

—Amor... ¿Vas a salir temprano hoy?

—No lo sé, aún no termina el servicio.

—Vale, vale... no olvides que teníamos algo planeado para hoy —dice, exagerando el gesto para parecer que está diciendo algo cuando en verdad solo está hablándote en clave.

—¡Claro! No lo olvidaría nunca.

—Vale... —asiente él—. Por cierto, Martina quiere hablar contigo.

—Pásamela —dices, aclarando tu garganta y sonriendo como si ella fuera capaz de verte.

—¡Mami! —grita ella. Escuchas a Carl decirle más o menos lo que debe decir— papi me llevó a patinar y ahora estamos yendo al cine.

—¿Qué bien querida! ¿Y qué más? ¿Papi te dio mi regalo?

—Sí...

—¿Te gustó?

—¡Me encanta! —exclama, Carl le dice que te agradezca—. Gracias mami.

—No hay de qué querida.

Tu hija vacila, quedando unos segundos en silencio como si no supiera qué más decir.

—Chao, mami, me voy —dice ella—. Ti voglio benne.

—Ti voglio benne, vita mía... —le respondes.

Dejas escapar una risa sutil porque tu hija es adorable y escuchas como le entrega el teléfono a Carl.

—¿Escuchaste? Cada vez habla más claro —te dice, riéndose también.

—Sí... es un ángel.

* * *

Caminas por una tierra a la que se supone que perteneces, con los pies

matándote por que no pudiste dejar en la casa que te heredaron en el país, el equipaje que llevas de más; faltan cuatro meses y los cuentas con vehemencia. Tu italiano está un poco oxidado, pero no es algo que puedas olvidar con facilidad, así que te sirve para preguntar las direcciones correctas. Vas a la calle que te dijeron que debías ir, buscando el restaurante en el que te dijeron que la ibas a encontrar. Los nervios te están dominando ¿Serán las hormonas?

Entras al local y vas directo al grano porque no te quedan más días en Italia, tienes que volver. Al hablar sientes que lentamente tu italiano va mejorando.

—¿La chef está? —preguntas a quien atiende en la puerta.

—¿Quién la busca? —te pregunta de vuelta, ignorando quien eres.

Supones que suponen que eres extranjera, pero no te dejas intimidar por eso.

—Su hermana.

—¿Está segura?

—¿Qué si estoy segura de ser su hermana? Bueno, si quieres te doy el pasaporte para que lo averigües — rápidamente, se te atraviesa el apellido en la cien—. ¿O prefieres una muestra de sangre?

Discutiendo como mejor lo haces, llamas la atención de una amable señorita que dice saber quién eres, así que te abres paso hasta la cocina en donde te piden que aguardes un segundo. No puedes ver lo que están haciendo detrás de aquella puerta, pero consigues escuchar el motín de las ollas, los sartenes, y los gritos de quienes están ahí. Al principio, te cuesta un poco porque todos están hablando en italiano, pero, su inconfundible timbre y su voz, atraviesan la puerta en lo que uno de los meseros sale con una bandeja llena de platos.

—Flavia —dices de inmediato, haciendo caso omiso a lo que te dijeron segundos atrás.

Caminando con cuidado para no ser golpeada al abrir la puerta, entras a la verdadera cocina y te encuentras con una Flavia de cabello corto, vestida de chef. Aun no puedes creer lo que estás viendo, incluso cuando te explicaron lo que había pasado. La amable señorita está esperando que se desocupe para hablarle.

—Hermana —dices en español, levantando la voz, para que ella te reconozca de inmediato.

Tu hermana, levanta la mirada y el mundo se desvanece en lo que sus ojos se encuentran. Dejas de escuchar los sonidos de la cocina, los gritos e incluso tu propia respiración. El corazón te late a millón, el cuerpo te pesa más de lo normal; intentas sonreír y decir de nuevo su nombre mientras que las lágrimas te van humedeciendo las mejillas, pero la voz no te sale porque tienes un nudo en la garganta. Quieres correr hasta ella, pero te da miedo de tropezar algo. Sin embargo, eso se resuelve.

—Emilia —dice ella, reaccionando.

De inmediato, suelta el envase para salsas que tiene en la mano y se abre paso entre las personas que de en medio. Intenta acercarse a ti, pero se ve frustrada por el vientre notablemente abultado que hay entre las dos. Se te escapa una risa entre todo ese llanto.

—Estás... —dice.

—Sí... estoy embarazada.

Flavia, simplemente relevó su puesto al sous chef y se fue contigo hasta su casa, con la excusa de que «no podía postergar el encuentro». Te cuesta aceptar todos los cambios que ha tendido, desde su comportamiento hasta su forma de vivir. La niña que conocías había cambiado. Incluso con una hermosa hija, mientras que tú le explicas la forma en que Alessandro creó una franquicia de heladerías, lo mucho que la extrañabas y que no tenías pensado quedarte mucho tiempo en Italia por el embarazo.

Luego de pasar uno de los mejores días de tu vida con ella y con su familia, los tres te acompañan al aeropuerto en donde el jet privado de la familia te estaba esperando. Les cuesta a las dos apartarse luego de tantos años sin verse; los problemas, las diferencias y aquello que alguna vez consideraste una traición, por mera fortuna, fue lo que inició una vida de la que ahora estás orgullosa y con la cuál estás feliz. Flavia no deja de disculparse por lo sucedido mientras que tú le respondes que no tenga cuidado.

—El pasado quedó atrás —le dices, tratando de sonar como una persona sabia.

—Pero, si tan solo te hubiera explicado y...

—Olvidalo, no es como que hubieras querido matarme —insistes—, estamos hablando de que me ayudaste a encontrar al hombre de mi vida y al padre de tu sobrino —le sonrías; de verdad quieres que se sienta mejor.

Ambas se encuentran con lágrimas en los ojos.

—Nunca me dijiste para que viniste —dice Flavia, luego de abrazarte por enésima vez.

—¿Por qué crees que lo hice?

—No lo sé —ríe—. No me he dado tiempo para pensar en eso.

—Te extrañaba demasiado, desde hace mucho tiempo, quería que regresaras a casa conmigo, pero no esperaba que estuvieras tan establecida aquí.

Las dos dejan escapar una carcajada, aun llorando, sintiendo la ironía del asunto.

—Pero aun así quiero poder verte todos los días otra vez —le dices—, porque te amo, hermana.

Flavia, te sonrío, llevando su llanto a un nuevo nivel, y dándote un abrazo entre gemidos de alegría y lamentos, te responde:

—Yo también te amo, hermana.